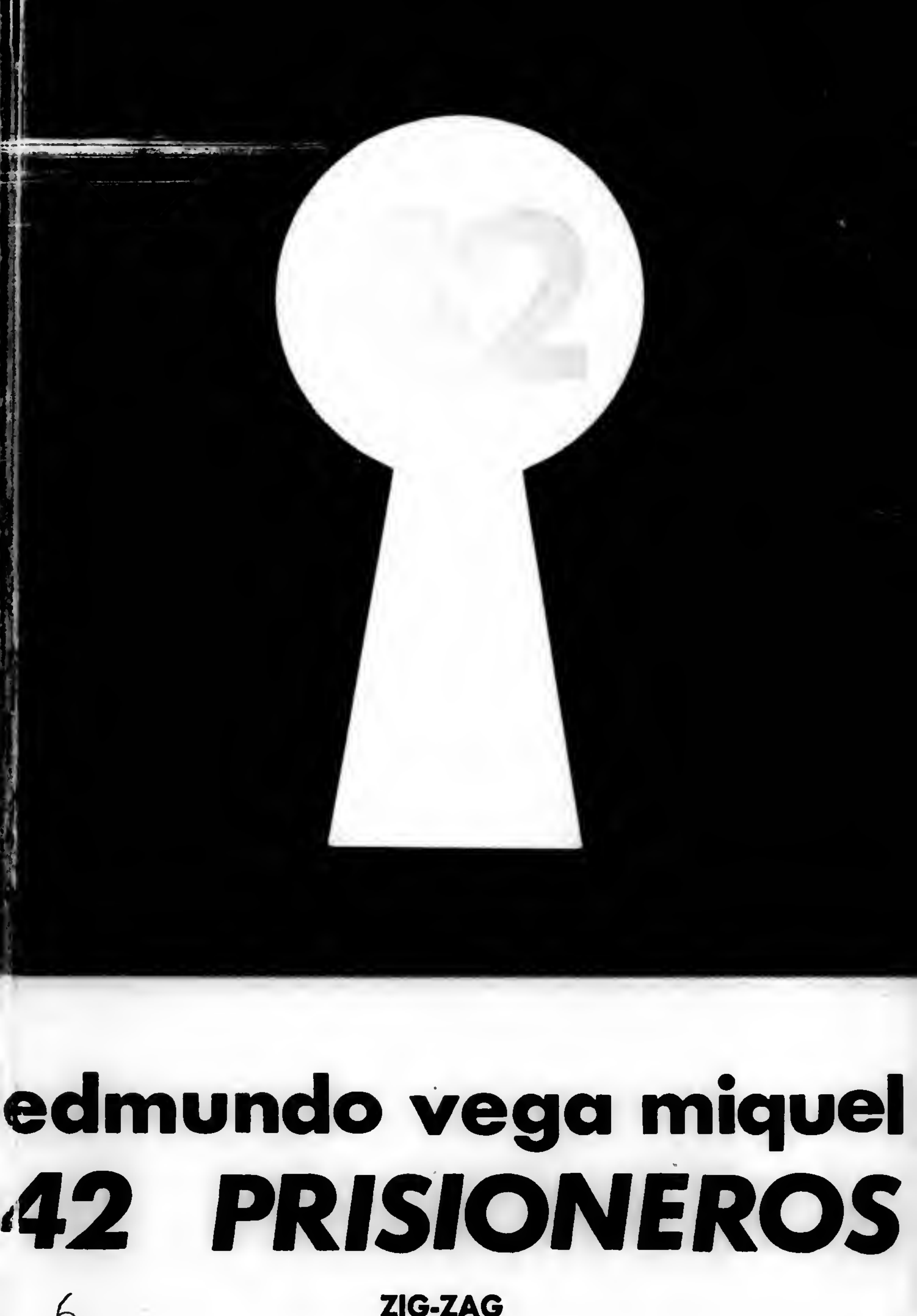
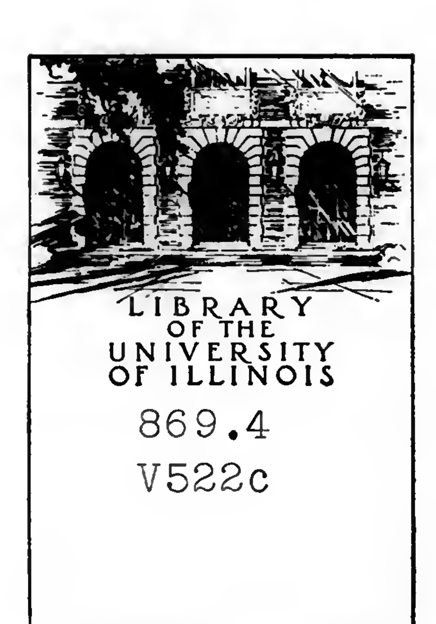

edmundo vega miquel
42 PRISIONEROS
ZIG-ZAG


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

42 PRISIONEROS

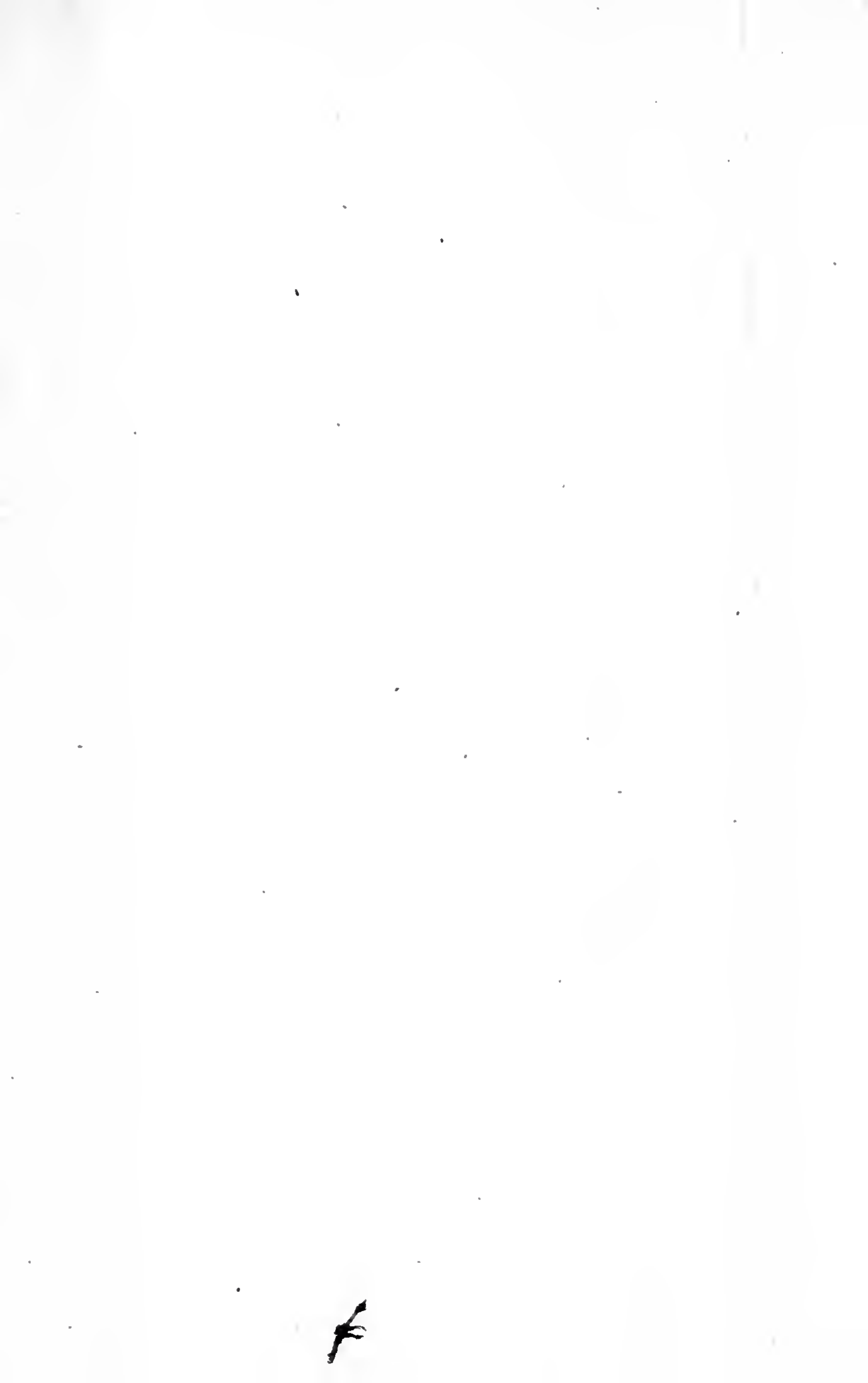
BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

EDMUNDO VEGA MIQUEL

42 PRISIONEROS

NOVELA HISTORICA

ZIG-ZAG



Primera Parte

I

GOLPES EN EL PORTON

POR ENTRE las espesas sombras del sueño el ruido llegó, al comienzo, lenta y débilmente. Bien podría ser el golpear de una rama que se hubiera desgajado o el batir de un postigo, impulsado por el viento. Pero luego el sonar descompasado penetró rápido, fuerte, tenaz. Desgarró la oscuridad del inconsciente y quedó vibrando en penumbra de realidad. Entonces doña Mercedes despertó. Su corazón latía fuertemente. Los golpes continuaban repitiéndose impacientes y violentos.

—José Ramón... —llamó con voz contenida—; ¡José Ramón!...

Su marido se movió apenas en el ancho lecho.

—¡José Ramón, escuche!... —y tuvo que remecerlo para que despertara.

—¿Qué sucede, hija? —musitó, con los labios entrabados por el sueño.

—Están golpeando en el portón de la calle.

—¿Golpeando..., a estas horas? —Una naciente inquietud lo despertó completamente y lo obligó a sentarse.

Ahora se escuchaban voces en el patio. Una de ellas, la del mayordomo, se filtró por la puerta del dormitorio.

—¡Su merced!... ¡Su merced!...

—¿Qué ocurre, Diego?...

—Los godos, su merced..., una partida de soldados... Dicen que quieren hablar con usted.

Don José Ramón buscó instintivamente la mano de su esposa y la apretó, en movimiento que era a la vez de protección y de solicitud de ayuda.

—¡Los españoles!... No abras, Diego. Diles que aguarden, que yo mismo iré a ver qué necesitan.

Bajó de la cama y comenzó a buscar a tientas la ropa para vestirse.

Doña Mercedes, entretanto, había encendido unas velas y su tenue claridad pareció que hacía menos denso el oscuro y naciente temor.

—Los niños, ¿están en casa?

—Sí, José Ramón; ya dormían cuando fui a dejarles sus vasos de leche para la noche.

Al escucharla, no pudo menos que sonreír, olvidando momentáneamente su inquietud.

—¡Ay hija!, usted todavía los llena de mimos, cual si fueran pequeños. Y vaya a saber si no será causa de ellos todo este alboroto; quizás qué truhanerías habrán cometido este anochecer y seré yo, como otras veces, quien tenga que apaciguar a las autoridades.

Las últimas frases pronunciadas con enojo dejaban traslucir, sin embargo, una benevolencia cargada de orgullo.

Los golpes en el portón, que por un momento habían cesado, comenzaron a escucharse de nuevo.

Don José Ramón abotonó a medias su casaca y cogiendo el candelabro salió al patio, seguido de su esposa, que se cubría con un amplio chal.

Afuera se encontraron con sus dos hijos, Fernando y Agustín, arrebujados en sus capas. Sus rostros somnolentos no mostraban inquietud, sino desagrado por aquel

despertar intempestivo. Fernando tendría diecinueve años de edad y era alto, recio, moreno. Agustín, dos años menor, era de tez clara y de cabellos castaños. Sin embargo, los rasgos de sus rostros eran extraordinariamente parecidos.

—¿Qué sucede, padre?

—Soldados peninsulares que parecen empeñados en echar abajo el portón. —Luego agregó con voz seca, aproximando la luz a sus hijos—: Ahora, respóndanme: ¿son ustedes la causa de todo este alboroto?

Casi al unísono respondieron:

—No, padre.

—Entonces esto es más delicado de lo que parecía —y dirigiéndose a su esposa—: Aguárdenos aquí, Mercedes, y ruegue a Dios porque estos golpes que escuchamos no sigan después repercutiendo en nuestros corazones.

Los hermanos se miraron conturbados ante el sombrío tono de las palabras de su padre.

Acompañados de Diego se dirigieron al primer patio, en donde la servidumbre, que se había levantado, aguardaba medrosa.

—Abre, Diego —ordenó con voz entera don José Ramón.

Recorrieron los cerrojos y, al abatirse una hoja del portón, penetró atropellándose un grupo de jinetes. Eran seis soldados del regimiento español de Talavera. Un capitán los comandaba. Con las riendas cortas dominaba éste la fogosidad de su caballo, cuyas pezuñas arrancaban chispas al golpear contra el empedrado del patio. Sin desmontar ni dar un saludo el oficial se acercó al grupo.

—¿Don José Ramón Santa María?

—Sí, señor.

—Por orden de Su Excelencia, mi brigadier Osorio, deberá usted comparecer a su presencia, a la mayor brevedad.

En la frente de don José Ramón se marcó el ceño. Sus ojos se entrecerraron, dominando el disgusto que sentía nacer en su ánimo.

—¿Y para darme este recado vienen las tropas de Su Excelencia a golpear a las puertas de mi casa en horas tan intempestivas de la noche? ¿No se pudo aguardar la claridad del día para formularme esta invitación? Aprecie usted la inquietud que ha provocado en este tranquilo hogar.

A medida que hablaba pudo observar que una sonrisa extraña, mezcla de burla y crueldad, se iba dibujando en los labios del capitán. Sus ojos eran pequeños, pero de mirar agudo. El cuerpo ancho, rechoncho y de anchas espaldas se erguía con soberbia sobre la montura.

Cuando el capitán respondió parecía estar deleitándose con la situación.

—Yo no diría exactamente que Su Excelencia le haya formulado una invitación, señor. Muy por el contrario, es una orden. Y en cuanto a las inquietudes de que usted me habla, puedo decirle que yo también las tengo, y no de poca monta, ya que soy responsable del buen éxito de cuanto está ocurriendo. Esta noche es de inquietudes para todos, señor...

—Bueno, si no es otro su parecer, capitán, y no es portador de otras órdenes, me parece que podríamos dar por terminada la entrevista. Mañana me presentaré en el Palacio de Gobierno, cumpliendo lo dispuesto por Su Excelencia. Y antes de despedirnos, capitán, quisiera conocer su nombre para dar razón de mi presencia en palacio.

El pequeño hombre del caballo hizo el juego de una venia cortesana desde lo alto de su montura.

—Capitán Vicente San Bruno, del regimiento de Talavera.

Don José Ramón traicionó con un gesto el desconoci-

miento que tenía de aquel nombre. El capitán lo captó.

—Sí, señor, capitán Vicente San Bruno —recalcó—, llegado recientemente de la Península y muy deseoso de contribuir a poner orden en este convulsionado reino.

—Bien, capitán, con su venia nos retiraremos a nuestras habitaciones.

Al hacer un ademán para cumplir su propósito, el oficial avanzó bruscamente su cabalgadura.

—¡Un momento, señor! Ya hemos platicado bastante, ahora se trata de cumplir las órdenes. Ellas se refieren a que usted debe acompañarme inmediatamente al cuartel.

—¡No es posible, capitán!

—Perfectamente posible —y dirigiéndose a los soldados que aguardaban a sus espaldas—: A ver ustedes, sepárenme a esos dos mozos de este caballero.

Los soldados avanzaron al grupo de los Santa María.

Entonces los hermanos saltaron. Agustín se colocó decidido delante de su padre, con los puños cerrados, en tanto que Fernando cogía las riendas de la cabalgadura de San Bruno. Este último aplicó espuelas a su caballo y de un empellón hizo rodar al muchacho por el empedrado. Agustín, que no había tenido mejor éxito en defender a su padre, se debatía entre los fuertes brazos de dos soldados.

—¡A estos dos mocitos también los llevaremos! —gritó enfurecido San Bruno.

Pero Fernando había escapado, escabulléndose por entre los atemorizados sirvientes y se dirigía al segundo patio. Al llegar a la sala de trabajo de su padre buscó con manos febriles la caja en donde él guardaba sus pistolas. Momentos después, cuando salía precipitadamente con una en cada mano, se interpuso su madre.

—¡Por amor a Dios, Fernando, qué vas a hacer!

—¡Defender a mi padre y vengar este ultraje!

—¡Te lo prohíbo, Fernando, tú no sales de esta pieza!

El muchacho pareció no escucharla e intentó apartarla de su camino. Entonces él sintió dos palmadas de fuego sobre sus mejillas.

—¡Madre!

—Fernando, esos hombres te matan si te ven armado. Debemos conservarnos serenos. A tu padre y a Agustín los han hecho prisioneros, tú eres nuestra única posibilidad de salvación.

—¿Qué debo hacer, entonces, madre?

—Irás a casa de don Juan Agustín Alcalde y lo impondrás de lo que ocurre. El sabrá tomar las providencias necesarias para que tu padre y tu hermano sean liberados inmediatamente. Después correrás a casa de Juan Enrique Rosales y también le contarás lo sucedido.

En aquel momento se escuchó el golpear de cascos de caballos que avanzaban al segundo patio.

—¡Huye, hijo, huye; y que Dios te proteja!

Ya las voces se escuchaban próximas.

—¡En dónde se habrá metido este mozo de los demonios!

Fernando cruzó veloz el patio y, con la agilidad de su cuerpo, no le fue difícil trepar por la alta muralla.

* * *

Ya en el exterior echó a correr hacia la calle del Peumo, en donde se encontraba la casa de don Juan Agustín Alcalde, conde de Quinta Alegre.

Al doblar una esquina casi se topó con una patrulla de soldados. Volvió sobre sus pasos y alcanzó a oír la voz de un oficial que gritaba: "¡Alto!"... Luego los disparos reventaron muy cerca de sus espaldas. Continuó por otra calle, pero nuevamente su carrera fue interrumpida.

Frente a una casa y a la luz de los chonchones divisó que un piquete de talaveras se llevaba a un hombre y escuchó gritos y lamentos de mujeres. Embozándose en su capa y pegado a la muralla, fue acercándose hasta pocos metros del lugar. Entonces tuvo que reprimirse para no abalanzarse sobre el grupo, en absurdo intento de liberar al prisionero. Altivo, con la mirada dura, sobreponiéndose a sus pesares y como ignorando a sus aprehensores, avanzaba don Ignacio, el anciano patricio, padre de los hermanos Carrera. En las casas vecinas los ojos temerosos y cautos de los moradores se adivinaban detrás de los cerrados postigos.

Fernando, comprendiendo que nada podía hacer, continuó su rápido caminar, hasta llegar a la casa solariega del conde de Quinta Alegre. Con los puños cerrados comenzó a llamar en el portón. Los golpes resonaban inútilmente y parecían perderse en la oscuridad de la noche. Por fin se abrió la mirilla y una voz somnolenta y enojada preguntó:

—¿Quién llama a estas horas?

—Soy yo, Fernando, el hijo de don José Ramón Santa María.

—Don Fernandito, ¿qué sucede?

—Necesito hablar urgentemente con don Juan Agustín.

—¡Pero a estas horas! Su merced está en el sueño.

—No importa, despiértelo; es asunto de vida o muerte.

—Bueno, don Fernandito, voy a abrirle.

Se escuchó el sonar de la cerradura y el descorrer de la tranca. Un antiguo sirviente de la casa mostró su cara extrañada a la luz de la vela.

—Pase, don Fernandito, y aguarde en el salón.

Allí esperó largo rato, dominando su impaciencia. Al

fin apareció don Juan Agustín Alcalde, envuelto en una bata granate y calzando sus pantuflas de piel. Toda su actitud revelaba la molestia y el esfuerzo con que recibía la inusitada visita.

—Buenas noches, hijo; graves han de ser los motivos que te traen a esta casa cercana ya la medianoche.

—Muy graves, don Juan Agustín. Mi padre ha sido tomado prisionero por los peninsulares, junto con mi hermano Agustín, que trató de defenderlo.

—Los han tomado prisioneros, me dices, y ¿por qué?

—No tenemos el menor conocimiento, señor. Yo logré escapar y mi madre me mandó a avisarle. Ella dice que usted sabrá tomar las providencias necesarias para que sean puestos en libertad.

—Cuéntame lo ocurrido, hijo, porque no logro comprender.

Fernando le relató lo sucedido, imponiéndolo también de la prisión de don Ignacio de la Carrera y de las patrullas de soldados que recorrían la ciudad.

Don Juan Agustín se paseaba por el salón, mascullando un monólogo incomprensible para el joven.

—Lo consiguieron por fin... Esto no podía durar... Cavarán su propia tumba... Es el comienzo... Absurdo, absurdo...

—Don Juan Agustín... —llamó quedamente Fernando.

El caballero se sobresaltó.

—Perdona, hijo no creas que mis reflexiones me han hecho alejarme de los acontecimientos de esta noche. Muy por el contrario, porque si mis temores son fundados, no solamente habrá lágrimas en tu hogar y en el de don Ignacio de la Carrera, sino en el de muchos chilenos. Quizás más tarde vengan a golpear en mi propia puerta...

—Señor, ¿qué le digo a mi madre?

—Que desgraciadamente por esta noche nada podemos hacer. Mañana temprano iré a entrevistarme con Su Excelencia el brigadier Osorio. Cualquier novedad se la comunicaré inmediatamente.

—Gracias, señor.

—Que Dios te acompañe, hijo.

Fernando se despidió apresuradamente.

* * *

En la calle encontró a algunos embozados que se escurrían medrosos, atracados a las murallas. Cercano se escuchaba el golpear de herraduras de los piquetes militares en el empedrado.

Frente a algunos portones se veían soldados que llamaban perentorios con las culatas de sus fusiles. El furioso ladrar de los perros estremecía la noche.

Al llegar a casa de don Juan Enrique Rosales llamó, como antes lo hiciera donde el conde de Quinta Alegre. Pero ahora no hubo demora en la respuesta.

—¿Quién vive?

—Fernando Santa María.

Descorrieron los cerrojos y la puerta se abrió. En cuanto hubo traspuesto el umbral la puerta fue cerrada apresuradamente. Dos sirvientes armados de fusiles se le acercaron.

—Qué bueno que haya venido, don Fernando —habló el de más edad—; falta hacía que alguien viniera a poner consuelo allí dentro. Ahora...

Sin escuchar más, el mozo corrió hacia el interior. En la puerta del salón se topó con Rosario.

—Fernando, ¡se lo llevaron..., se llevaron a mi padre!...

Y sin reparar en su acción se abrazó al joven, estremecida de sollozos.

—Calma, Rosarito, calma.

—Es un anciano y estaba enfermo... No han permitido siquiera que alguien de la casa lo acompañara. ¿Qué irá a ser de él? ¿Qué será de nosotros?

Fernando la sostenía entre sus brazos y un sentimiento nunca antes experimentado le llenaba el corazón de angustia y de dolorosa felicidad. Como una revelación comprendió que, en aquel instante, no le importaría dar su propia vida con tal que ella no padeciera.

Con suavidad la llevó al interior del salón. Allí, ante un crucifijo iluminado por cuatro velas, la familia terminaba de rezar un rosario, en tanto que la servidumbre oraba también en el patio.

Al verlo entrar la dueña de casa le hizo señas para que se acercara.

—Ya he sabido, señora, la desgracia que les aflige.

—Dura es la prueba a la cual Dios nos está sometiendo, muy dura... —Contuvo las lágrimas que pugnaban por saltar de sus ojos—. La Providencia te ha enviado, hijo, ya que nadie mejor que tu padre podrá ayudarnos en este aflictivo trance.

—Señora, mi padre..., mi padre también ha sido tomado prisionero.

—¡No es posible! ¿Qué está sucediendo, Dios mío?

—No quisiera causarle mayor aflicción, señora, pero algo muy grave ocurre. He visto que los soldados se llevaban a don Ignacio de la Carrera y que otros piquetes llamaban a las puertas de las casas de don Manuel de Salas y de los Errázuriz.

—No comprendo, Fernando, no comprendo... Ahora justamente que se nos había prometido dejarnos vivir en paz.

—La paz parece haber terminado; todo está revuelto, señora.

—¿Qué podemos hacer?

—Por encargo de mi madre he ido donde el conde de Quinta Alegre, quien hablará mañana con el brigadier Osorio. Me ofrezco para llevarle al conde el recado que usted me señale.

En ese momento Rosario alzó la cabeza, que mantenía apoyada entre sus manos. Ya no lloraba, y, por el contrario, cuando habló su voz revelaba una súbita firmeza y decisión:

—Gracias, Fernando, pero con la venia de mi madre seré yo misma quien irá mañana a hablar directamente con el brigadier.

Los familiares y Fernando la miraron extrañados del brusco cambio que se había operado en la que, hasta pocos momentos antes, era callada y tímida niña.

Ya nada quedaba por hacer, sino aguardar que las horas de aquella noche trágica pasaran rápidamente para enfrentarse con el día siguiente, que prometía ser de lucha y sufrimiento.

* * *

Cuando el mozo salió a la calle se había aplacado algo el sordo ajetreo anterior. Todavía se escuchaba el trotar de los piquetes de caballería y se adivinaban los asustados ojos detrás de las rejas.

Se dirigió a su hogar con andar apresurado, pero sin correr, como pretendiendo retardar el encuentro con la realidad de la prisión de su padre y de su hermano. Sus pensamientos se refugiaron en Rosario. Los recuerdos acudieron en tropel: los días de la niñez, los veraneos en el campo, los saraos, todo vivido siempre junto a Ro-

sario y a aquel sentimiento de delicada y especial amistad que los unía. Después llegaron las horas azarosas de la Independencia, con las nuevas ideas de libertad. Las familias se dividieron, vinieron tropas peninsulares y ya no hubo paz. La guerra, el dolor y la muerte se enseñorearon en la que, hasta entonces, fuera apacible ciudad. Su hogar y el sentimiento que experimentaba hacia Rosario fue lo único que se mantuvo incólume, sin sobresaltos ni dudas.

Ahora, cuando todos creían vivir en relativa tranquilidad, resultaba que la noche se despertaba en grito de pesadilla.

II

SU EXCELENCIA

A LA MAÑANA siguiente, don Juan Agustín Alcalde, conde de Quinta Alegre, permaneció en su cama más tiempo que el acostumbrado. No era que el sueño le agobiara los párpados, a pesar de haber tenido que levantarse a medianoche, sino la inquietud que le provocaba la entrevista con el brigadier Osorio, según lo había prometido al hijo de Santa María. Comprendía que algo grave había ocurrido y que, sin quererlo, podía verse envuelto en quizás qué complicado asunto. El ya había definido su posición, cuatro años antes, en 1810, ante las ideas revolucionarias. Había sido un ferviente admirador de los principios proclamados de mantener un gobierno independiente, a fin de preservarlo del conquistador Bonaparte y devolverlo, cuando llegara la hora propicia, a su legítimo dueño, Su Majestad don Fernando VII. Pero después las claras ideas se habían tergiversado y los hechos habían tomado un rumbo cada vez más peligroso. Los revolucionarios, con las armas en la mano, habían desconocido a su legítimo señor y desencadenado una guerra fratricida, que había sumido al reino en la desolación y la muerte. Los nombres de los caudillos O'Higgins y Carrera eran como un símbolo de la locura y la ambición del hombre. Ahora ellos y los demás comprometidos habían cruzado los

Andes, después de la derrota de Rancagua, y purgaban en el exilio sus reprochables ideas. El brigadier Osorio había conseguido traer de nuevo la paz y el orden, concediendo el perdón a aquellos que habían participado con mesura en el movimiento de independencia y permanecido posteriormente en el país. Sin embargo, el conde de Quinta Alegre sabía que alrededor del virrey del Perú españoles envidiosos tejían una red para hacer caer en ella al brigadier Osorio. Y nada mejor para ello que la desatinada medida que este último acababa de tomar, de poner en prisión a esos patriotas teóricos e inofensivos. De una sola plumada había malogrado todas las buenas disposiciones dictadas al comienzo de su gobierno.

Por otra parte, y en cuanto a su persona se refería, don Juan Agustín creía tener sobrados motivos para mostrarse temeroso y suspicaz ante la próxima entrevista con Su Excelencia. Lo conocía como hombre bueno pero irascible, y en las actuales circunstancias bien podía ocurrir que recordara con malestar su primitiva participación revolucionaria y decidiera mandarlo también a meditar tras las rejas de una cárcel.

El conde dio un profundo suspiro y, levantándose de la cama, comenzó lentamente a vestirse.

* * *

Era media mañana cuando llegó a la Plaza Mayor. El sol del verano daba de lleno sobre su lisa y polvorienta superficie, donde ni siquiera un árbol ofrecía sombra protectora. Al centro, en el pilón de bronce, los aguateros llenaban con sus calabazas los barriles en que habían de repartir por la ciudad el agua para beber.

Bajo las arcadas del portal de Sierra Bella numerosos grupos de vecinos comentaban animadamente los

acontecimientos de la noche, que habían trascendido rápidamente por la ciudad. La mayoría de los presentes eran caballeros de alcurnia y en sus rostros se transparentaban, a la vez, el enojo y el temor. El silencio cerraba sus labios cuando algún oficial peninsular cruzaba, altivo, cerca de ellos. El frente de la cárcel se mostraba desierto, ya que se sabía que las personas hechas prisioneras la nefasta noche anterior no se encontraban recluidas allí, sino en el cuartel de Talavera, ubicado a dos cuadras de distancia.

Don Juan Agustín Alcalde dirigió sus pasos a la mansión que fuera del conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano, y que actualmente servía de habitación y Casa de Gobierno al brigadier Osorio. A veinte metros de la entrada, en la esquina de la Plaza Mayor con la calle de la Merced, un fuerte destacamento de soldados cerraba el paso a los agitados vecinos que pugnaban por obtener una entrevista con el brigadier, a fin de interceder por sus parientes prisioneros. Don Agustín se abrió paso con dificultad por entre el compacto grupo y se encaró con un teniente.

—Deseo hablar con Su Excelencia.

—Todos los presentes no desean otra cosa —respondió con sorna el oficial—, pero sucede que hoy día Su Excelencia no concede audiencias.

Don Juan Agustín comprendió que nada podría obtener del teniente.

—Quisiera, entonces, hablar con su capitán.

—Como guste —y se encogió de hombros—; se encuentra allí...

Con nuevos esfuerzos llegó a su presencia.

—Capitán, necesito urgentemente hablar con Su Excelencia, a pesar de que las audiencias se encuentran suspendidas.

—Hay órdenes de no dejar pasar a nadie.

—Por lo menos sírvase comunicar a Su Excelencia que el conde de Quinta Alegre aguarda en la calle por una respuesta.

Había tal arrogancia en su voz que el oficial se inquietó ante la posibilidad de estar enemistándose en forma directa con algún personaje de influencias.

—Haré anunciarlo a Su Excelencia —dijo lacónicamente.

Media hora más tarde se encontraba frente al gobernador interino de Chile. De pie ante su escritorio, el brigadier Osorio lucía su gallarda figura. Era alto, delgado, bien conformado. En la piel tostada de su rostro se destacaban los ojos grandes y negros, que tenían un mirar inteligente y enérgico. Una sonrisa irónica se dibujaba suave y permanentemente en sus labios, ocultando el fondo sentimental de su espíritu.

Extendió la diestra para saludar al visitante.

—Señor conde, ruego a usted dispensar la demora en recibirlo, pero delicados asuntos de gobierno han requerido mi constante atención.

—Excelencia, es usted quien debe perdonarme el que lo distraiga, aunque por breves momentos, de sus deberes. Mas debo cumplir la promesa que hice a un amigo.

—¿Un amigo que, seguramente, fue tomado prisionero anoche?

—Sí, Excelencia.

—Créame que por un instante abrigué la esperanza de que usted siquiera me evitaría tratar tan delicado cuanto enojoso asunto.

—Las circunstancias me han obligado a ello.

—Las circunstancias parecen estar obligándonos a todos a realizar acciones que, en el fondo, detestamos.

—¿Por qué, Excelencia? —aventuró la pregunta el

visitante, más por conquistar una calidad de confidente que por interesarse en los problemas del brigadier.

—Verá usted, cuando aún no se ha cumplido un mes de mi entrada victoriosa a esta ciudad, después de la batalla de Rancagua, he dictado una serie de providencias para traer la tranquilidad a sus habitantes. Es así como han podido retornar a sus hogares todos aquellos que se habían refugiado en los campos, temerosos de que habría de tomar represalias contra ellos. He puesto en vigencia los Tribunales de Vindicación, para que tuvieran la oportunidad de justificar su conducta durante la revolución. Y bien conoce usted que los tales Tribunales tienen un carácter más conciliatorio que de vindicta, ya que sus miembros, por mis directas instrucciones, son elegidos en su mayoría entre criollos ligados por lazos de parentesco o amistad con los revolucionarios.

Osorio abandonó el sillón que ocupaba detrás de su escritorio y comenzó a pasearse por la sala.

—Nadie que no fuera un mentecato —continuó, como hablando consigo mismo— podría cerrar sus oídos a las expresiones de alegría con que fuimos recibidos en campos y ciudades y cómo se ha proclamado el augusto nombre de nuestro rey, don Fernando. Las lágrimas de gozo que se han derramado, las flores esparcidas con profusión, las luminarias y repiques, las banderas alzadas en los mástiles, todo me ha hecho conocer que los caudillos de la revolución y sus alucinados secuaces jamás tuvieron imperio entre los habitantes de este reino. No cabía, pues, abrigar el rencor ni la venganza, sino propender al perdón y la unión. Tal vez le cause sorpresa, don Juan Agustín, escuchar estos razonamientos de un general victorioso que, en vez de la benignidad y la comprensión, pudo emplear las armas para hacer cumplir su voluntad.

—Los habitantes de este país, Excelencia —se apre-

suró a aclarar el conde—, somos conocedores de su bondad y sólo un contumaz ingrato podría desconocerla. Los exaltados insensatos que llevaron a este país a la guerra, a través de la anarquía o la dictadura, han sido repudiados por aquellos que, como yo mismo, hace cuatro años levantaron el estandarte de liberación contra el usurpador Bonaparte. Con veracidad ha expresado usted el gozoso sentimiento con que su llegada ha sido recibida por el pueblo. Sin embargo...

El conde había recordado de pronto el objeto mismo de su visita. Comprendió que no podía malgastar en palabras la buena disposición que en aquel momento mostraba el brigadier y que podría ser malograda con la entrada de cualquier extraño a la sala.

—Sin embargo —repitió, con voz cautelosa—, los beneficios tan generosamente concedidos y nunca debidamente compensados con el agradecimiento de quienes los reciben, pudieran malograrse con...

El ceño de Osorio se marcó en gesto de enojo y preocupación. El conde comprendió que sus palabras habían entrado en terreno peligroso.

—Con la orden de prisión dictada contra un grupo de criollos, ¿verdad? —completó la frase, con voz dura, el brigadier.

Luego Osorio continuó paseándose nervioso. Parecía dudar entre dar por terminada la entrevista o franquearse en una confidencia. Por fin se resolvió. Se detuvo frente a su escritorio y afirmó las manos cerradas sobre la cubierta.

—Pues bien, dada la amistad que nos une quiero dar a usted las razones que me han obligado a dictar esas disposiciones: obedezco órdenes del virrey del Perú. He dilatado su cumplimiento todo cuanto he podido, seguro como estoy de que tales medidas no habrán de acarrear

beneficios, sino desgracias. El rencor y el odio vendrán a suplantar mis propósitos de concordia y de paz. Además de las erradas informaciones proporcionadas al virrey sobre el estado del país, existen aquí personas de influencia, como el obispo Rodríguez Zorrilla, el abogado Lazcano, el oidor Concha, y muchas otras, que me han presionado constantemente para que ponga en prisión a los promotores de las ideas revolucionarias, pues estiman que su presencia en la ciudad es peligrosa.

El brigadier encendió un cigarro y aspiró profundamente el humo, como aliviado de haber dicho, por fin, aquello que le roía el pensamiento. Ofreció otro cigarro al conde, al cual le temblaban ligeramente las manos al aceptarlo. ¿Acaso la medida tomada no podía alcanzarlo a él también, ya que cuatro años antes había sido un entusiasta revolucionario? Por eso al hablar nuevamente no pensaba en su amigo Santa María, por quien había venido a interceder, sino en sí mismo.

—Y seguro como está, Excelencia, de que las órdenes de prisión solamente acarrearán desgracias, ¿no existe un arbitrio que permita suspenderlas hasta que la cordura aclare los pensamientos de quienes las han propiciado?

—Sí, señor conde, existe un arbitrio: mi renuncia al cargo de gobernador interino. Porque en el fondo eso es lo que se pretende al obligarme a actuar de esta manera, que va contra mis propósitos y planes como gobernante. Sin embargo, estimo que mi alejamiento del cargo podría acarrear mayores males a los habitantes de este país, de los que ya están experimentando. Para ellos sería como huir de las llamas para caer en las brasas.

Osorio había recuperado sus modales amables y sus palabras algo burlescas, en una reacción muy propia de

su carácter, que olvidaba rápidamente los momentos de enojo.

—Puedo asegurarle, don Juan Agustín —continuó, dando un suspiro de cansancio—, que, ante las situaciones que debo afrontar en mi cargo, prefiero mil veces los campos de batalla. Allí las órdenes se dan o se reciben, y cuando la muerte llega nadie puede interceder ante ella. En cambio aquí... Esta mañana no más, casi de madrugada, llegó a mi presencia una joven de especial hermosura. Al comienzo con altanería y luego con rendimiento me pidió la liberación de su padre. Yo hube de negársela. Sus súplicas y sus lágrimas me llegaron al corazón. No podía hacer una excepción, ya que en tal caso no habría de resistirme a quienes, más tarde, solicitaran igual clemencia. Comprendiendo ella, al fin, lo irrevocable de la orden, se levantó del suelo, desde donde no había querido moverse, y me formuló una última petición:

"—Si no puede concederme la libertad de mi padre —dijo con entereza—, autoríceme en cambio a acompañarlo al destierro, porque ¿él no quedará recluido en Santiago, verdad?

"—No —le respondí—, no quedará en Santiago. Irá a un lugar lejano, junto con los demás prisioneros. La vida allí será dura y de privaciones.

"—Razón de más, señor —me argumentó valerosamente—, para acompañar a mi padre y procurar con mis cuidados hacerle más llevadera esa triste existencia que le aguarda.

El brigadier Osorio hizo una pausa en su relato y se dejó caer en el sillón de su escritorio.

—Soy franco al decirle, don Juan Agustín —continuó—, que en aquel momento experimenté una profunda tristeza y me sentí muy desdichado. Hice entonces lo único que dependía de mí, para ayudarla: cogí un pliego

y extendí un salvoconducto para la niña, conjuntamente con la autorización para acompañar a su padre al destierro. Antes de retirarse le pregunté su nombre: dijo llamarse Rosario Rosales. Indudablemente era una valiente moza y yo me habría sentido muy orgulloso si hubiera sido su padre.

Osorio quedó callado y pensativo, mientras sus manos jugaban distraídamente con una pequeña daga toledana.

—Excelencia —habló don Juan Agustín, sacándolo de su ensimismamiento—, ¿puede conocerse el lugar a donde serán enviados los prisioneros?

—Sí, señor conde, a la isla de Juan Fernández.

El conde hizo un gesto de estupor.

—¡Pero aquélla es una isla, alejada e inhóspita, adonde sólo se envía a los criminales a quienes se les ha conmutado la pena de muerte por la de reclusión en ese desventurado lugar!

—Tales son las órdenes que he recibido.

El visitante comprendió que ya nada quedaba por decir, sino recordar el nombre del amigo por quien, tan infructuosamente, había venido a interceder.

—Excelencia, don José Ramón Santa María y uno de sus hijos se encuentran entre los prisioneros. Si algo puede hacerse en su favor se hará honor a la justicia.

—Vaya usted tranquilo, que haré cuanto esté en mi mano por hacer más llevaderas sus aflicciones.

—Gracias, Excelencia.

Cuando el conde de Quinta Alegre sintió cerrarse la puerta a sus espaldas, dio un suspiro de alivio y se apresuró en salir del palacio del gobernador. No fuera a suceder que alguno de los personajes del gobierno lo reconociera y recordara sus entusiasmos revolucionarios de años atrás. Entonces de poco había de valerle su amistad

con el brigadier, por la poderosa influencia que ejercían sobre él.

Ya en la calle, se dirigió rápidamente a su casa, esquivando a los que comentaban los acontecimientos y saludando apenas a los conocidos.

Al llegar, un sirviente le abrió la puerta.

—Su merced, un hijo del señor Santa María lo aguarda desde mucho rato en el salón.

El conde se dirigió a su encuentro temeroso de tratar la difícil y penosa situación en que la amistad lo había colocado desde la noche anterior.

—Hijo mío —dijo, saludando a Fernando—, acabo de sostener una larga conversación con Su Excelencia y hemos discutido asuntos que se refieren a la grave situación por la que atravesamos...

El joven se dio cuenta de que trataba de soslayar el tema que en aquellos momentos era el único que le interesaba.

—¿Qué hay de mi padre y de mi hermano, don Juan Agustín?

El conde se puso tenso, pero comprendió que no podía escabullirse.

—Malas noticias, hijo; la orden de prisión no puede revocarse. Ha sido impartida por el propio virrey del Perú. Serán desterrados.

El rostro de Fernando se ensombreció.

—¿Y cuál es el lugar de reclusión?

—La isla de Juan Fernández.

—¿En dónde queda ese lugar?

—Lejos..., hacia el norte.

El joven no delataba en palabras los sentimientos que le provocaban tales noticias. Solamente sus mandíbulas se apretaban con dureza y sus labios en rictus de concentrado rencor.

—Debo irme ya, señor, mi madre aguarda impaciente las noticias que nunca, en su desgracia, podrá imaginar sean de tanta tristeza.

—Ahora sólo queda confiar en la Divina Providencia, hijo mío.

Pero el mozo ya se alejaba, luego de haber hecho una breve y rígida venia de despedida.

III

DOS MUJERES

AL VER A SU HIJO, la señora Mercedes de Santa María no tuvo necesidad de palabras para comprender inmediatamente que algo trágico había ocurrido. Escuchó las noticias con aparente serenidad hasta el momento de conocer el lugar al que serían enviados los prisioneros. Entonces, cubriéndose el rostro con las manos, estalló en sollozos.

—Es lejos, Fernando, muy lejos... Es una isla desolada en la inmensidad del mar... ¡Mi pobre hijo Agustín!... ¿Qué irá a ser de José Ramón?

Fernando la atrajo a su pecho y la consolaba como a una niña.

De pronto la señora retiró sus manos del rostro y quedó mirando a su hijo. Las lágrimas que aún corrían por sus mejillas formaban contraste con la suave sonrisa que se esbozaba en sus labios y la expresión resuelta de su mirada.

—Fernando, hace un instante, en medio de mi dolor, rogaba a Dios que me iluminara en este difícil trance, y El, hijo mío, me ha señalado lo que debemos hacer: ¡partiremos también al destierro! Los cuatro, unidos, compartiremos las congojas, las penurias y también las alegrías que pueda depararnos el destino. No habrá separación, no habrá angustia de soledad.

—Madre, no quiero causarle otro dolor al desilusionarla de tan noble idea, pero es mi deber decirle que los que ahora gobiernan no son hombres de piedad ni corazón. Se necesitaría una autorización especial del brigadier Osorio, el cual ha impartido órdenes de que nadie entre a su despacho.

—Yo entraré, Fernando, ten la seguridad de que entraré... Para una mujer que defiende a su familia no son suficientes puertas ni muros para detenerla.

—La acompañaré, madre.

—No, hijo, hay ocasiones en que la valentía de los hombres vale menos que la debilidad de las mujeres.

La señora Mercedes mandó traer su rebozo y salió decidida a entrevistarse con Su Excelencia el gobernador Mariano Osorio.

* * *

Momentos más tarde Fernando se dirigía a casa de los Rosales. Por las calles se encontró con amigos, los cuales, impuestos de la prisión de su padre y de su hermano, se le acercaban para expresarle su pesar y al mismo tiempo comentar los graves sucesos. Por ellos supo que, en la noche recién pasada, habían sido tomados prisioneros quince a veinte caballeros de posición principal y que constituían la alta sociedad santiaguina. Sin consideraciones y en forma intempestiva habían sido arrancados del sueño y arrastrados a la prisión por soldados del regimiento de Talavera. Casi sin ropas y alcanzando apenas a dar un último abrazo a los niños que dormían, habían tenido que abandonar el hogar, llevándose sólo el recuerdo de las lágrimas y el gemir de sus familiares. Se sabía que en las casas de los Errázuriz, los Cienfuegos, los Larraín, los Carrera y muchas otras se lloraba, tras las ce-

rradas puertas, la ausencia de algún ser amado. Algunos aseguraban que hasta el que fuera Director Supremo, Manuel de la Lastra, se encontraba entre los prisioneros.

Los mejor informados daban cuenta de la última novedad: por bando se acababa de prohibir que los habitantes de Santiago se alejaran más allá de seis leguas de la ciudad. Esta noticia encerraba funestos presagios, ya que con tal medida se quería impedir que alguien huyera y se ocultara en la soledad de los campos. Habían de temerse, pues, nuevas órdenes de detención.

El nombre del capitán Vicente San Bruno, al mando de las partidas militares, comenzaba a ser pronunciado con terror.

Luego de escuchar los intranquilizadores comentarios, Fernando apresuró sus pasos hacia la casa de los Rosales.

Cuando llegó se dirigió directamente al segundo patio, en donde encontró a la familia reunida bajo la fresca sombra de los naranjos. Había preparativos de viaje. Grandes baúles, con sus tapas abiertas, esperaban los trajes, los sombreros, las frazadas, que se amontonaban desordenadamente sobre los bancos. La dueña de casa trajinaba de aquí para allá dando órdenes nerviosas a sus hijos y a la servidumbre.

Fernando, para no importunar, saludó a la distancia a la familia y buscó con la mirada a Rosario. La encontró en un extremo del corredor semiescondida tras una enredadera de jazmines. Al aproximarse vio que en una caja de cuero ordenaba con calma algunos frascos, pequeños paquetes y vendajes.

—Son medicamentos —explicó, después de saludarlo—; no sabemos el mundo en que habremos de vivir.

El irguió el rostro, en gesto de perplejidad.

—¿"Habremos de vivir" dijiste, Rosario?

—Sí, Fernando, acompaño a mi padre al destierro.

—Pero ¿es posible?... No eres más que una niña, Rosario. No comprendo...

—Es así, ya está resuelto. Mis hermanos son aún muchachos y mi madre no debe abandonar esta casa; su corazón enfermo no resistiría las penurias del viaje y del destierro a esa isla de Juan Fernández.

Un repentino recuerdo alivió la tensa preocupación del mozo.

—Rosario, en medio de tan oscuro porvenir vislumbró una tenue claridad de esperanza. Quizás no tengamos que separarnos. Mi madre ha ido donde el brigadier Osorio a solicitarle autorización para acompañar a mi padre y a Agustín.

—¡Oh! Fernando, Dios ha de permitir que se la conceda. Yo fui donde el brigadier y obtuve, si no la libertad de mi padre, la gracia de poderlo acompañar.

La niña se asomó al patio y con mirada llena de tristeza contempló el trajinar de su familia.

—Preparan baúles tal si fuéramos a pasar una temporada en la hacienda. Yo les dejo hacer, porque así se distraen de su angustia. Nada he querido decirles de las instrucciones de Osorio; solamente se nos permitirá llevar lo indispensable. El barco es pequeño y muchos serán los prisioneros.

Desde el interior de una habitación se escuchó la voz de su madre:

—¡Rosarito, venga a ayudarme!...

—Adiós, Fernando, vuelve pronto.

* * *

Más tarde, casi a las oraciones, regresó doña Mercedes. Las horas de espera y de incertidumbre se marcaban

en cada rasgo de su rostro. Mas, por sobre el cansancio y el sufrimiento, afloraba la serenidad.

—Hijo, la gracia que solicitábamos nos ha sido concedida. Podremos emprender el viaje juntos. Ahora, de alguna manera, haremos llegar un mensaje a tu padre, dándole a conocer la buena nueva.

—¿Cuándo partiremos, madre?

—Nada se sabe aún, pero debemos estar prontos para hacerlo en cualquier momento.

—Madre, Rosario acompañará también a su padre.

Doña Mercedes sonrió y acarició las mejillas de su hijo.

—¿Ves como Dios dispuso las cosas para no dejarnos demasiado abandonados?

A pesar de su desgracia, los dos mostraban una incipiente felicidad.

IV

EN EL CUARTEL DE TALAVERA

ENTRETANTO EN EL cuartel del regimiento de Talavera los prisioneros se disponían a pasar su segunda noche de reclusión. El cuartel era un espacioso edificio, ubicado en la calle de las Capuchinas, en donde antes funcionara el antiguo Colegio Central de los jesuitas.

En uno de los patios se encontraban los presos. Algunos se paseaban por los corredores, que ya comenzaban a llenarse con las sombras del anochecer. En los rostros se reflejaban el cansancio y una marcada inquietud.

Los guardias, con los fusiles al hombro, los miraban alertos.

José Ramón Santa María conversaba en uno de los grupos de prisioneros.

—Creo, amigos, que debemos por algún medio ponernos en comunicación con las autoridades para aclarar la situación en que nos encontramos. Ha transcurrido ya una noche y todo un día y nada sabemos de la causa de nuestro encierro ni del tiempo que habremos de permanecer en esta prisión.

—No se afane, don José Ramón —habló adusto el mercedario fray Joaquín Larraín—, que si mañana a más tardar y a primera hora no estamos libres, el gobierno de los peninsulares habrá de verse en duros aprietos. No ol-

vide usted que quienes nos vemos hoy reducidos a prisión pertenecemos a lo principal de esta ciudad y de Chile. No querrán ellos enemistarse con todas nuestras familias y amistades.

—Razón tiene fray Joaquín —lo apoyó el presbítero José Ignacio Cienfuegos—, el brigadier Osorio es demasiado sagaz para haber ordenado tan desatinada cuanto injusta medida. Si bien los que aquí estamos, unos más, otros menos, hemos actuado en los gobiernos revolucionarios desde 1810, nuestra conducta mesurada nos excluye de las listas de los díscolos y de los insurgentes. Tengan ustedes por seguro que algún segundón en el mando será quien ha impartido esta orden disparatada, queriendo lucir su inteligencia.

—Disparatada o no —intervino enérgico Juan Antonio Ovalle—, basta ya con las incomodidades sufridas. Si hemos faltado o delinquido, que se nos juzgue haciéndonos saber los cargos que se nos imputan, para, a la vez, presentar nuestras defensas.

—Mal se ajustan con la presente y cruda realidad las promesas de comprensión y armonía que Osorio propalara al asumir el mando. Ha traicionado nuestra credulidad y buena fe —agregó con voz airada Isidoro Errázuriz.

Algo apartados del grupo, pero escuchando las diversas opiniones, dos de los prisioneros conversaban entre sí, con voz calmada.

—Penoso es vernos reducidos a este estado, don Manuel, aunque haya de ser de corta duración. Anoche no hemos tenido una cama en donde reposar nuestras fatigas y ahora padeceremos igual suerte. No hemos probado alimento durante el día, aparte de tratar de ingerir el infame rancho de la tropa. Si los peninsulares han querido amedrentarnos, creo que, con esta oprobiosa medida, lo

están consiguiendo. Por lo menos en lo que a mi persona atañe, debo confesarle, don Manuel, que no me encuentro en condiciones de soportar estos padecimientos. Mis achaques y mi edad no me lo permiten.

Quien así se compadecía era el abogado y catedrático Juan Egaña. Con ademán de cansancio y amargura se alivió por unos instantes de sus gafas y con el pañuelo limpió los cristales, con manos que trataban de disimular su nerviosidad.

Su amigo, también abogado y catedrático, Manuel de Salas, lo quedó contemplando unos instantes, condolido de sus padeceres. A pesar de no querer causarle mayor pesadumbre, no pudo engañarlo en sus reflexiones.

—Debo serle franco, don Juan, ya que es mejor tener el ánimo preparado para lo que pueda venir. Mi opinión es que el trance en que nos encontramos solamente es el preludio de situaciones más graves para nosotros. Como hemos escuchado decir recién a fray Joaquín y al presbítero Cienfuegos, el brigadier Osorio es hombre sagaz y yo agregaría que muy inteligente. La medida de recluirnos aquí no puede obedecer a un capricho momentáneo ni tener un carácter transitorio. Lo más probable es que ella haya sido dictada obedeciendo órdenes superiores. En tal caso esta prisión nuestra habrá de prolongarse.

En aquel momento se aproximó un soldado y todos quedaron en silencio.

—¿Quién es José Ramón Santa María? —preguntó con voz seca.

—Yo soy —respondió el aludido, avanzando desde un grupo.

—Sígame.

Transcurrió largo rato antes de que el prisionero regresara. Tomando del brazo a Manuel de Salas, lo invitó

a pasearse por el corredor, mientras los demás continuaban en sus conversaciones.

—No he querido comunicarles a todos la noticia que acabo de recibir —comenzó a explicarle en tono preocupado—, ya que su gravedad solamente serviría para hacer más angustiosas las horas de la noche que se aproxima. Mañana, a la luz del día, quiera Dios que el porvenir no nos parezca tan sombrío y que, por lo tanto, tengamos resignación.

—¿Qué ha ocurrido, don José Ramón?

—Mercedes, mi esposa, acaba de hacerme llegar un mensaje en el que me informa que seremos enviados al presidio de Juan Fernández... —la voz le temblaba ligeramente al dar la noticia.

Manuel de Salas detuvo en seco sus pasos.

—¡No es posible!... ¡Qué grave error y qué grande injusticia se están cometiendo!

Quedaron en silencio unos instantes.

—Además —continuó vacilante Santa María—, Mercedes y mi hijo mayor han decidido acompañarme al destierro; cuentan ya con el permiso de Osorio.

Manuel de Salas descansó una mano sobre el hombro de su amigo.

—Permítame decírselo, don José Ramón: a través de los años de nuestra amistad siempre he admirado a su esposa. Créame que acciones como la de ella son las que, en oportunidades como éstas, logran infundirnos valor a los hombres.

—Iré en busca de mi hijo Agustín, para comunicarle las novedades —replicó conturbado Santa María, tratando de disimular su íntima emoción.

* * *

La noticia del próximo destierro al presidio de Juan Fernández fue conocida, desgraciadamente, aquella misma noche por los recluidos. No porque fuera revelada por las tres personas que estaban en el secreto, sino por la llegada de nuevos prisioneros. Recién se habían apagado las escasas velas y se disponían a acomodarse en cualquier lugar para tratar de conciliar el sueño, cuando fueron sobresaltados por voces de mando y expresiones de ira.

El patio fue invadido por más de cien nuevos reos. Pero ya no se trataba únicamente de personas de edad madura y de alta alcurnia, sino que en el grupo llegaban individuos de diversas edades y condición social. Algunos, por su vestimenta y procacidad de expresiones, revelaban que habían sido cogidos interviniendo en asuntos que nada tenían que ver con la política.

La confusión y la cólera que penetraron junto con los recién llegados obligaron a doblar la guardia en el cuartel de Talavera. Se dio orden de apagar todas las luces, pero no se pudieron acallar las voces.

Muy pocos fueron los que lograron conciliar el sueño. El alba encontró a la mayoría con los ojos abiertos y el espíritu agobiado por la angustia.

* * *

Durante tres días se realizaron detenciones, al cabo de los cuales el capitán San Bruno estimó que había cumplido cabalmente las instrucciones recibidas. Más de doscientos prisioneros llenaban el patio principal del cuartel.

Los últimos allanamientos no se efectuaron al cómplice amparo de la noche sino a la luz del día. Los santiaguinos habían cerrado los portones de sus casas, en inútil apariencia de ausencia. El rudo golpear de las culatas de los fusiles los obligó a franquear las entradas, para evitarse males mayores.

El capitán de Talavera se mostraba muy complacido actuando de aquella manera. Deseaba que todos conocieran su naciente poder y entendieran, de una vez por todas, que la traidora causa rebelde había muerto un mes atrás en el sitio de Rancagua. Por eso cuando iba por la Cañada, al frente de su tropa, escuchó casi con alegría los gritos de "¡Viva la patria! ¡Mueran los sarracenos!" que dos mozos lanzaban contra sus soldados. Frenó el caballo y gritó la orden:

—¡Préndanme a esos granujas!

Los jinetes saltaron con sus caballos contra los provocadores, los cuales, corriendo en línea recta, parecían no querer ofrecer mayor resistencia. Finalmente los cercaron y luego de hacerlos rodar por el suelo los llevaron a presencia de su capitán.

—¡Conque los mocitos insurgentes se permiten ofender a las tropas del rey!... Den gracias porque las obligaciones que debo cumplir esta mañana no me dan tiempo para hacerles conocer el ardor de los azotes.

Y dirigiéndose al sargento:

—Hágalos llevar al cuartel y que registren allí sus nombres. Ya me encargaré de que por mucho tiempo no vuelvan a pasearse por estas calles de Santiago.

Los mozos se miraron rápida y significativamente entre sí.

* * *

Llegados al cuartel de Talavera, los dos nuevos prisioneros disimulaban apenas su alegría.

—¡Allí diviso a mi padre! —exclamó uno de ellos.

—¡El mío está en aquel extremo! —gritó, casi, el otro.

Mariano Egaña y Santiago de Salas se abrieron paso, fogosamente, entre los grupos.

—Hijo, ¡qué has hecho!...

—Nada, padre, que no quería dejarle ir solo al destierro. Como las autoridades no conceden más permisos para acompañantes, acabo de hacerme arrestar por los soldados de San Bruno. Ahora usted y yo podemos emprender el camino juntos.

En apretado abrazo el padre descansó de la soledad y de las angustias sufridas.

V

LOS PRISIONEROS

AL CUARTO día de haberse puesto en ejecución la drástica orden, los prisioneros fueron sobresaltados, muy de madrugada, por el agudo sonar de una corneta. Al salir al patio, desde las diferentes dependencias en donde pasaban la noche, vieron que gran número de soldados los aguardaban con los fusiles bala en boca. Cuando todos los recluidos se encontraron presentes, un nuevo toque de corneta impuso silencio a las conversaciones y al bullicio. En un extremo del patio se había improvisado un tablado y hacia él vieron dirigirse a un oficial peninsular. Al reconocerlo se elevó un sordo murmullo de protesta: era el capitán San Bruno. Sobre el tablado su figura baja y rechoncha aparecía casi ridícula. Pero pronto su voz potente y enérgica, supliendo la deficiencia física, dominó cualquier asomo de insubordinación:

—¡Los prisioneros aquí presentes, acusados de deslealtad a Su Majestad el rey don Fernando VII, serán enviados a destierro a diversos lugares del reino! ¡Algunos permanecerán en el continente y otros serán recluidos en el presidio de Juan Fernández!

El murmullo airado volvió a elevarse. Los soldados apuntaron con sus fusiles. La voz continuó impasible:

—Para el efecto serán leídos los nombres de quienes

seguirán su destino al presidio de Juan Fernández, los cuales se dirigirán de inmediato al segundo patio de este cuartel. Los demás aguardarán aquí, mientras se les señala el lugar de su destierro.

Se produjo un silencio expectante. Entonces el capitán Vicente San Bruno requirió de uno de sus ayudantes los pliegos en que se consignaban los nombres de los reos. Con tono pausado y duro comenzó a leer:

—Juan Enrique Rosales... Ignacio de la Carrera... Agustín Eyzaguirre... Manuel de Salas... Joaquín Larraín... Francisco de la Lastra... Juan Egaña... José Ignacio Cienfuegos... José Antonio Rojas...

Detuvo la lectura unos instantes y observó con mirada fría a los condenados que iban separándose de los grupos. Caminaban con pasos cansados y lentos, agobiados de pesadumbre. Ante el último de los nombrados experimentó un fugaz y repentino sentimiento de compasión. José Antonio Rojas era un anciano casi octogenario, que tuvo que ser auxiliado por dos soldados para continuar su marcha.

Luego prosiguió la lectura:

—José Ramón y Vicente Santa María... Juan José Echeverría... Isidoro Errázuriz... Pedro Nolasco Valdés...

El fuerte sol de noviembre, que ya había aparecido tras la cordillera, comenzaba a quemar las espaldas de los prisioneros. En aguda tensión tenían éstos los ojos fijos en el capitán de Talavera y en los pliegos que sostenían sus manos, cual si quisieran traspasarlos y conocer, de una vez por todas, el destino que les aguardaba. La lectura de la fatídica lista parecía no llegar nunca a su término.

El capitán San Bruno parecía gozar con la anhelante espera.

—Gabriel Valdivieso... Baltasar Ureta... Rafael Correa...

Los nombres continuaron sucediéndose. De pronto el silencio vibró en el espacio. Los prisioneros que no habían sido llamados quedaron tensos, inmóviles, temerosos de hacerse presentes. El capitán había puesto fin a su lectura. Sin embargo, hubo un estremecimiento cuando de su bolsillo sacó un nuevo pliego. Pero solamente leyó:

—Mariano Egaña... Santiago de Salas...

Los dos últimos reos, para quienes la omisión de sus nombres habría significado dolor y pesadumbre, sonrieron felices y apresuraron sus pasos para reunirse con los prisioneros del segundo patio.

* * *

Media hora más tarde los condenados a la isla de Juan Fernández eran conducidos, bajo fuerte escolta, a la Plaza Mayor, que se encontraba desierta. Las tropas habían prohibido el acceso a los vendedores que llegaban con sus carretas cargadas de frutas y verduras. Doble fila de soldados cerraban las esquinas, en donde se aglomeraban amigos y parientes de los que iban a partir. Damas y caballeros de la aristocracia santiaguina habían madrugado con la esperanza de dar un último adiós, aunque fuera a la distancia, a sus familiares en desgracia.

Cuando los prisioneros entraron al recinto de la plaza, un movimiento de ira y un contenido grito de angustia brotaron de los espectadores. Pero luego, al coger los soldados sus fusiles en actitud amenazadora, se hizo la calma y reinó un silencio de muerte.

Los reos pudieron refrescar sus sedientas gargantas en la pila central y permanecieron inmóviles en la desolada plaza, formando grupos de acuerdo al parentesco o grado de amistad que los unía.

—Debemos procurar no separarnos —decía en uno de ellos Manuel de Salas—. La jornada que nos aguarda es larga y penosa, pero podremos encontrar alivio si nos auxiliamos mutuamente. Dispersos nos atormentaremos aun más en nuestra soledad.

—Agradezco, don Manuel, sus intenciones —lo interrumpió suavemente Juan Enrique Rosales—, pero les ruego que prescindan de mi persona, ya que no podré prestarles ninguna ayuda. Por el contrario, constituiré un estorbo durante el trayecto. A los viejos debieron habernos dejado morir tranquilos en nuestras camas.

—Si usted, don Juan Enrique, desea apartarse de nuestro grupo por los motivos que nos ha expuesto, yo también deberé hacer otro tanto —lo reconvino Juan Egaña—. Mi precaria salud y la miopía que sufro no habrán de servir mucho en momentos de necesidad.

—No olviden que tenemos a nuestro lado a estos mozos, que nos habrán de acompañar —agregó optimista José Ramón Santa María, echando una mirada orgullosa a Agustín, Santiago y Mariano. Recordemos también que junto a nosotros irán mujeres valerosas, como su hija Rosario, don Juan Enrique, y mi esposa, que vendrá acompañada de Fernando. Verán ustedes como resulta verdad aquello de que las cargas se arreglan por el camino.

La conversación fue interrumpida por la bulliciosa llegada a la plaza de un grupo de arrieros que empujaban con latigazos y gritos a una tropilla de esmirriados caballos y asnos.

Al mismo tiempo apareció el capitán San Bruno, montando un brioso animal. Situándose en medio de la plaza, impartió, perentorio, las órdenes para la partida.

—Se advierte a los prisioneros —terminó con voz dura— que el teniente Alvarez, a cargo de las fuerzas de custodia, lleva órdenes precisas de reprimir con las armas

cualquier intento de sublevación o de fuga. Y ahora: ¡en marcha!...

Momentos después la columna de prisioneros, flanqueada por doble fila de soldados, abandonaba la plaza por la calle de Ahumada. En el compacto grupo veíase a hombres jóvenes y ancianos, tratando trabajosamente de acomodarse sobre las flacas y pobres cabalgaduras que se les habían destinado. La mayoría de ellas carecían de albardas y estribos y sólo llevaban delgados pellones en tanto que simples y toscos cordeles les servían de riendas.

Al entrar a la Cañada, el golpear de las pezuñas de las bestias sobre la tierra reseca y blanda los envolvió en una nube de polvo. El sol de noviembre caía implacable sobre la caravana.

Los prisioneros escuchaban todavía las voces de adiós de los familiares y amigos que quedaban tras la barrera de soldados. También comenzaron a oír otros gritos: "¡Viva el rey! ¡Mueran los insurgentes!"... Eran los que aún no habían comprendido las ideas por las cuales, desde hacía cuatro años, luchaban y morían cientos de hombres en el país.

* * *

Santiago iba quedando atrás.

El brigadier Osorio estaría en su sala de trabajo mirando, a través de la ventana, aquella polvareda que a los rayos del sol semejaba un incendio. Con el mentón apoyado en su mano movería lenta y pensativamente la cabeza. No fuera a suceder que aquella nubecilla roja contribuyera más tarde a encender una inextinguible hoguera...

En aquellos mismos instantes el capitán San Bruno descendería de su caballo, muy ufano por la misión cumplida. Pensaría que nada había mejor que la dureza, el te-

mor y la crueldad, para imponer el sosiego y el orden entre los hombres.

En las casas solariegas las familias de los desterrados pensarían que las lágrimas y los gemidos jamás habrían de transmutarse en una sonrisa o en una canción.

Y mucho más lejos, más allá de la ciudad, de los valles, de la alta cordillera, los hombres derrotados en el sitio de Rancagua no habrían de conciliar el sueño, atormentados por la amargura y estremecidos por la esperanza.

El pensar y el sentir de unos u otros podría llegar a ser una realidad o quedar sólo en la quimera.

La ciudad de Santiago, aquel mediodía del 10 de noviembre de 1814, parecía consumirse a los rayos del sol junto a la luz vacilante e incierta de su destino.

VI

BAJO EL SOL

EL TENIENTE Alvarez detuvo su cabalgadura mientras la caravana seguía su lenta marcha.

—Teniente Ruiz —habló a su compañero—, desde hace rato he venido observando aquel coche que nos sigue. Bueno sería que fuéramos a indagar el motivo de su viaje y la ruta que se propone seguir.

Giraron sus cabalgaduras y galoparon hacia el vehículo que se aproximaba. Dos jinetes flanqueaban sus costados.

A la voz de "¡alto!" el auriga detuvo la marcha del coche. Uno de los jinetes desmontó rápidamente y abrió la portezuela. Antes de que el teniente Alvarez alcanzara a formular una pregunta descendió una mujer, vestida de negro. Al levantar el velo que le protegía el rostro, el oficial no pudo disimular la sorpresa que le causaba el encuentro: era una hermosa y distinguida joven. Llevando la mano a la visera de su morrión, saludó casi con embarazo.

—Señora, como existe prohibición de que alguien pueda alejarse más allá de seis leguas de Santiago, debo saber si cuentan con la autorización correspondiente y, en caso afirmativo, conocer el destino de su viaje.

La joven buscó, con serenidad, varios pliegos que guardaba en su bolso de viaje.

—Tome usted, señor teniente; las autorizaciones provienen de Su Excelencia el brigadier Osorio y se refieren a las personas que viajamos en este vehículo y a uno de los mozos que nos acompañan. El destino inmediato de nuestro viaje es el puerto de Valparaíso.

El oficial leyó los pliegos y luego avanzó para revisar el interior del coche.

—¿De manera que usted y la señora acompañarán a los reos al lejano presidio de Juan Fernández? —preguntó con extrañeza y casi con incredulidad.

—Sí, señor teniente, las circunstancias de la vida lo han dispuesto así.

—La admiro, señora —dijo, brevemente, a la vez que devolvía los salvoconductos.

—Señor teniente, quiero solicitar de usted una gracia: que se permita a mi padre y otro de los prisioneros, a quienes los años agobian, viajar en este vehículo. Ningún mal se deducirá de ello y, por el contrario, se podría evitar un inútil padecer.

—Imposible, señora. Las órdenes que he recibido son terminantes. Debo velar por que los prisioneros encargados a mi custodia lleguen todos al lugar de su destino y no puedo distraer mi escasa tropa en vigilar también este vehículo.

En ese momento el teniente que lo acompañaba se le acercó.

—Teniente Alvarez, le ruego concederme unas palabras.

Se alejaron unos pasos y conversaron a media voz.

Cuando regresaron, el oficial a cargo del mando parecía aliviado de no tener que mantener su negativa ante la agraciada joven.

—Sus deseos serán cumplidos, señora. El teniente Gonzalo Ruiz se ha comprometido a responder con su per-

sona de la custodia de los prisioneros que viajarán en este coche. Déme usted los nombres e impartiré las órdenes del caso.

—Gracias, señor teniente —su voz revelaba emoción—. Y a usted, teniente Ruiz, Dios habrá de pagarle su generosidad.

Los ojos de la joven quedaron prendidos unos instantes en la mirada del teniente Ruiz. Sus pensamientos se detuvieron. Fue algo fugaz. Con gesto de cansancio se llevó la mano a la frente, que ardía bajo los rayos del sol.

—El nombre de mi padre es Juan Enrique Rosales, y José Antonio Rojas el del otro anciano caballero.

—Haré que inmediatamente se trasladen a este coche, el cual deberá mantenerse cerca de la caravana.

Los dos oficiales saludaron en despedida y partieron al galope de sus cabalgaduras.

La joven quedó parada junto al coche mirando alejarse a los jinetes.

—Rosario, ¿qué te ocurre?

Sacada de su ensimismamiento, se dio vuelta con lentitud.

—No sé, Fernando. Será la emoción de abrazar otra vez a mi padre.

—Muchas han sido las fatigas de estos días, Rosario. Mejor será que subas pronto al coche y descanses junto a mi madre.

Momentos después el auriga lanzó un sonoro grito para animar a los caballos a emprender un trote veloz.

* * *

Al anochecer otro coche alcanzó a la caravana. Traía mantas, ropas y alimentos para los viajeros. Los familiares

habían obtenido, después de muchos empeños y trajines, la autorización para hacerlos llegar hasta los desterrados.

Antes de que anocheciera, el teniente Alvarez impartió las órdenes para vivaquear y el campamento se instaló en un potrero adyacente al camino. Las ropas y alimentos fueron distribuidos entre los prisioneros, lo que trajo algo de alivio a su penosa situación.

José Ramón Santa María obtuvo autorización para saludar a su esposa, que aguardaba en el coche, próximo al campamento.

Después de los emocionados abrazos los cuatro miembros de la familia Santa María conversaban alrededor de un fuego, mientras se calentaba el agua para un mate.

—Si no conociera a vuestra madre —decía bonachón don José Ramón—, habría intentado disuadirla de que nos siguiera en este triste y esforzado viaje, pero sé que ella tiene mil argumentos para convencernos de la necesidad de acompañarnos. Ahora, si ustedes, hijos míos, son capaces de hacerla regresar, los autorizo para ello.

Agustín se acercó a su madre y la abrazó.

—Solamente podemos pedirle que no nos abandone nunca.

—Y que siempre nos anime con su entereza y nos reconforte con su dulzura —agregó Fernando, mientras le entregaba el mate que había cebado para ella.

Doña Mercedes pareció concentrar toda su atención en sorber el humeante líquido.

—Está riquísimo, hijo —comentó, tal si no hubiese escuchado las anteriores palabras—. Tengo que aprovechar que me sirvan ahora, ya que en la isla volveré a ser la dueña de casa.

La sombría idea del destierro, que los hombres pretendían disimular, apareció de nuevo en sus rostros.

—No quiero que se esfuercen en aparentar despreo-

cupación —continuó, percatada de sus sentimientos—; todos habremos de compartir la nueva existencia con más unión de lo que ha sido nuestra vida hasta ahora.

—En verdad, Mercedes, debo confesarle que mucho nos preocupan algunos amigos. Allí tiene usted al pobre Juan Egaña, que no sé si pueda resistir la dura jornada. Se queja constantemente de su dolencia al estómago y de aquel malestar que padece a la cintura. Mariano no se aparta un momento de su lado. Menos mal que Juan Enrique Rosales y el anciano Rojas viajan junto a ustedes.

—Le rogamos al teniente Alvarez que algunos otros prisioneros compartieran en cortas jornadas nuestro coche, para aliviarlos de su cansancio, mas no accedió a ello, temeroso de provocar indisciplina en la caravana.

—En cierto modo no puede reprochársele tal actitud. La mayoría de los que viajamos hemos perdido la costumbre de cabalgar largas jornadas y cualquier otra gracia sobre la ya concedida provocaría naturales envidias y mayores descontentos.

En aquel instante se escuchó el toque de una corneta, llamando a los que se habían ausentado del campamento.

Contra los resplandores del vivac cercano se recortaban las siluetas de los centinelas.

* * *

Durante tres días la caravana continuó su lento caminar, antes de llegar a su destino. El camino pareció volverse interminable, extendiéndose recto por los llanos o serpenteando por entre los cerros. El sol golpeó, con látigos de fuego, sobre las encorvadas espaldas de los viajeros. El frío del amanecer los hizo encogerse aun más bajo las escasas ropas. La respiración se tornó anhelante al remontar las encumbradas cuestas y la vista se enturbió en vértigos

de suicida descanso al posarse en la profundidad de los barrancos.

El recuerdo de la vida pasada, del mundo que había quedado atrás, se borró entre la espesa niebla del presente inmediato y atormentado.

Y cuando, desde una elevada cumbre, divisaron la inmensidad del mar y su aire liviano y vivificante llenó los cansados pulmones, no experimentaron gozo ni alivio por cuanto aquello no significaba el término de una jornada, sino únicamente el comienzo de una existencia que se les presentaba aterradoramente desconocida.

Sobre la superficie de las aguas divisaron el barco que habría de transportarlos. Sus velas mustias, abandonadas de todo soplo que les diera vida, era como la imagen del futuro que les aguardaba.

Lentamente la caravana comenzó a descender la última cumbre, hacia el puerto de Valparaíso.

* * *

Atraídos por el numeroso grupo de prisioneros, los curiosos fueron aumentando a medida que aquéllos se acercaban a la bahía. Allí aguardaba a los reos un piquete de veinticinco soldados al mando del capitán de Dragones Anselmo Carabantes, el cual iba a hacerse cargo de la gobernación de la isla. Los soldados que lo acompañaban reforzarían la guarnición del presidio.

El teniente Alvarez desmontó de su cabalgadura y se cuadró ante su superior.

—Mi capitán, cumplo con hacer entrega de los individuos encargados a mi custodia desde la ciudad de Santiago.

—Bien, teniente, que se pase lista a sus nombres para

embarcarlos inmediatamente. ¿Tuvo con ellos dificultades en el viaje?

—Ninguna, mi capitán —pero luego agregó, como avergonzado del tono importante que había dado a su respuesta—: También es verdad que no constituyó trabajo mantener la disciplina si se atiende a la condición y estado de los prisioneros.

El capitán Anselmo Carabantes abarcó con la mirada a los reos que ya comenzaban a desmontar de sus escuálidas y cansadas cabalgaduras.

—¡Caramba, teniente, esperaba encontrarme con soldados prisioneros de guerra y usted me trae un grupo de insurgentes civiles entre los que aprecio más ancianos que mozos revoltosos!

—Así es, mi capitán, pero dicen que los que usted ve anidan la revolución en sus cabezas y que a la postre son más peligrosos que aquellos que cargan armas.

El capitán rió con la explicación.

—Debe usted estar en lo cierto. Vamos, ahora, a pasar lista.

Nuevamente se escucharon los nombres, en la voz opaca de un sargento:

—Juan Enrique Rosales... Ignacio de la Carrera... Agustín Eyzaguirre...

Los prisioneros caminaban lentamente formando grupo aparte.

Al terminar la lectura se les ordenó aproximarse a los botes para embarcar.

—Tengo aún que darle cuenta, mi capitán, que dos señoras viajarán en el barco, acompañando a sus familiares.

—¿Dos señoras? Usted me sorprende, teniente.

—Traen pliegos de autorización firmados por Su Excelencia el brigadier Osorio.

—En tal caso nada me corresponde agregar. Sin embargo, al capitán del barco no le va a agradar la noticia, y estará en su derecho a negarles el pasaje si así lo estima conveniente.

—Tal eventualidad corresponderá a su propia responsabilidad.

—Así es, teniente.

En aquel momento se presentó el teniente del Real Cuerpo de Artillería Gonzalo Ruiz.

—Mi capitán, permítame entregarle la orden por la cual paso a servir en la guarnición del presidio de Juan Fernández.

Anselmo Carabantes echó una mirada al pliego.

—Conforme, teniente. Sírvase entonces vigilar el embarco de los prisioneros. Yo debo retirarme para atender otros asuntos, antes de partir.

Cuando el capitán se alejó, el teniente Alvarez dio unas palmadas amistosas en el hombro de su camarada.

—Usted será uno de los pocos, quizás, para quien resulte grata la permanencia en esa maldita isla.

—¿Por qué, teniente?

Su interlocutor lo miró socarrón.

—Por aquella hermosa niña, de cuyo padre usted se constituyó en fiador para que pudiera acompañarla en el trayecto que acabamos de hacer. Su nombre es Rosario...

Gonzalo Ruiz, cogido de sorpresa, enrojeció.

—Veo que yo no estaba equivocado —insistió el teniente Alvarez—. Como usted es un buen camarada, permítame que le dé un consejo.

—Diga, con confianza.

—Olvídela, teniente, bórrela de sus pensamientos. Tenga presente que usted es español y que ella es una insurgente. Aún estamos en guerra en este país.

Gonzalo Ruiz había dejado caer sus hombros. El de-

saliento y la preocupación se le marcaban en el rostro. Luego, como si quisiera no dejar pasar aquel instante de confidencia y desahogo, habló apresuradamente:

—La vi una tarde después de haber llegado a Santiago con mi regimiento. Muchas veces la seguí por las calles, sin que ella se percatara de mi presencia. Cuando supe que también vendría con los desterrados, obtuve del brigadier Osorio mi traslado a esta isla. Mi padre había muerto combatiendo en Rancagua y Su Excelencia le guardaba especial distinción. Estoy solo en este país y el afecto que siento por Rosario, y que ella ignora, es la única razón de mi existencia.

—Amigo, ahora pienso que entre todos los hombres que van a la isla es usted el más prisionero. Créame que, en este duro batallar del amor, le deseo la mayor ventura.

Cuando los dos jóvenes oficiales se despedían con un abrazo, se presentó el sargento:

—Mi teniente Ruiz, acaban de llegar dos nuevos reos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los coroneles insurgentes Pedro José Benavente y Manuel Blanco Encalada.

—Llévelos a los botes.

El teniente Ruiz se dirigió a tomar el mando de las tropas y ordenar el embarco de los prisioneros.

* * *

Por orden del capitán de la nave, los cuarenta y dos prisioneros fueron encerrados en la sentina. Al echar los cerrojos a la puerta el lugar quedó sumido en las sombras.

Mucho más tarde y cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudieron vislumbrar los tenues rayos de luz

que se filtraban a través del maderamen. Los cuerpos de los recluidos se topaban unos contra otros, buscando la manera de acomodarse en el estrecho recinto. Uno de los hombres lanzó una imprecación: dos enormes ratas, tratando de huir, le habían subido por las piernas. Otro golpeaba iracundo con sus pies un cuerpo escurridizo y blando.

El barco se mecía en cadencias de vértigo. Y el vómito saltó de las bocas angustiadas.

Juan Egaña escribió, después, en su cuaderno:

"Sofocados y oprimidos unos contra otros, sin poder acomodar la mayor parte los cuerpos, y menos las camas, prohibidos de movernos aun para las necesidades más urgentes, cubiertos de inmundicias, vómitos y fetidez, y sobre todo impedidos de respiración, que se nos suministraba a ratos artificialmente por medio de una manguera, consumidos de ardiente calor, pasamos así varios días al ancla".

VII

LA PARTIDA

ENTRE TANTO Rosario y la señora Mercedes de Santa María habían tomado un breve hospedaje en una posada del puerto.

Fernando salió en busca del capitán de la nave, para arreglar lo relativo a sus embarcos. En la bahía unos marineros le informaron que el capitán de la corbeta "Sebastiana", adonde habían sido llevados los prisioneros, debía encontrarse en alguna taberna cercana.

Desconocedor de la ciudad, el mozo hubo de volver muchas veces sobre sus pasos antes de encontrar al hombre que buscaba.

—¿El capitán de la "Sebastiana"? —preguntó al mesonero, al entrar a la taberna El Sevillano.

—Pues lo encuentra usted sentado a aquella mesa, jugando a las cartas con los amigos.

El joven avanzó al grupo y volvió a formular la pregunta.

—Sí, soy yo, ¿qué desea usted?

—Conversar acerca de su próxima partida al presidio de Juan Fernández.

El hombre lo observó con mirada recelosa.

—Aguarde un momento.

Al rato se encontraban conversando en otra mesa distante.

Fernando le expuso el motivo del viaje y la necesidad de ser recibidos en el barco.

—Señor, no puedo acceder a lo que me propone, a pesar de los pliegos firmados por Su Excelencia Osorio. Dos poderosas razones me asisten para ello: una, que para permitir el viaje necesitaría, además, la autorización del gobernador del puerto; y otra, que llevando el barco cargado de soldados y prisioneros, la presencia de dos mujeres constituiría un grave y constante peligro.

—El permiso del gobernador podrá obtenerse. Lo segundo, capitán, está en sus manos conjurarlo, desde este mismo momento.

—¿De qué manera imagina usted?

—De esta manera.

Depositó con cautela sobre la mesa una pequeña bolsa de cuero en cuyo interior se adivinaban las monedas.

—Es oro, capitán.

El hombre miró a su rededor. Nadie los observaba. Con fingida despreocupación sopesó la tentadora bolsa y la guardó en su bolsillo.

—Partiremos en cuanto el viento sea propicio.

—¿Y si para entonces no he obtenido la autorización del gobernador?

El capitán sonrió bajo la espesura de sus bigotes.

—No podré postergar la partida y cada cual perderá lo suyo: yo el gusto de atenderlos en mi barco, y usted el generoso obsequio que me ha hecho.

—Está bien, capitán; procuraré que todos resultemos favorecidos en este asunto.

—Son mis mayores deseos, señor.

Fernando se despidió y corrió a la posada, en donde se le aguardaba con impaciencia.

—Madre, todo se encuentra arreglado con el capi-

tán de la nave. Sin embargo, es indispensable que el gobernador del puerto autorice nuestra partida.

—¿Y los salvoconductos firmados por Osorio?

—No bastan.

—Iremos nosotras, entonces, a rogar al gobernador.

—Deberá ser pronto, ya que el barco no nos esperará. Yo iré a adquirir algo de ropas y alimentos con los escasos dineros que algunos prisioneros le entregaron a mi padre.

* * *

Cuando Fernando salió de la posada notó, a pesar de las precauciones que lo embargaban, que un mulato seguía sus pasos. Apresuró su andar deseoso de evitar cualquier incidente que pudiera demorarlo en sus quehaceres. Escurriéndose entre los transeúntes creyó haberlo conseguido y, tranquilizado ya, entró a una de las tiendas frente a la plaza.

No se dio cuenta del momento en que, mientras elegía unas mantas, apareció a su lado su perseguidor.

—Su merced no se inquiete —habló, apresuradamente, el hombre—. Mi señor me ha encargado entregarle este billete.

Y, poniéndole un papel en su diestra, desapareció.

Fernando salió de la tienda y desdoblando el papel leyó:

"Diríjase Ud. al Almendral y caminando por su calle recta encontrará la tienda Galicia. Pregunte allí por don Diego. Es un amigo dispuesto a servirlo. Destruya este billete luego de leerlo".

Perplejo e inquieto, fue despedazando el papel, a medida que caminaba pensativo. ¿Quién podría cono-

cerlo en la ciudad?, y, sobre todo, ¿quién habría de interesarse por ayudarlo precisamente en aquellos tiempos de desgracia y de peligro para todo cuanto dijera relación con los llamados insurgentes? Con seguridad aquélla era una celada tendida por jóvenes realistas que, informados en la posada de su arribo con los prisioneros, querían escarmentar en él los entusiasmos patriotas de otros mozos de la ciudad. En tal caso aquella cita podía ocasionar graves complicaciones a su madre y a Rosario, y a él quizás costarle la vida. Pero ¿y si era verdad que alguien quería brindar ayuda no sólo a él, sino a muchos de los prisioneros del barco?

No pensó más y, resueltamente, se encaminó hacia El Almendral.

No le fue difícil encontrar la tienda Galicia. Desde la calle aguardó a que salieran dos hombres que hacían compras y entró. Sólo un dependiente se encontraba detrás del mesón.

—Necesito hablar con don Diego.

—Dispense su merced, ¿con quién dijo usted?

—Con don Diego.

—Tenga la bondad, sígame.

El dependiente, seguro ya de que aquélla era la visita esperada, lo hizo pasar a la trastienda y luego a una de las habitaciones de la casa.

—Aguarde un instante.

Fernando esperaba tenso. Pero antes de que su inquietud se transformara en miedo, un hombre abrió la puerta de la sala. Cabellos blancos enmarcaban su rostro tranquilo.

—Soy don Diego —se apresuró a aclarar, mientras se aproximaba—. Confiaba en que usted vendría, a pesar de las naturales suspicacias que habría de provocarle mi mensaje. Pero las circunstancias, como luego apre-

ciará, me han obligado a ello. Por favor, sentémonos para conversar un momento.

El mozo accedió, tranquilizado en sus temores.

—Seré muy breve, ya que sé que su tiempo es escaso. Me llamo Pablo Casanova. Diego sólo ha sido un nombre de precaución por los tiempos que corren. Soy natural de la Península y noticiado de la llegada de los prisioneros quiero que usted me brinde la oportunidad de ayudarlos.

—Pero, señor —le interrumpió sorprendido Fernando—, usted es español y nosotros rebeldes...

—Nada tiene que ver, hijo, el origen de las pasiones del hombre cuando intervienen los sentimientos. Verá usted: hace diez años llegué a este país y sus paisajes me recuerdan a cada instante la región de Galicia, en donde nací. Formé aquí mi hogar y mi fortuna. Los azares de la guerra no pueden volverme ingrato. Conozco el estado de miseria en que han llegado los prisioneros desde Santiago. Quiero que usted me acepte el dinero necesario para que pueda adquirir alimentos y ropas, que habrán de aliviar sus padeceres.

El joven se puso impulsivamente de pie.

—Señor, agradezco sus generosas intenciones, pero no puedo aceptar dinero de los que son nuestros enemigos.

—¿Enemigos?... —El caballero sonrió con tristeza y benignidad—. No podemos ser enemigos quienes hablamos el mismo idioma y hemos mezclado nuestras sangres, formando hogares en este país. Ya pasarán los años y el destino se encargará de que todos vivamos en fraternal armonía.

Hizo una pausa y, poniéndose de pie, descansó una mano sobre el hombro del mozo.

—Créame, hijo mío —le habló mirándolo a los ojos—, que usted es la única persona que puede hacer-

me este servicio. Yo me encuentro impedido de realizar mis deseos, porque seguramente sería tildado de traidor. No puedo pedirles a los demás que comprendan mis sentimientos.

Había tal sencillez y bondad en sus palabras, que Fernando no pudo continuar negándose.

—Sea, señor, como usted quiera.

El caballero se dirigió a otra habitación y regresó con una pequeña caja.

—Aquí hay dinero suficiente, pero si no bastara vuelva usted. El dependiente es hombre de confianza y me avisará en el acto.

—Gracias, señor, y que Dios lo bendiga.

—Gracias a usted, hijo mío, que ha hecho posible la realización de mi deseo.

Cuando el mozo salió de la casa se sintió invadido de alegría, no propiamente por los caudales que llevaba entre sus manos, sino por haber conocido la bondad de un corazón.

* * *

Años más tarde y luego de haber ocurrido en el país importantes acontecimientos, Pablo Casanova fue llamado por el gobernador de Valparaíso, el cual le leyó, en su despacho, el siguiente decreto recientemente dictado por el Director Supremo don Bernardo O'Higgins:

"Santiago, mayo 4 de 1818.

"Cerciorado de que cuando el Presidente Osorio expatrió por primera vez cuarenta y dos vecinos de los principales de esta capital a la isla de Juan Fernández, en los tres días que permanecieron en Valparaíso a bordo de la corbeta "Sebastiana", los auxilió don Pablo Casanova con sumo interés y empeño de cuanto pudo proporcionarles, en circunstancias que carecían aun de

camas, costeando de su dinero parte de estos socorros; he tenido a bien mandar que venga libre a esta capital, donde permanecerá bajo la protección del Gobierno, que se la franqueará en mérito de su comportación. Transcríbase este decreto al Gobernador de Valparaíso para su puntual cumplimiento, quien dispondrá se entregue a Casanova todo su equipaje".

* * *

Muy de mañana, Fernando se encaminó a las tiendas de la plaza para hacer las compras con el dinero donado por Casanova, en tanto que su madre y Rosario se dirigían a la gobernación, en un nuevo intento por obtener audiencia con la autoridad.

El gobernador Ballesteros llegó cercano al mediodía y luego de hacerse esperar largamente hizo pasar a las damas a su despacho. Sentado a su escritorio conversaba con cuatro oficiales del ejército. Su voz, de tono petulante, llenaba la sala. Durante mucho rato ignoró a las recién llegadas. Al fin pareció darse cuenta de su presencia y preguntó con molestia:

—¿Qué se les ofrece a las señoras?

Rosario se sintió a tal punto cohibida con la fría mirada del gobernador y de los oficiales presentes, que no atinó a responder. Fue doña Mercedes quien, entonces, se adelantó portando los salvoconductos.

—Hemos venido a solicitar del señor gobernador tenga a bien autorizar estos documentos para podernos embarcar en la corbeta "Sebastiana".

Ballesteros cogió displicentemente los pliegos y les echó una mirada. De inmediato comprendió que no podía negarse a una orden del brigadier Osorio, pero tampoco quería firmar ante los oficiales con tanta sumisión. Encendió un cigarro.

—Las señoras no podrán embarcar, por cuanto sólo viajarán hombres en la corbeta.

Rosario levantó el rostro demudado.

—Pero, señor gobernador, en el barco se encuentran seres que nos son queridos y están enfermos. Ellos requieren nuestra ayuda.

—Peor que peor, señora.

Había crueldad en su voz. Rosario, sin poder contenerse, comenzó a sollozar quedamente.

—Se lo ruego, señor gobernador..., se lo ruego...

Los oficiales se miraron incómodos.

—Basta de lágrimas, señora; lo que no se puede, no se puede.

Y giró su sillón, en apariencia de continuar conversando con los militares. Entonces, con satisfacción, se encontró con las miradas de éstos, que lo instaban a acceder.

Permaneció, aun, terco y sombrío. Los momentos que transcurrieron fueron de muerte para las dos mujeres.

—¿Y qué harían las señoras si no firmara la autorización —preguntó, seguro de demostrar lo omnímodo de su poder.

Por sobre el suave llorar de Rosario se escuchó la voz de doña Mercedes, que respondía con resignación:

—Esperar que Dios se apiade de nosotras.

El gobernador ya podía darse por satisfecho. Con gesto brusco cogió los pliegos y, con la larga pluma que estaba sobre el escritorio, estampó su firma en los salvoconductos.

—Gracias... —musitó Rosario, al mismo tiempo que cogía los documentos.

Pero Ballesteros había reanudado su conversación con los oficiales y su voz resonaba, otra vez, en la sala.

* * *

Al día siguiente una suave brisa comenzó a correr sobre el puente. A la media mañana ya podía asegurarse que las velas del barco serían henchidas por el viento.

Doña Mercedes, Rosario y Fernando se apresuraron a subir a bordo.

A las cuatro y media de la tarde de aquel domingo 14 de noviembre la corbeta "Sebastiana" enfilaba rumbo hacia el presidio de la isla de Juan Fernández.

* * *

Los prisioneros encerrados en la sentina supieron de la partida por las voces de mando de los oficiales. Luego el movimiento encrespado de las olas les hizo conocer que navegaban en alta mar.

En la penumbra del recinto José Ramón Santa María observaba, junto a su hijo Agustín, a sus desgraciados compañeros de viaje. Habían experimentado una pequeña alegría cuando llegaron los bultos enviados por Fernando y que contenían ropas y alimentos. Pero ahora yacían nuevamente embotados por la tristeza y el aire enrarecido del ambiente. Allí, de pie, afirmado a un poste, solitario en su altivez, se veía a Ignacio de la Carrera. Más allá, derrotado y enfermo, a Juan Egaña, consolado por su hijo Mariano. Tendido en el suelo y estremecido por calenturas, permanecía el anciano José Antonio Rojas. Conversando, en un extremo del recinto, se divisaba, adustos e impenetrables en sus hábitos, a los presbíteros José Ignacio Cienfuegos y Joaquín Larraín. Mateo Arnaldo Hoevel, cónsul en Chile de los Estados Unidos de Norteamérica, fumaba hosco su cigarro. En un grupo, cercano a la cerrada puerta, y cual si estuvieran tramando planes de liberación, gesticulaban el coronel del Regimiento del Príncipe, Pedro Prado, y el teniente coronel Manuel Blanco Encalada. Sentado en un rollo de sucios

cables marineros, apoyando en las manos la cansada frente, meditaba el que fuera Director Supremo de Chile, Francisco de la Lastra. Manuel de Salas y su hijo Santiago conversaban, serenamente, en un oscuro rincón.

Los cuarenta y dos prisioneros se amontonaban en el estrecho lugar. Nunca como en este momento estarían tan juntos físicamente y, a la vez, tan inmensamente alejados en lo espiritual. Los ideales comunes parecían haber desaparecido para dejar lugar sólo a la íntima amargura.

Don José Ramón había hecho amistad con casi todos ellos, durante los agitados días de la emancipación o en aquellos más lejanos de los alegres y aristocráticos saraos santiaguinos. Verlos aquí, ahora, en tan tremenda laxitud, agobiados por tormentos del espíritu y del cuerpo, le causaba honda tristeza. Sobre todo al compararlos con su propia fortuna. El iba al destierro, pero acompañado de su familia. Nada, entonces, de lo que ocurriera podría ser demasiado malo.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por un acontecimiento sorpresivo: un enceguecedor rayo de luz y un golpe de aire puro penetraron afilados, cortando la densa atmósfera.

—¡Eh, los prisioneros pueden subir a cubierta!...

El grito, emergiendo desde la puerta abierta, sonó como una clarinada.

José Ramón Santa María juntó las manos y dio gracias a Dios.

Desde aquel momento la puerta no volvió a cerrarse. La inmensidad del mar era la mejor reja para cuidar los peligros de una fuga. Los prisioneros pudieron llenar sus pulmones con el aire vivificante y descansar la vista en el azul que los envolvía.

El capitán Anselmo Carabantes, que iba a hacerse cargo de la gobernación de la isla, había acogido con

benevolencia la presencia de las dos únicas mujeres en el barco.

—Agradeceré a usted —había dicho, al partir, al capitán de la nave— que las señoras puedan disfrutar de un alojamiento aceptable, dentro de la escasez de espacio en que viajamos. Si bien son insurgentes, no debemos olvidar su calidad de mujeres y la valentía de su acción al acompañar a sus familiares al destierro.

El viaje continuó apacible y sin alternativas durante cinco días, hasta que las olas comenzaron a encresparse. Un fuerte viento obligó a arriar algunas velas. El barco quedó casi entregado a la fuerza incontrolable del mar.

El mareo atormentador hizo presa de viajeros y tripulantes.

Próximas estaban, ya, las islas de Juan Fernández.

Segunda Parte

VIII

HISTORIA DE UNA ISLA

NINGUNO DE LOS que ahora allí se dirigían tenía conocimiento de la historia de esas islas.

Antiguamente, los barcos que hacían el viaje desde el Callao a Valparaíso navegaban atracados a la costa, siguiendo la quebrada línea de las innumerables bahías que la forman. Temerosos los capitanes de estrellar sus bajeles contra los roqueríos o quedar encallados en los profundos arenales, solamente navegaban a la orientadora luz del día. Llegada la noche, amarraban sus barcos a los peñascos o los afianzaban a los resistentes y cercanos troncos de la costa.

Sin embargo, hacia 1574, un hábil y experimentado capitán sevillano, de nombre Juan Fernández, concibió el proyecto de alejarse de las seguras y protectoras costas a fin de coger mejores vientos que abreviaran su viaje. Puesto en ejecución el temerario plan, enfiló su barco hacia el sur, pero ahora alejándose cuatrocientas leguas de la costa. El resultado de la empresa fue extraordinario, ya que el viaje entre el Callao y Valparaíso, que hasta entonces demoraba seis meses, el audaz capitán lo había realizado en un solo mes. Como si el resultado feliz de la aventura no fuera suficiente para dar gloria al osado capitán, el destino quiso premiarlo aún más. Du-

rante el viaje puso en su ruta tres islas desconocidas, de las que pasó a ser dueño y señor.

Pero si el destino se había mostrado asequible y comprensivo, no lo fue igual la Santa Inquisición de Lima, que, al conocer la rápida navegación del capitán, lo acusó de brujería. Trabajos y sinsabores le costó al marino demostrar la simple realidad de su aventura.

En el viaje de su descubrimiento, el capitán Juan Fernández echó a pastar algunas cabras que llevaba en su barco, en la isla que le pareció más propicia. Los animales comenzaron pronto a multiplicarse de manera prodigiosa.

A su muerte donó las islas a un pariente, el cual, a su vez, las regaló a los jesuitas. Más tarde, y sin tomar en cuenta a sus propietarios, los piratas las convirtieron en su refugio favorito. Allí se aprovisionaban de focas, langostas y cabras, al mismo tiempo que reparaban sus barcos con las duras y resistentes maderas que sacaban de los tupidos bosques.

En 1664, el superior de la orden jesuita, fray Diego de Rosales, visitó sus lejanas posesiones y tuvo el buen criterio de dejar caer, sobre algunos terrenos planos y generosos, diversas semillas que, con el transcurrir del tiempo, habrían de convertirse en nuevos y productivos bosques y plantaciones.

Un día del año 1704 un barco recaló en la inhabitada isla. A ejemplo de otros, se aprovisionó del agua fresca que caía desde sus altas vertientes y llenó sus bodegas con decenas de cabras. Después el barco partió. Mas un marinero había quedado en la playa solitaria, por propia o ajena voluntad. A su lado se encontraban sus escasas pertenencias: un fusil, una Biblia, tabaco, algo de pólvora, un pequeño baúl con ropas. El hombre se llamaba Alejandro Selkirk y habrían de transcurrir más de cuatro años antes que volviera a hablar con un ser

humano. Las extraordinarias aventuras de su soledad fueron relatadas más tarde por Daniel Defoe, el cual trocó el nombre de Alejandro Selkirk por el de Robinson Crusoe.

Treinta años después la guerra estalló entre España e Inglaterra. El almirante inglés Lord Anson, al cabo de una azarosa navegación, fue a refugiar sus barcos en las islas de Juan Fernández. Al echar anclas en su bahía principal la denominó Cumberland, desentendiéndose del nombre de San Juan Bautista, con que la habían bautizado los españoles.

En 1750, el virrey del Perú envió un barco con colonos y veintidós prisioneros, para que estos últimos ejecutaran los trabajos más duros en la fortificación de la isla principal. Desde entonces el lugar se convirtió en un temido presidio, al cual eran conducidos ladrones y asesinos desde los puertos del Callao y Valparaíso.

Con el transcurrir del tiempo algunos soldados de la guarnición llevaron allí a sus esposas, pero se suscitaron rencillas y problemas de diversa índole que obligaron al gobernador de la isla a solicitar de la Real Audiencia de Santiago el envío de otras mujeres "que en esa capital se hayan sujetas al tropiezo de las fragilidades a que las constituye la pobreza y la vida miserable en que pecaminosa e indecorosamente están sometidas; y cuando no, de las que se encuentren en las Recogidas, puestas de clausura, o de las que hubiesen del mismo arte en Valparaíso".

Posteriormente, acaecidos los hechos de la Independencia, el Director Supremo Francisco de la Lastra ordenó, a mediados de 1814, desamparar la isla y en su cumplimiento fueron traídos al continente la guarnición y la mayoría de los pobladores.

Pero el destino en cruel ironía había dispuesto que, a los pocos meses, fueran los mismos patriotas las vícti-

mas señaladas para volver a ocupar el casi desierto presidio.

* * *

Y allí estaban, afirmados a las barandas de la corbeta, escudriñando con miradas ansiosas la aparición de la isla en medio de las brumas del mar.

—¿Cree usted, señor, que llegaremos esta tarde? —preguntaba Juan Enrique Rosales al capitán Anselmo Carabantes.

—De acuerdo a lo que me ha explicado el capitán de la corbeta, al atardecer estaremos a la vista de la isla. La navegación de ocho días que hemos realizado se encuentra dentro del plazo acostumbrado para esta especie de viaje.

—Quizá la bruma que nos ha perseguido estos dos últimos días pueda demorar nuestro arribo —comentó Manuel de Salas, mientras calentaba sus manos debajo de la manta.

—Sin embargo, repare usted hacia el poniente: el cielo tiende a despejarse. En pocos momentos más tendremos alumbrándonos el sol.

En aquel momento Rosario lanzó una exclamación:

—¡Miren esas gaviotas!...

Un grupo de esas aves apareció volando sobre el barco.

Todos los que estaban en cubierta prendieron las miradas a sus alas, en un instintivo y envidioso anhelo de liberación.

El viento sopló más fuerte y la bruma fue despejándose, en suaves gasas, hasta dejar descubierto el azul intenso del cielo. El sol encendió la tarde.

Tres horas después el vigía, desde lo alto del palo mayor, lanzó el esperado grito:

—¡Tierraaa!...

Los navegantes se apretujaron en los lugares cercanos a la proa, mientras la marinería se aprontaba para las maniobras de arriar las velas y echar el ancla en el momento oportuno.

Ante las miradas anhelantes de los desterrados, y a medida que el barco se aproximaba, pareció ir emergiendo del mar una masa oscura y compacta.

La corbeta enfiló directamente hacia ella.

A cinco leguas de distancia pudieron observar, con asombro y temor, que la inmensa mole se encontraba erizada de elevados y agudos picos montañosos. Enormes y profundas quebradas se hundían entre ellos. Contra los acantilados se estrellaban, furiosas, las olas.

La corbeta, recogiendo algunas velas, había disminuido su andar y penetraba en la bahía.

Los sobrecogidos viajeros tenían, ahora, que alzar la mirada para poder abarcar las altísimas y escarpadas pendientes o las ensombrecidas quebradas que se precipitaban al mar. Más allá se divisaban tupidos bosques y yermas explanadas.

Los desterrados sintieron que el paisaje inhóspito y tenebroso les penetraba con frío de muerte en el corazón.

El capitán de la nave ordenó que se iniciara el desembarco.

IX

NUEVO DIA

A LA PRIMERA claridad del alba Agustín despertó y llamó quedamente:

—Fernando... Fernando...

El mozo se irguió sobresaltado.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo, hermano; al contrario: ¡mira qué gloria de amanecer!...

Los jóvenes no podían convencerse de que aquel lugar fuera el mismo que el de la noche anterior y que les causara tan agobiadora impresión. Los tétricos bosques veíanse, ahora, maravillosamente plateados por la naciente luz. Las oscuras quebradas lucían tonalidades rojas, azules y pardas, en los costados de sus barrancos. Las desiertas planicies mostraban el verde de sus prados o el amarillo de sus pastizales.

Desde la distancia se escuchaba el cantar alborozado de los zorzales.

—Vamos a conocer la isla —propuso, con nervioso entusiasmo, Agustín.

—Calma tus impulsos, hombre, que tiempo habrá de sobrarnos para ello. Sin embargo, creo que alcanzaremos a caminar un rato, antes de que despierten nuestros padres.

Los quedaron mirando antes de partir. Habían pa-

sado la noche al aire libre, abrigados con las mantas y tendidos en los colchones que el generoso español Pablo Casanova les regalara en Valparaíso. En igual forma dormía la mayoría de los viajeros, agotados por la larga jornada de la travesía. En encumbrado toldo se juntaban sobre ellos las frondosas copas de la chonta, protegiéndolos del rocío de la noche.

Echaron a caminar y, atravesando por las informes calles de un poblado cercano, comenzaron a ascender una meseta. A su paso aparecían numerosas cabras que, dando ágiles saltos, se alejaban espantadas por entre los peñascos. En las quebradas y en las faldas de los cerros se divisaban grandes y maravillosos helechos.

Pronto el sendero que habían escogido los excursionistas fue estrechándose abrazado por los arbustos.

De improviso vieron la figura de un muchacho que, receloso, los observaba a prudente distancia.

—¡Eh, tú!... —lo llamó Fernando, mientras se le aproximaban.

El muchacho retrocedió unos pasos.

—Aguarda, que queremos hablarte.

Era un mozo de diecisiete años de edad, aproximadamente. Alto, delgado y musculoso. En su rostro, casi ennegrecido por los rayos del sol, brillaban los ojos vivaces y la blancura de sus dientes.

—Buenos días.

—Buenos los tengan sus mercedes.

—¿Sabes quiénes somos?

—Llegaron ayer al atardecer, con los otros presos. Yo estaba en la playa junto con los demás de aquí.

—¿De manera que hay gente en la isla?

—Sí, no todos se fueron cuando el gobierno mandó deshabitarla. Quedaron algunos soldados, unos cuantos presidiarios y...

El muchacho guardó silencio.

—¿Y quiénes más?

—Bueno; mujeres..., de esas a las que hay que pagar...

Los dos jóvenes se miraron con ingenua picardía y disimulada inquietud.

—Algún día nos llevarás, ¿verdad?

—Cuando sea el gusto de sus mercedes.

—Y tú, ¿por qué estás aquí?

—No hace falta contarlo, aunque nada grave hice. Pero resulta que cierta vez, entre verdades y mentiras, dije más de las segundas que de las primeras y mientras trataba de ordenar mis ideas me vi trasladado a este lugar. Aunque ya se ha cumplido más de un año desde que me encuentro aquí, no siento deseos de volver a la ciudad. Así ocurrió que cuando el barco de los patriotas vino a buscarnos, yo me escondí. Esto me gusta.

El muchacho bien podía ser un pillo, pero conquistaba con su simpatía.

—¿Quieres venirte con nosotros? Necesitamos alguien que nos ayude a construir una vivienda para cobijarnos y también para enseñarnos la isla. Serás nuestro sirviente y te pagaremos bien.

El muchacho pensó unos instantes y luego se resolvió:

—Gracias, sus mercedes; los ayudaré en lo que quieran, pero prefiero continuar como estoy: libre, como esas cabras que saltan por los peñascos.

—Como tú quieras, ¿pero podrías ayudarnos ahora?

—Claro, sus mercedes.

—Entonces, vamos andando. ¿Cómo te llamas?

—Antonio.

Guiados ahora por el muchacho comenzaron a descender por un sendero fácil y seguro. Agustín giraba a cada instante su cabeza para mirar un altísimo monte que quedaba a sus espaldas. Como fascinado contempla-

ba la cumbre que parecía perderse en el azul intenso del cielo.

—Ese es el Yunque —les explicó Antonio—. Muy pocas personas han podido llegar hasta arriba, porque además de lo difícil que es subirlo —y aquí habló casi en un susurro—, en la cumbre viven gentes que no son de este mundo... En las noches de tempestad bajan a bañarse en las quebradas o a pasearse por las calles del poblado. Dicen que allí hay oro y mujeres. Los que han subido no han vuelto.

El rostro de Antonio había perdido su sencilla alegría y el temor y la tentación asomaban por cada uno de sus ojos.

—Vamos andando —exclamó bruscamente Agustín, apartando la vista del monte.

* * *

Cuando llegaron al lugar en donde acampaban los prisioneros, encontraron que todo el mundo ya se había levantado. En fogatas calentaban agua para sus mates.

En muchos rostros podía apreciarse que la hermosa y clara mañana había influido para levantar los abatidos ánimos. Desde algunos grupos podían escucharse hasta risas y voces alegres.

—Nos han avisado —comunicó a sus hijos José Ramón Santa María— que aguardemos al gobernador Anselmo Carabantes, porque desea hablarnos. Quiera Dios que no me equivoque en mis presunciones, ya que pienso que es un hombre cabal y comprensivo.

—Sin embargo, es un chileno desnaturalizado que ha abrazado la causa del rey —exclamó impulsivamente Agustín.

—No es el primero ni el único que ha escogido tal camino, hijo mío. Las ideas aún no están claras en las

mentes y muchos son los que yerran creyendo estar defendiendo la verdad. Por ello, no deben ser juzgados con demasiada severidad.

—Allí viene el gobernador.

El capitán Anselmo Carabantes vestía su más sencillo uniforme y había dejado su espada en la habitación del cuartel. Se traslucía su intención de quitar toda arrogancia a su figura.

Saludando con una inclinación de cabeza a quienes había conocido en el barco, llegó hasta el centro de los grupos. Allí lo rodearon.

—Señores, como gobernador de esta isla debo informarles de la situación en que nos encontramos. Los acontecimientos que han venido desarrollándose en el continente, y que no me corresponde a mí comentar ni juzgar, nos han traído a este lugar. Nuestra permanencia puede ser breve o dilatada, pero en todo caso debemos hacerla lo más llevadera posible. Cuanto intentemos por ayudarnos mutuamente irá en beneficio de todos.

El tono de voz del gobernador no era el de un militar acostumbrado al mando. Por el contrario, parecía estar conversando entre un grupo de amigos, para tratar de encontrar la solución a un difícil problema.

—Ante la eventualidad —continuó— de no ser abastecidos oportunamente por el barco que ha de venir del continente, los alimentos serán racionados para evitar vernos abocados a una situación crítica. Durante estos primeros días la comida se servirá en el cuartel. Más tarde, todo el alimento se repartirá una vez a la semana para que cada cual pueda prepararlo a su mejor gusto y manera.

—Señor gobernador —se escuchó a uno de los presentes—, hemos padecido ya una noche a la intemperie y tenemos necesidad de un lugar en donde cobijarnos. Queremos saber cuál será nuestra suerte en el futuro.

—Desde hoy la tropa bajo mi mando les ayudará a construir los refugios necesarios. Para ello podrán dirigirse al teniente Gonzalo Ruiz, que estará a cargo de los trabajos. Por último, señores, estimo conveniente y necesario que designen a una persona para que represente, ante el que les habla, sus apremios y las posibles soluciones que puedan adoptarse.

Las palabras del gobernador, sencillas y humanas, fueron bien recibidas por los prisioneros. Sin dilaciones se señaló el nombre de Manuel de Salas para el cargo propuesto.

Anselmo Carabantes dio por terminada la reunión y se dirigió a atender sus múltiples quehaceres. Luego de ordenar el desembarque de víveres, armas y cuanto traía la corbeta para el presidio, se encerró en su habitación del cuartel a redactar el informe a las autoridades de Santiago.

* * *

El teniente Gonzalo Ruiz se encontraba muy satisfecho de la labor que se le encomendara. Los hombres de su tropa ya habían levantado la mayoría de las chozas. Los techos de paja y los tabiques, mezcla de barro y cañas, ofrecían amparo a sus moradores.

Los prisioneros trabajaban también a la medida de sus fuerzas, pero poniendo un tesón exagerado, como queriendo estrangular sus pensamientos en cada nudo con que sujetaban las cañas. Las manos delicadas, acostumbradas sólo a sostener la liviana pluma para escribir, ahora se herían con las astillas y la piel se resecaba con el barro y el sol. Las espaldas, que únicamente sabían del cansancio de curvarse ante un escritorio, se martirizaban con el esfuerzo del rudo trabajo físico.

El teniente Ruiz los compadecía y hubiera preferido desempeñar el trabajo sólo con sus soldados.

El conjunto de ranchos alcanzaban a constituir un caserío que se había emplazado en una extensión plana de terreno, adyacente a la costa. Entre cada refugio se dejó una superficie de tierra con el fin de que los moradores pudieran realizar cultivos. El caserío miraba hacia la bahía de San Juan Bautista, llamada Cumberland por los ingleses.

A distancia de una cuadra del lugar se encontraba el poblado. Se componía éste de doce a quince construcciones de planta rectangular y dispuestas desordenadamente. Los muros de la mayoría eran de adobes y algunos de piedras unidas con barro. Las vigas sostenían un entablado de alerce y techo de paja, todo lo cual ofrecía un constante peligro de incendio.

Formando una plaza se encontraban la iglesia, la casa del gobernador, la del capellán y un edificio destinado a hospital. Completaban el conjunto un pabellón para oficiales, cuerpo de guardia y el arsenal. Más allá se extendían otros pabellones para la tropa. Algo distantes se ubicaban las miserables viviendas de los presidiarios comunes, traídos desde Valparaíso y el Callao.

Mirados desde la distancia, el caserío y el poblado semejaban un conjunto de casas de juguete, que tenían como telón de fondo los inmensos y escarpados cerros.

X

LAS NUBES SOBRE EL YUNQUE

AQUELLA TARDE el teniente Gonzalo Ruiz, al terminar su trabajo, no pudo contener los impulsos que, desde días atrás, lo dominaban, de pasar por el rancho de Rosario y conversar a solas con ella unos instantes.

Al llegar se encontró con Juan Enrique Rosales, que absorto leía un libro. Sentado en una rústica banqueta, apoyaba su espalda en uno de los tabiques de la vivienda.

El mozo permaneció inmóvil, sin permitirse hablar, hasta que su silenciosa presencia obligó a levantar la vista al caballero.

—¡Ah!, es usted, teniente —y sus ojos buscaron a su rededor—; perdone que no tenga qué ofrecerle para sentarse.

—Señor, le ruego no preocuparse. Solamente pasé por ver si en algo podía servirles.

—Gracias, teniente, estamos bien. Muchas han sido sus bondades y aprovecho esta oportunidad para expresarle mis reconocimientos. En medio de las amarguras que a veces nos depara la existencia, es reconfortante el encuentro con almas nobles.

—Señor, yo no... —el mozo no atinaba qué responder a aquellas palabras.

La voz alegre de Rosario, que llegaba, vino a sacarlo de la situación embarazosa.

—Padre, don Ignacio de la Carrera acaba de decirme... —y su frase quedó en suspenso al encontrarse sorpresivamente con el oficial.

—¡Oh!, ignoraba que usted se hallaba aquí...

—Perdone, señorita, mi intromisión.

—Ofrece un mate al teniente, hijita, que muy cansado estará con las labores del día.

—Gracias, señor, pero aún debo cumplir una diligencia en la bahía —y luego, sin meditarlo mayormente, llevado por una repentina idea, agregó—: Con la venia del señor y si la señorita me lo permite..., la tarde está muy hermosa, y tal vez accedería a acompañarme... Le servirá como una pequeña distracción.

Rosario miró a su padre, consultándolo. El caballero cerró pausadamente el libro. Pensaba que nunca en Santiago un mozo se hubiese permitido insinuar siquiera la posibilidad de salir con una niña que no fuera acompañada por alguien de la familia o por alguna sirvienta de edad y de confianza. Pero en este lugar todo se veía trastrocado.

—Anda, hija, aún es temprano y, como dice el teniente, te servirá de distracción. Yo continuaré leyendo un momento más.

Cuando los jóvenes se alejaban, Juan Enrique Rosales los siguió con la mirada. El libro permaneció cerrado sobre sus rodillas.

* * *

Descendieron por uno de los senderos que llevaban hacia la bahía y llegaron a la playa blanda y húmeda. Las olas se estrellaban contra los roqueríos y se disolvían en grandes abanicos de espuma. Más lejos de los

rompientes, el mar en aparente calma dejaba apreciar la claridad de su azul, de extraordinaria transparencia.

—Cuando llegamos a esta isla —decía Rosario, contemplando el paisaje— pensé que sólo era un inmenso peñasco, árido y temible. Con el transcurrir de los días mis aprensiones se han ido, poco a poco, disipando. Mas no sé, en verdad, si lograré acostumbrarme a estas inmensas montañas. Sobre todo me sobrecoge aquel monte altísimo, que llaman el Yunque.

—La isla, señorita, no solamente a usted le provoca tales temores; sin embargo, junto a esos paisajes existen otros de una belleza incomparable. Yo he ido de madrugada a conocerlos y hasta he traído frutas de sabor muy agradable. Viera usted cómo crecen los duraznos, las ciruelas, los damascos.

Al escuchar sus últimas palabras, Rosario se detuvo en su lento caminar por la playa. Una sonrisa asomaba a sus labios.

—¡Así es que era usted, teniente!... Créame que ya había desistido de saber quién sería el amable desconocido que tan de mañana dejaba esos apreciados obsequios a la puerta de nuestra choza.

El teniente mostraba sus mejillas encendidas, como un adolescente cogido en falta.

—Torpe he sido, señorita, en no cuidar mis palabras.

—Gracias, teniente, por las maravillosas frutas y por la personal ayuda que nos ha brindado para acomodar nuestra morada.

Considerando propicio el momento, el mozo se atrevió a formular su petición:

—Señorita, quiero solicitarle que no me denomine teniente, sino por mi nombre de pila... Así olvidaré por unos instantes la ruda vida del cuartel y me haré la ilusión de haber encontrado el calor de una amistad.

Rosario miró el rostro del joven y le pareció el de un niño. Lentamente reanudó su paseo.

—Gonzalo..., su familia ¿quedó en Santiago?

—No tengo familia aquí, señorita.

—Rosario, por favor.

—Rosario, nada ni a nadie tengo en este país. Mi madre murió en Madrid cuando yo era niño y mi padre pereció, hace dos meses, en el sitio de Rancagua. Yo era su único hijo.

La joven lo escuchaba seria, pero no quería que su amigo se entristeciera aquella tarde.

—Cuénteme de Madrid, de España —lo alentó, con ánimo de hacerlo olvidar sus pesares.

El le habló, entonces, de las grandes ciudades de su patria, de sus antiquísimas e imponentes catedrales, de sus altos edificios, del bullir de las multitudes en las calles.

—¡Oh, cuán tremenda habrá de parecerle la estrecha y tristísima existencia de esta isla desolada!

El mozo la quedó mirando y sus labios alcanzaron a agitarse en mudas frases, que innumerables veces se había dicho en su corazón, pero logró acallarlas, para expresar otros pensamientos:

—No, Rosario. No encuentro estrecha esta isla. Sólo es tremenda la miseria y soledad del alma; todo lo demás encuentra acomodo para el que quiere así conseguirlo. Verá usted; en Madrid leí un libro que se refería a un hombre que habitó esta misma isla. Se llamaba Robinson Crusoe y vivió cuatro años solitario. Construyó, igual que nosotros, su propia choza, hizo sus vestidos con pieles de cabra, se alimentó con los productos de esta tierra y todas las noches leyó su Biblia, dándole gracias a Dios por conservarle la vida. Fue un hombre feliz, porque no sentía soledad en el alma.

Quedó en silencio. Sólo se escuchaban el batir de

las olas y el grito de las gaviotas. La tarde comenzaba a declinar. Un fuerte viento principió a descender por las quebradas.

—Regresemos ya, Gonzalo.

Abandonaron la playa y subieron al caserío.

Cuando llegaron, Rosario se enfrentó con las miradas inquisitivas de sus compañeros de destierro. En grupos o solitarios se paseaban frente a sus chozas, conversando o ensimismados en sus pensamientos. Al ver por primera vez a Rosario acompañada por el oficial peninsular, la saludaban con una sonrisa ambigua que podía expresar censura, extrañeza o simpatía.

Al aproximarse a su vivienda, Rosario se encontró con Fernando y Antonio, el muchacho que le había ayudado a construir su choza.

Fernando mostraba el rostro ceñudo.

—Largo rato te aguardaba, Rosario. Mi madre quería hablarte —dijo, contestando apenas con una inclinación de cabeza el "buenas tardes" con que le saludaba el teniente.

—Cuánto siento haber estado ausente, pero acompañé a Gonzalo a dar un corto paseo por la bahía.

—¿Gonzalo?...

—¡Oh!, sí, el teniente Ruiz...

Las miradas de los dos mozos se encontraron.

El viento cálido y húmedo comenzaba a zarandear los delgados y altos troncos de las chontas, mientras las hojas de otros árboles se arremolinaban por el suelo.

—Mala tarde para pasear, Rosario, y más aún con un desconocido...

—¡Fernando!

Pero las provocativas palabras del joven no hallaron eco en su rival, el cual se encontraba en excelente disposición de ánimo.

—Si me permite, yo no diría que soy un desconocido para Rosario, sino más bien un servidor que se honra con la gracia de su amistad.

Habían llegado a la choza, a cuya puerta Juan Enrique Rosales conversaba con dos amigos.

Los jóvenes se despidieron de Rosario y, con una leve inclinación de cabeza entre ellos, se alejaron por diferentes caminos.

Fernando marchaba a grandes zancadas, seguido por Antonio. El viento le golpeaba el rostro y le alborotaba los cabellos. Su ánimo se encontraba cual la tarde borrascosa. Experimentaba un sentimiento nunca antes conocido, en donde el rencor y el afecto por Rosario, el orgullo y el desamparo de su propio espíritu se mezclaban en confusión, como las hojas que volaban turbulentas a sus pies.

Los celos, ignorados hasta entonces, se habían agarrado a su corazón.

Antonio lo miraba de soslayo, furtiva y picarescamente.

—Parece que vamos a tener tormenta —comentó, en tono que llegó a Fernando como una burla.

—¿Qué estás diciendo?

Pero el muchacho señalaba, ahora con aire inocente, hacia la cumbre del Yunque.

—Mire, su merced, cuando las nubes descienden hasta ocultar la cumbre del monte, seguro es que la tormenta se avecina. Ha sido muy raro los muchos días de calma que hemos tenido.

—Bueno, ahora no estoy para charlas. Ven mañana de amanecida para que vayamos a coger langostas.

—Como mande su merced, pero yo creo que mañana vamos a estar ocupados en otros menesteres.

—¿En qué menesteres?

—La noche lo va a decir.
—Adiós, Antonio.

* * *

Los vaticinios del muchacho comenzaron a cumplirse antes de la medianoche. El viento que principió a soplar al atardecer fue aumentando de intensidad a medida que las sombras cubrían el presidio. Los árboles se inclinaban, sujetándose a la tierra. El polvo y las hojas corrían en torbellino por las calles.

En el interior de las chozas los desterrados escuchaban con pavor el ulular del viento, que se estrellaba enfurecido contra los débiles tabiques de quincha y penetraba en cuchilladas por sus resquicios.

La débil luz de la vela no era capaz de mantenerse encendida y cada rancho quedó sumido en sobrecogedora oscuridad.

Luego se escuchó el golpear de las primeras gotas de la lluvia sobre los techos de paja. A los pocos instantes era como redoblar de tambores. El agua, cayendo en cascadas, comenzó a filtrarse en el interior de las chozas. Las delgadas cobijas con que los prisioneros tapaban sus cuerpos pronto quedaron empapadas. Por debajo de las puertas principiaron a aparecer hilos de agua que rápidamente se juntaron para formar pozas. Los colchones, tirados sobre la tierra, quedaron convertidos en montones de trapos húmedos.

Entonces no fue posible descansar los entumecidos cuerpos. Los prisioneros iniciaron un inútil y angustiado pasearse por el estrecho recinto. La noche continuó interminable.

De pronto todo cesó; el aullar del viento y el golpear despiadado de la lluvia. La tormenta fue reemplazada por un expectante silencio. Los habitantes de los

ranchos quedaron laxos, adormecidos casi en la miseria de sus existencias.

El sueño fue venciéndolos, al fin, y se echaron sobre los humedecidos colchones. Pero no fue más que un dormitar nervioso, cargado de sobresaltos y pesadillas.

Al amanecer, en medio del silencio, los oídos sensibles y suspicaces comenzaron a ser heridos por un ruido acompasado y agudo. Penetraba lenta pero hondamente hasta obligar a que los párpados se abrieran. Entonces los ojos espantados vieron las ratas. Eran enormes, sedosas, plomizas o negras, con alargadas y duras colas. Con los dientecillos voraces tironeaban de las ropas para devorarlas, roían los alimentos tan celosamente guardados, carcomían la paja de los tabiques.

Desalojadas por la tormenta de sus guaridas en los montes cercanos, habían descendido al caserío hambrientas e irritadas.

A la débil claridad del amanecer los prisioneros emplearon las escasas fuerzas que les restaban de la inquietante noche, en hacer huir a los repugnantes enemigos.

Las ratas se constituirían desde entonces, en horas del día o de la noche, en asiduos y siniestros visitantes de las chozas.

Juan Egaña, sobreponiéndose a sus dolencias físicas y al abatimiento de su espíritu, cogió nuevamente la pluma para escribir:

"Aunque nos proveíamos de gatos montaraces y había compañeros que tenían doce, diez, siete o cinco en su pequeña choza, pero les temen tan poco aquellas monstruosas e innumerables sabandijas, que matan a los gatos, haciendo frente a los mismos perros, cuando se consiguieron. Ropa, trastos, víveres, todo lo desplazan, o lo arrastran a sus cuevas, siendo aún más terribles los incendios a que estamos expuestos, porque al menor des-

cuido arrebatan las velas encendidas. Su voracidad es tal que sólo en los almacenes consumen diariamente más víveres que la tropa, a pesar de las precauciones que se toman.

"Era preciso acostarnos cuando nos hallábamos muy rendidos del sueño, pues de lo contrario el bullicio de estos animales, y el descompasado maullido de los gatos montaraces que tenían amarrados, porque rompían los techos y arremetían la gente para fugarse, no permitían dormir".

XI

ESPERANZAS

EL DEPLORABLE estado en que se encontraron posteriormente los desterrados les produjo una fuerte reacción. En contraste, se hizo presente, en forma violenta, su vida anterior. La apacible existencia que la mayoría de ellos llevaba en Santiago, apenas rozada en su aspecto exterior por los azares de la guerra; el cotidiano vivir en sus grandes, cómodas y solariegas casas; el ordenado y buen alimentarse; el cariño del hogar y el afecto de los amigos. Todo eso era ya un mundo lejano, perdido. Aquí, ahora, sólo reinaban la miseria, la soledad, el desamparo. ¿Hasta cuándo habría de prolongarse esta situación?

El presbítero Ignacio Cienfuegos fue quien planteó el tema ante un grupo de cuatro o cinco prisioneros que se habían reunido en su choza, huyendo de la fuerte ventisca exterior.

—¿Hasta cuándo —volvió a expresar— permaneceremos inactivos y apáticos, dejando que el desánimo y el pesimismo vayan carcomiendo nuestros anhelos y esperanzas? ¿Hasta cuándo permitiremos que el silencio nos señale como culpables?

—Sobrada razón tiene, don Ignacio —intervino Agustín Eyzaguirre—; al callar estamos otorgando nuestro consentimiento a la injusta y despiadada medida de nuestra prisión y destierro. Fuimos arrancados de nues-

tros hogares, aprovechando los captores las cómplices sombras de la noche, y traídos a este lugar que siempre fue presidio para criminales. Ignoramos aún el motivo preciso de nuestra prisión, ya que nadie ha entablado causa contra los delitos que se nos imputan. Debemos, pues, hacer llegar a quien corresponda nuestro clamor para que se nos escuche y se nos juzgue conforme a justicia.

—¿Y a quién habremos de dirigir nuestras quejas? Bien sabemos que el brigadier Osorio se encuentra presionado por influyentes grupos que sólo desean nuestra completa ruina.

—Pues nos dirigiremos directamente al virrey del Perú —señaló con decisión Juan Enrique Rosales—. Para ello aprovecharemos la recalada de algún barco en tránsito hacia el Callao y le enviaremos un memorial, en el cual explicaremos las circunstancias de nuestra prisión y el penoso estado en que nos encontramos.

—¿Y quién habrá de redactar tan delicado documento?

—Soy de opinión —intervino Isidoro Errázuriz— que la misión sea encargada a las hábiles y reconocidas plumas de don Manuel de Salas y don Juan Egaña. Nadie como ellos pueden representar mejor nuestros sentimientos.

—No comparto tal parecer —se escuchó, desde un rincón de la pieza, la voz de Ignacio de la Carrera—. Si los mencionados señores redactan el memorial, mi firma no habrá de figurar en el documento, como así mismo las de muchos otros amigos recluidos en este presidio. Conozco las opiniones políticas de los señores Egaña y De Salas con respecto a mis hijos, y en especial hacia José Miguel. Tengan ustedes la seguridad de que ahora no desperdiciarán la oportunidad de enjuiciar con crueldad sus actuaciones en el gobierno de la patria.

Y sin agregar otras palabras abandonó el recinto. Ya en el exterior, el anciano caballero levantó el rostro y dejó que la fría lluvia, que comenzaba a caer, le empapara el rostro, en un intento por aliviar el infinito cansancio que lo embargaba.

A pesar de la oposición de Ignacio de la Carrera, la idea fue aceptada y el presbítero Ignacio Cienfuegos fue encargado de representarla ante las personas elegidas.

Días más tarde el memorial se encontraba redactado y era leído en una reunión, a la que asistió la mayoría de los prisioneros. El extenso documento hacía una relación de los hechos ocurridos desde que se tuvo conocimiento de la prisión del rey Fernando VII por Bonaparte y los acontecimientos que por tal motivo se provocaron en el país.

El memorial en su aspecto político presentaba los hechos de la revolución en forma sagaz y sutil, no habiendo olvidado quienes lo redactaron que se dirigían desde el presidio al virrey del Perú y que tenía por objeto no entablar una desigual e imposible polémica, sino obtener la preciada libertad de que habían sido privados.

En cuanto a las prevenciones formuladas por Ignacio de la Carrera, ellas se vieron confirmadas, ya que sus hijos eran severamente enjuiciados.

* * *

Junto con esperar la llegada de algún barco que se dirigiera al Perú y que habría de llevar el memorial hasta el virrey, el resentimiento y la pasión política, olvidados casi en los desterrados por los primeros infortunios de su prisión, se encendieron nuevamente. La chispa la proporcionó el memorial con los duros conceptos vertidos contra los Carrera y sus actuaciones en el gobierno.

Ignacio de la Carrera se replegó en su orgullo para

ocultar la amargura y la tristeza de su espíritu. Al recordar a sus hijos lo embargaban tal preocupación e inquietud que, para obtener sosiego, había de salir a caminar en largos y solitarios paseos por la playa. Sus amigos hicieron causa común en sus resentimientos, y así fue como la colonia de penados se vio dividida por los antiguos enconos de la política.

Sin embargo, las discusiones que a cada instante se provocaban no lograron acortar el lento y monótono transcurrir de los días ni amortiguar, con el calor de la pasión, la fría soledad del destierro.

* * *

Había transcurrido escasamente un mes desde la llegada a la isla y la señora Mercedes de Santa María observaba con aprensión el tenso ambiente en que vivían los prisioneros. La unidad ante la desgracia común, que se observara al principio, había desaparecido para transformarse en una especie de misantropía. Los amigos ya no se juntaban a las puertas de sus chozas para conversar y los que se encontraban disgustados por sus ideas políticas diferentes ni tan sólo se saludaban. En ironía resultaba que quienes mantenían, ahora, la comunicación entre los grupos eran los oficiales de la guarnición y el propio gobernador Anselmo Carabantes. Ellos se mostraban empeñosos en querer olvidar las trágicas divergencias que durante los últimos años habían hecho cambiar el rostro amable de Chile. Pensaban que la isla era un mundo bastante desamparado ya como para que los hombres que lo habitaban se encerraran en su propia desdicha y soledad.

Conocedora de estos sentimientos, por habérselos oído expresar a los mismos oficiales, y aproximándose la

Navidad, doña Mercedes, acompañada de Rosario, fue a hablar con el gobernador.

—Señor —le dijo, al terminar de exponer su idea—, bueno sería para todos que celebráramos la Nochebuena, porque ella, como siempre, traerá paz a los espíritus. Nosotras, con las esposas de algunos de los soldados, podríamos preparar las festividades.

—Muy atinada me parece su idea, señora. Cuente con toda mi colaboración. Aunque la iglesia se encuentra bastante deteriorada, procuraré hacer las reparaciones más indispensables para que pueda oficiarse en ella la misa del gallo. Además quiero ofrecerle para aquella oportunidad —y el gobernador sonrió complacido— las llaves de las bodegas. Tal vez usted pueda mejorar en algo nuestra frugal y monótona cena.

—Gracias, señor; procuraré no defraudarlo, a pesar de mis escasas dotes de dueña de casa.

* * *

Doña Mercedes reunió en su rancho a las cuatro esposas de los soldados y conjuntamente con Rosario trazaron sus planes. Desde ese momento fue todo actividad. Con papeles encontrados en las bodegas, y que se habían salvado de la acción devastadora de las ratas, confeccionaron guirnaldas y chonchones, para encenderlos en la noche. Otras manos se ocuparon de preparar dulces, con azúcar obsequiada por el gobernador.

Doña Mercedes solicitó ayuda a su marido y a sus hijos para que construyeran un pesebre a la puerta de la iglesia. Cuando se iniciaron los trabajos, el entusiasmo se transmitió a otros desterrados. Pronto, y como por obra de milagro, los hombres volvieron a hablarse, mientras arrastraban los troncos, cortaban ramas o levantaban los tabiques para el pesebre.

Sobre una parihuela cubierta de helechos descansaron la imagen del Niño Dios. Con otras figuras sagradas, traídas desde la iglesia, completaron el tradicional "nacimiento".

El gobernador había ordenado que algunos vacunos fueran sacrificados. Un grupo de soldados con prácticas marineras trajo, desde la bahía La Vaquería, abundante pesca consistente en congrios, lenguados y robalos. Otro grupo llegó con decenas de langostas.

El tiempo se mostró generoso para la Nochebuena. El viento, que siempre al atardecer comenzaba a descolgarse desde las quebradas enfilando hacia el mar, ahora era solamente una brisa agradable que refrescaba el ambiente.

Cuando oscureció se encendieron las fogatas y la noche se iluminó con sus resplandores. El sabroso olor de los asados comenzó a invadir el lugar.

En el pesebre y delante de la fachada de la sencilla iglesia brillaban los chonchones.

Dos soldados trajeron sus guitarras y con otros compañeros principiaron a entonar antiguas canciones.

Los desterrados parecían haber olvidado sus pesares y mostraban en sus rostros la alegría del momento.

En grupo aparte la tropa disfrutaba de aquella cena extraordinaria.

Cerca de la medianoche la campana de la iglesia comenzó a tañir. Cesaron las conversaciones y todos se aprontaron para asistir a la misa. Veinte soldados, portando antorchas, abrieron un sendero hacia la iglesia. En recogido silencio la concurrencia fue entrando al sencillo recinto. Momentos después el capellán de la guarnición, fray Salvador Navarrete, inició el Santo Oficio. Luego del evangelio pronunció una alocución. Habló del Redentor y de su mensaje de paz y de amor. Sus palabras

trajeron más que nunca a los desterrados el recuerdo del lejano hogar. Algunos dejaron que sus lágrimas corrieran libres, en desahogo tranquilizador.

Cuando la misa terminó y salieron a la noche, las estrellas brillaban con intensidad. La suave brisa venía cargada con la fragancia del árbol de la resina, que recordaba al incienso en su perfume.

XII

ACCIDENTE

DÍAS MÁS TARDE, a comienzos de enero, Juan Enrique Rosales salió con su hija a pasear. Se alejaron más allá del poblado, admirando la exuberancia de la naturaleza. Sus pies se hundían en el pasto blando, mientras sus ojos se prendían a cada uno de los árboles y arbustos. Allí se veían el michay, de amarillento tronco; el mutillón, con sus bayas de gratísimo sabor; los acolchonados helechos, en inmensas alfombras. Más allá, sobre las faldas de los cerros, se alzaba el fresco pangue, de tierno tallo e inmensas hojas. En una explanada crecía el naranjillo, de blanda madera, junto con cerezos, duraznos y membrillos, con sus troncos torcidos por la acción del viento. Y por sobre toda la naturaleza pródiga, los encumbrados cerros mezclaban sus lomajes duros y yermos, con las blandas, húmedas y selváticas quebradas.

De pronto, Juan Enrique Rosales, en su descuidado caminar, tropezó y lanzó un grito. Su cuerpo rodó por el suelo. Al caer, su pierna izquierda se desgarró en la afilada astilla de un árbol.

—¡Hija, me he herido!

Rosario, sin traicionar su tremenda impresión, lo ayudó a sentarse.

—Padre, déjeme que lo atienda.

Y sin esperar más, con manos enérgicas y decididas,

rasgó el pantalón. La sangre salpicó el vestido. Luego con su pañuelo improvisó un vendaje y lo enrolló, apretándolo sobre la herida.

—Vamos, padre; el cirujano lo curará.

—Sí, hija, sí, no te preocupes.

Lentamente emprendieron el regreso.

Cuando llegaban al poblado se encontraron con Agustín Eyzaguirre y Manuel Blanco Encalada, que regresaban también de un paseo.

—¿Qué ha ocurrido, Rosarito?

—Mi padre se ha herido en una pierna.

—Déjenos llevarlo al hospital.

Los fuertes brazos de Manuel Blanco Encalada le proporcionaron sólido apoyo.

Mucho más tarde llegaron al edificio del hospital.

* * *

El accidente sufrido por Juan Enrique Rosales vino a revelar el tremendo estado de abandono en que se encontraba el llamado hospital. Los dos cañones de piezas que lo componían presentaban sus muros agrietados, por donde se colaba el fuerte viento. El carcomido techo de paja dejaba pasar la lluvia y el sol. Pero lo más grave fue comprobar la carencia casi absoluta de los más elementales medicamentos.

En el cuarto destinado a enfermería yacían algunos soldados macilentos. Carecían de camas y los cuerpos no lograban el descanso bajo las delgadas y sucias frazadas, extendidas en la tierra.

En las otras habitaciones, carentes de todo mueble, las ratas corrían persiguiéndose.

Blanco Encalada sólo pudo encontrar al cirujano casi entrada la noche. Llegado éste al hospital, colocó un

emplasto sobre la herida y envolvió la pantorrilla con una rústica venda.

—¿Es grave la herida, cirujano? —preguntó angustiada Rosario, cuando se encontraron lejos del accidentado.

El aludido hizo un gesto evasivo.

—Todo depende de la salud del caballero.

—Creo más conveniente llevarlo a su choza —intervino Manuel Blanco Encalada—. Aquí no se cuenta con el más mínimo de los recursos, amén de faltar hasta una cama en donde pudiera reposar. Por lo menos en el caserío estará cerca de nosotros.

—Tiene razón, don Manuel; además podré estar permanentemente al lado de mi padre.

La noticia del accidente había circulado con rapidez y muchos de los prisioneros aguardaban a la puerta del hospital. Sobraron brazos para llevarlo a la choza.

Trajeron otros colchones y le hicieron una blanda cama. El herido se quejaba quedamente y su frente era abrasada por la fiebre.

Manuel de Salas fue el primero en ofrecerse para hacer guardia.

—Usted, Rosario, no debe agotarse con una noche pasada en vela. Blanco Encalada, Santa María, y muchos otros que quieren y estiman a su padre, desean turnarse para velar su sueño.

—Dígales a todos que les agradezco su preocupación y ofrecimiento, pero que de todos modos yo no podría dormir tranquila sin estar junto a mi padre.

—En todo caso, Rosario, le ruego nos llame si en algo podemos ayudarla.

—Gracias, don Manuel, pierda cuidado que así lo haré.

Cuando quedó sola, fue al recinto adyacente, que le servía de dormitorio, y trajo su colchón y sus cobijas.

Sentada al lado del herido, pasó la noche entera dándole a beber pequeños sorbos de leche. El paño humedecido en agua hubo de cambiarlo a cada instante, pues se secaba en la frente ardiente.

Mientras ejecutaba estos menesteres, los ojos de Rosario escudriñaban los rincones sombríos del rancho, en tanto que en la diestra sostenía un garrote. No permitiría que las ratas fueran a martirizar el sueño de su padre.

Al amanecer no pudo contener el sueño y el cansancio, y su cuerpo fue reclinándose suavemente sobre el colchón hasta quedar dormido.

* * *

Los días y las noches que siguieron fueron de inquietud. La fiebre intermitente se acentuaba al atardecer. El herido apenas probaba alimentos. Rosario se pasaba las horas sentada a su lado hasta que fue vencida por el cansancio. Hubo de acceder, entonces, a la proposición de Manuel de Salas. Los amigos se turnaron para cuidarlo.

Doña Mercedes se mostraba inquieta con el estado estacionario del herido.

—Rosario, no quisiera angustiarte más, pero fuera de la escasez de medicamentos, el cirujano no me inspira confianza. No entiendo de estas cosas; sin embargo a través de los años algo he aprendido, de tanto mirar. Me atrevería a asegurarte que ese hombre no conoce su oficio.

—¿Y qué podemos hacer, señora? —la voz de la joven era trémula.

—Solamente rezar, hija mía, y tener confianza en que Dios no nos abandonará.

Transcurrió una semana y, un día, Fernando llegó acezando a la puerta del rancho.

—Rosario..., Rosario —llamó suave y premiosamente.

—Sí, Fernando, ¿qué hay?

—¡Un barco!..., ¡un barco viene entrando a la bahía! Es seguro que traerá medicinas y a alguien que entienda cómo mejorar a tu padre.

La joven corrió a un montículo cercano y divisó las blancas velas sobre el mar.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!... —y mientras sus labios se agitaban en una oración, las lágrimas contenidas durante tantos días corrieron libremente.

* * *

La nave resultó ser el barco de guerra inglés "Briton", que recalaba para hacer aguada y efectuar algunas reparaciones.

Luego de las formalidades de rigor bajó a tierra la tripulación. El cónsul de Norteamérica Mateo Arnaldo Hoevel, que se hallaba entre los desterrados, inquirió por el cirujano del navío y luego de encontrarlo le rogó lo acompañara a ver al herido.

Cuando llegaron al rancho, Hoevel actuó de intérprete. Pero Rosario no tuvo necesidad de que le tradujeran las palabras para comprender lo que ocurría. El facultativo, luego de retirar las toscas vendas, contrajo el ceño, en gesto de disgusto, mientras que en su idioma formulaba breves y secos comentarios. Por intermedio de Hoevel ordenó que hirvieran agua y abriendo su maletín extendió sobre una banqueta el instrumental necesario.

Juan Enrique Rosales soportó estoico la curación.

Al despedirse, el cirujano le estrechó la mano.

—Dice —tradujo Mateo Hoevel— que usted es

un hombre valiente y solicita su consentimiento para atenderlo mientras el barco permanezca al ancla en la bahía.

—Sírvase expresarle —habló trabajosamente el herido— que muy agradecido me sentiré de la asistencia que pueda brindarme y que considere como suya esta humilde morada.

Momentos más tarde dormía en un verdadero reposo.

* * *

La fiebre bajó ostensiblemente, hasta desaparecer por completo con el transcurrir de los días. El gobernador Carabantes, impuesto en detalle de la ignorancia del cirujano de la guarnición, le prohibió que continuara ejerciendo el oficio y solicitó al facultativo del barco que atendiera también a los enfermos del hospital.

Días más tarde el "Briton", abastecido de agua y arreglados sus desperfectos, se aprontó a hacerse a la mar. El capitán de la nave, compadecido de las necesidades del presidio, dejó para el hospital la mayor cantidad de material quirúrgico y de medicamentos que le permitían sus propias necesidades.

Toda la población fue a despedir a los tripulantes, con quienes, a pesar de no entenderse en el idioma, habían logrado la mutua comprensión en el espíritu.

Juan Enrique Rosales, apoyándose en un rústico bastón, acudió también a la bahía.

XIII

LA NOTICIA DE SANTIAGO

DÍAS MÁS tarde, el 23 de marzo, la corbeta "Sebastiana" llegaba a la isla. Para los desterrados el acontecimiento los llenó de inquietud. Aquello podía significar que nuevas órdenes se hubieran impartido desde Santiago y que el temor latente de ser trasladados a las tétricas prisiones del Callao se convirtiera en realidad.

Pero eran otras novedades las que traía el barco.

La que se conoció primero fue la que anunciaba el cambio del gobernador Anselmo Carabantes por el capitán de infantería José Piquero, del temido regimiento de Talavera. El recuerdo de la noche en que fueron hechos prisioneros y la imagen fatídica del capitán San Bruno se confundieron con el nombre del nuevo gobernador. En los corrillos se añoraban ya la bondad y comprensión demostradas por Anselmo Carabantes y se formulaban funestos vaticinios para el futuro vivir en el presidio. El destino parecía no querer ofrecerles, siquiera, tranquilidad en la desgracia.

Diez nuevos prisioneros traía la corbeta. Entre ellos se encontraban el coronel Luis de la Cruz y el comandante Pedro Nolasco Victoriano. Antes de ser embarcados en la "Sebastiana" habían permanecido quince días en la cárcel de Valparaíso, en donde, a través de varios con-

ductos, se impusieron en detalle de un trágico acontecimiento acaecido en Santiago el mes anterior.

Los desterrados, ansiosos por imponerse de los nuevos acontecimientos, se reunieron bajo los árboles en un lugar cercano a las chozas y escucharon con incredulidad el relato de los tenebrosos hechos.

Sucedió que en la cárcel de Santiago se encontraban recluidos, como era habitual, delincuentes comunes y reos políticos. En una celda del segundo piso, un grupo heterogéneo de cinco penados cumplían condenas diversas. Ellos eran: José Fernández, oficial de milicias patriotas; José Clemente Moyano, que tiempo atrás proporcionara importantes informaciones al gobierno revolucionario; el indio Ignacio Guavacho, cogido por quizá qué delito; Juan Argomedo, preso por deudas, y un soldado patriota de apellido Concha.

En la mencionada celda reuníanse también otros reos. Sus conversaciones recaían siempre en el tema que más les interesaba: su libertad perdida y la posibilidad de recuperarla. También comentaban las noticias que por diversos conductos llegaban a la cárcel y que decían relación con los preparativos bélicos de los patriotas emigrados en Mendoza. Impulsados por sus divagaciones y lucubraciones llegaron a relacionar sus propios anhelos con las acciones que se desarrollaban en aquella ciudad. Con ingenuidad imaginaron que tal vez ellos podrían encabezar un movimiento subversivo que entraría a actuar en el momento oportuno y en combinación con los emigrados. La idea, que al comienzo pudo parecer absurda, fue tornándose menos disparatada con el lento transcurrir de los días en la prisión. Las horas sobraban para imaginar quimeras. Hasta que, entusiasmados con sus proyectos, resolvieron interesar en ellos a algunos guardias, seguros de que habrían de aceptar cualquier aven-

tura que les beneficiara los sueldos miserables que recibían. No obstante, los eventuales nuevos conjurados se desentendieron, con muy buen criterio, de las proposiciones que se les hacían. No tanto porque encontraran peligrosos los planes, sino por estimarlos irrealizables y alocados. Sin embargo, prometieron los guardias mantener en secreto lo conversado y todo hubiese terminado allí de no haberse convertido en delator uno de los conjurados. El tahúr Juan Argomedo pensó que aquélla era una buena carta que podría ser jugada en su beneficio. A fin de congratularse con las autoridades hizo llegar unas líneas al comandante general de armas de Santiago, coronel Luis Urrejola, delatando a sus compañeros. Comprendiendo el coronel lo absurdo de la conspiración, por la ninguna calidad política de los conjurados y lo descabellado del plan, olvidó la denuncia. Cansado estaba ya de investigar delaciones semejantes, motivadas por simples envidias o rencores personales. Pero el tahúr Argomedo no era hombre de dejar perder sin más una partida. Entonces escribió una carta a Antonio Lavín, exaltado realista recién nombrado alcalde de Santiago.

El alcalde, deseoso de hacer méritos en su nuevo cargo, se trasladó a la cárcel e interrogó al delator. Sin detenerse a meditar en el verdadero alcance de la denuncia y, por el contrario, entusiasmado con ella, vio un motivo de personal lucimiento al comprenderse actuando en defensa del gobierno contra un complot fraguado por los insurgentes.

Bajo ese estado de ánimo se presentó ante el brigadier Osorio, a quien, con exaltadas palabras, lo impuso de lo que se tramaba en la cárcel de Santiago, pero ocultando la verdadera calidad de los conjurados y presentando los hechos como si se tratara de un verdadero

complot contra el gobierno. Osorio, que no tenía motivos para dudar de la veracidad del alcalde, dispuso lo que la lógica imponía y ordenó a la Policía de Seguridad que investigara el asunto, a fin de reprimir todo conato revolucionario.

Al frente de la Policía de Seguridad se encontraban dos oficiales de Talavera: el sargento mayor Antonio Morgado y el capitán Vicente San Bruno.

Desde ese momento la ingenua conspiración habría de seguir la tortuosa trama de una maquinación diabólica.

El capitán San Bruno propuso a Morgado un plan de acción que habría de llevar a la ruina no sólo a los incipientes conjurados, sino en especial a los incautos que posteriormente cayeran en las arteras redes que les tenderían.

Como primera medida se dispuso el cambio de la guardia de la cárcel, compuesta de dragones, por soldados del regimiento peninsular de Talavera. El mando de las tropas fue entregado al sargento Francisco Villalobos. Tal medida habría tenido un carácter normal si no se hubiera ordenado a Villalobos fingirse descontento de sus superiores y deseoso de participar en cualquier insurrección.

En seguida, para completar su plan, San Bruno hizo ingresar en la cárcel como espía a un individuo llamado Francisco Quiroz, el cual era conocedor de su oficio por haberlo ejercido en otras oportunidades. Quiroz debía presentarse como un decidido patriota a fin de entusiasmar a los conjurados e incitarlos a tomar resoluciones extremas. Una vez que la idea del complot hubiera rebasado los muros de la cárcel, el capitán San Bruno podría efectuar una buena y valiosa redada de insurgentes.

Villalobos y Quiroz, secundados por Argomedo, re-

avivaron los entusiasmos de los conspiradores, haciéndoles creer pronta y fácilmente las historias que desearon. Aceptaron como un hecho no tan sólo que la guardia se sublevaría, por estar descontenta de sus sueldos, sino que la mayoría de los regimientos de Santiago se encontraba pronta a apoyarlos. Además el pueblo se les uniría en el momento oportuno.

Azuzados por el delator y los dos espías, los conspirados llegaron a discutir en qué forma habrían de gobernar el país, mientras llegaban los emigrados en Mendoza, y qué harían en el intertanto con los integrantes del gobierno peninsular.

Los complotados no podían imaginar siquiera que cada una de sus palabras y cada uno de sus pensamientos era transmitido de inmediato a los jefes de la Policía de Seguridad, Morgado y San Bruno. Estos últimos, seguros ya del éxito de la celada, estudiaban ahora la forma como habrían de castigar a los conspiradores a fin de que sirviera de escarmiento en el futuro a otros más reales y peligrosos.

Por fin los conjurados, agobiados por las sugestiones de sus incitadores, decidieron dar la voz de levantamiento para la madrugada del 6 de febrero.

Eran doce los conspiradores que aquella noche aguardaban, en la celda, la hora señalada.

Entretanto el brigadier Osorio, en la creencia de que se trataba de un verdadero alzamiento, se encontraba en la Plaza Mayor rodeado de sus principales oficiales. Tras las arquerías del portal de Sierra Bella se hallaban apostadas tropas del regimiento de Talavera y numerosas patrullas recorrían las calles. Se temía que el regimiento de Dragones apoyara la sublevación de todos los reos de la cárcel.

A las dos de la mañana, hora indicada para el alzamiento, el sargento mayor Morgado y el capitán San

Bruno, seguidos por talaveras, golpearon la puerta de la celda en donde aguardaban los conjurados. En sus manos se apretaban las empuñaduras de sus sables desenvainados.

Al abrir la puerta y ver las conocidas figuras de los jefes de la policía, los conjurados comprendieron de inmediato que habían sido traicionados. Uno de ellos, José Clemente Moyano, valiente y decidido, extrajo un puñal desde su faja y avanzó hacia el grupo que llegaba. San Bruno levantó rápidamente su sable y lo descargó con furia sobre el rostro del infeliz. Un alarido estremeció la noche. El soldado patriota Concha trató de apagar las dos velas que alumbraban el recinto, a fin de guarecer a sus compañeros en la oscuridad. Pero dos sablazos de Morgado lo hicieron caer en tierra, sin vida. Entonces entraron los talaveras con sus espadas desenvainadas. Y las paredes se tiñeron de sangre. Los santiaguinos escucharon aquella noche estremecedores gritos de agonía, pidiendo misericordia.

De pronto, el coronel Urrejola, que se había negado a creer en la veracidad del levantamiento, entró en la celda. Con enérgicas voces de mando logró suspender la bárbara carnicería. Sólo momentos antes, al recorrer la ciudad y los cuarteles y ver la completa calma que reinaba, se había dado cuenta de la infame farsa. Corrió entonces a la cárcel para tratar de impedir la consumación de la tragedia.

Al aclarar el día la ciudad se despertó inquieta de rumores y de funestos presagios. Las tropas recorrían las calles y numerosas personas fueron detenidas.

Sin embargo, el brigadier Osorio, impuesto por el coronel Urrejola de la verdad de los sucesos, alcanzó a suspender las demás órdenes de prisión y dispuso poner en libertad a los recientemente detenidos. Sobre todo logró impedir que la felonía de Morgado y San Bruno lle-

gara al extremo de anunciar el triunfo del movimiento revolucionario para coger en el engaño a los patriotas.

Desde aquel día los habitantes de la ciudad habían comenzado a vivir en el terror y su símbolo era el nombre del capitán Vicente San Bruno.

XIV

EL TRANSCURRIR DE LOS DIAS

LA RELACIÓN de los asesinatos consumados en la cárcel de Santiago sobrecogió los ánimos de los desterrados y los llenó de angustia, ya que era de suponer que los dramáticos y crueles sucesos sólo habrían de contribuir a empeorar y prolongar su reclusión en el presidio de Juan Fernández. Además las aprensiones contra el nuevo gobernador de la isla, José Piquero, se hicieron más agudas en atención a que era un oficial del ya odiado regimiento de Talavera.

Así fue que cuando se recibió un recado del gobernador para que Manuel de Salas, en representación de los detenidos, concurriera a su despacho, todos vieron convertidos en realidad sus peores augurios.

—Señor De Salas —habló el nuevo gobernador una vez que el visitante hubo tomado asiento—, me he permitido hacerlo llamar por cuanto circulan rumores de diversa índole que sólo habrán de llevar la intranquilidad a los que se encuentran recluidos en esta isla. Mi interés y propósito es desmentirlos, en lo que se refieren a mi persona y a la especie de gobierno que mantendré. Mi antecesor, don Anselmo Carabantes, me ha impuesto de la buena disposición encontrada entre ustedes para hacer

más llevadera la existencia en este presidio. De igual manera espero yo hallar esa valiosa ayuda.

—Puedo asegurarle, señor, que sus palabras me llenan de tranquilidad, ya que habrán de llevar el sosiego a los espíritus suspicaces. Los rumores que circulan han tenido su origen y explicación en las penosas noticias recibidas desde Santiago. Debo ahora apelar a su comprensión para justificar tales rumores.

—Lo comprendo, señor De Salas. A mi vez, quiero pedirle reciprocidad en la comprensión que usted menciona. Soy capitán del regimiento de Talavera, y a mucha honra siempre lo he tenido, mas ante los desgraciados sucesos ya conocidos experimento rubor de lucir este uniforme.

—Las prendas de carácter y del alma, señor gobernador, bastan para hacer olvidar los errores que puedan cometer nuestros semejantes.

José Piquero había abandonado su aspecto reservado y ahora exponía sencillamente sus inmediatos planes, en relación con su mandato:

—Mi deseo, señor De Salas, es hacer llegar a las autoridades del continente una exposición de las más apremiantes necesidades de este presidio. A los dos días de haber desembarcado no he logrado avanzar mucho en mi inspección, pero debo aprovechar el inminente regreso de la corbeta "Sebastiana" para que lleve los pliegos del informe. A este respecto he estimado conveniente consultarlo sobre lo que podría solicitarse como de más urgencia.

—Sin considerar la miseria personal en que vivimos, señor, puedo asegurarle que la carencia de elementos y medicinas en el hospital constituye el mayor apremio. Varios soldados han muerto ya, abandonados en las salas del desvencijado edificio. Por otra parte, en caso de producirse una epidemia, es fácil predecir las consecuen-

cias. Además el cirujano Juan Pérez es hombre de tan completa ignorancia que ya no nos atrevemos a consultarlo cuando un mal nos aqueja.

—Tomaré debida nota de su observación. En cuanto a los medicamentos que se necesitan, quiero pedirle que confeccione una lista de ellos, por cuanto usted es reputado como hombre de luces.

—Mis escasos conocimientos no sobrepasan a aquellos que puede dictar la necesidad, sin embargo procuraré dar cumplimiento a lo que me solicita.

En aquel momento la conversación fue interrumpida por una tremenda descarga de truenos y relámpagos. La lluvia y el viento, en pocos instantes, envolvían la isla entera.

Manuel de Salas se despidió y el gobernador comenzó a redactar su informe: conciso, escueto, de carácter militar. Quien lo leyera habría de adivinar entre sus líneas para lograr comprender toda la miseria que se encerraba entre sus párrafos:

"Señor Presidente y Capitán General del Reino de Chile, don Mariano Osorio.

"Con motivo del mal temporal que ha entrado y a lo expuesta que está aquí la fragata, no me ha dado tiempo el Comandante de ella a que me entere por menor de lo que hay en esta Isla.

"Sólo puedo decir a V. S. que todos los edificios del Rey se están deshaciendo, hasta la iglesia.

"Remito a V. S. dobles listas de los presos de todas clases que hay en este presidio, y el conocimiento o inventario de lo que hay existente, como lo que falta para los trabajos públicos y lancha de este puerto, lo que espero de su bondad haga se me remita en primera ocasión.

"El armamento de la tropa que se halla en esta guarnición está la mayor parte inútil, pero no puedo dar

a V.S. el número fijo por el limitado tiempo, en virtud de que la fragata se halla a la vela.

"El charqui que ha venido de bastimento es casi inútil, se lo imparto a V. S. para que el que se me remese en lo sucesivo sea fresco y de la mejor calidad.

"A la oficialidad y tropa que hallé de guarnición sólo he podido abonarle tres meses de sueldos, contados desde el primero de enero del corriente año hasta último de marzo, atendiendo a los fondos físicos que se me entregaron en ésa, al efecto. A estos individuos se les deben dos meses del año pasado, sin contar sus atrasos: espero la orden de V. S. para satisfacerles lo primero.

"El físico de este establecimiento, don Juan Pérez, solicita se le releve, y en esto se hace un gran favor a todos los habitantes de esta Isla, por no entender nada de cirugía, pues sólo es aficionado al arte.

"Dios guarde a V. S. muchos años. Isla de Juan Fernández, 26 de marzo de 1815.

"JUAN PIQUERO."

A la mañana siguiente Manuel de Salas, que se había hecho ayudar por Rosario Rosales en el inventario del hospital, entregaba una lista de los medicamentos que se requerían con mayor urgencia. En onzas o libras indicaban la cantidad de estas medicinas: "Eter vitriólico, Agua del Carmen, Bálsamo católico, Aceite de lombrices, Jarabe de corteza de cidra, Sebo de capado, Emplasto de ranas con duplicado mercurio, Leche de tierra de Inglaterra, Piedra infernal, Panacea mercurial, Ungüento vejigatorio", etc. En seguida se solicitaban, para el servicio del hospital, "algunos utensilios de metal y cobre", tales como "una jeringa grande, un cántaro de cobre, un tacho y tres cacetillas para unturas y una paila para cocimiento".

A última hora el gobernador alcanzó a agregar una lista con nombres de los presidiarios, ladrones, salteadores o asesinos, que habían sido remitidos a la isla. Al final de ella agregaba: "Nota. —Que además de los presidiarios que manifiesta la adjunta relación, se halla en este presidio Atanasio Muñoz, sin condena, destinado por el Gobernador de Concepción don José Berganza".

* * *

Después de la partida de cada uno de los barcos que distanciadamente recalaban en la isla se mantenía un ambiente de efervescencia entre sus habitantes y en el que se comentaban una y otra vez las novedades traídas por las naves y las conversaciones sostenidas con sus tripulantes. Con el transcurrir de los días la calma iba retornando. Entonces los desterrados continuaban su cotidiano y monótono vivir, preocupados principalmente de luchar contra sus implacables enemigos, las ratas, y reparar continuamente sus chozas, que eran deterioradas o destruidas por el viento y la lluvia.

Las escasas vestimentas que los prisioneros habían logrado echarse encima, en el momento de ser prendidos en Santiago, se encontraban ya deterioradas por el uso constante y las inclemencias del tiempo. Algunos mostraban sus trajes con roturas, apenas remendadas con toscos hilos, en tanto que los zapatos tenían las suelas carcomidas. Las camisas se veían sucias y arrugadas.

A veces, reaccionando contra la apatía, que en su aspecto físico parecía principiar a consumirlos, íbanse a algún cercano remanso de agua y lavaban sus ropas, con manos inexpertas y torpes.

La cabellera y la barba crecidas les daban aspecto de ermitaños.

Quien antes los había visto no los hubiera ahora re-

conocido. Y menos aún viviendo en las rústicas chozas, durmiendo sobre jergones y alimentándose escasamente. A los desterrados les parecía un sueño cuando rememoraban sus antiguas casas solariegas en Santiago, con amplios dormitorios de blandas camas, los exornados y elegantes salones, el comedor de larga mesa, en donde se servían abundantes y variados platos. La comida de ahora sólo alcanzaba para subsistir. Charqui, harina, pescado. Este último, que durante las primeras semanas se apreciara grato y sabroso, resultaba, con su insistencia, monótono y vulgar. La carne de vacuno comenzaba a ser racionada por la escasez que había de ella. Las cabras montaraces eran difíciles de coger, siempre a la defensiva en sus ariscos peñascos.

El somnolento existir sólo se despertaba cuando la discusión política prendía en los grupos. Como aquella tarde en que varios de los desterrados conversaban a la sombra de unos árboles.

—He aquí —decía fogoso fray Joaquín Larraín, sentado sobre una piedra y con las sotanas arremangadas sobre sus rodillas— a lo que nos han traído la ambición desmedida de unos y la blandura culpable de otros. Ni los Carrera con su despotismo ni quienes pregonan su complacencia con el gobierno de España lograrán la anhelada libertad de la patria. Ya estamos sufriendo las consecuencias de tan nefastas actitudes.

—¿Y cuál estima usted que sería el proceder más comedido y acertado en las actuales circunstancias? —preguntó con ironía el joven teniente coronel Manuel Blanco Encalada.

—En las actuales circunstancias, bien sabe usted que nada podemos hacer, pero sí sería de gran provecho que procuráramos uniformar nuestros pensamientos. Yo sostengo que debemos propender a la libertad absoluta de la patria, libre de cualquier tiranía de los nuestros o tu-

tela del extranjero. Don José Antonio Rojas, aquí presente, podrá afirmar que comparte mis palabras.

Sentado en un tronco caído, el anciano caballero movió la cabeza en signo de aquiescencia. A su lado se encontraba su cuñado, Manuel de Salas, quien apoyaba su mentón en las manos curtidas ya por el sol y el trabajo a la intemperie.

—Difiero de tales opiniones, caballeros —expresó De Salas con voz pausada—. Mi raciocinio me señala que la libertad absoluta para nuestro país sólo habrá de acarrearnos grave daño. Carecemos de experiencia para gobernarnos, no tenemos escuelas para educar a nuestros hijos, y nos faltan los medios económicos para solventar los gastos de una nación. Mientras tales necesidades no se vislumbren con una posibilidad de satisfacerlas, nuestro único camino es la constitución de un gobierno propio, pero bajo la tutela de España.

—Tal es también mi pensamiento —lo apoyó Juan Egaña, desde un extremo del grupo—. Nos encontramos en la situación de un niño que, sin saber caminar, pretendiera abandonar la mano segura de su madre.

Fray Joaquín Larraín no pudo contenerse.

—Ya tendré oportunidad de escucharlos nuevamente si tenemos que permanecer prisioneros un tiempo más en esta maldita isla. Ya renegarán ustedes de esa mano segura que ahora les inspira tanta confianza.

Y se puso de pie golpeando con enojo la tierra que se había prendido a su sotana.

—No hay por qué molestarse, amigos —habló conciliador Agustín Eyzaguirre, mientras jugueteaba con una rama de aromo, en aparente indiferencia—; verán ustedes como la independencia vendrá en consecuencia ineludible de los sucesos mismos.

—La patria no debe esperar el devenir de los sucesos para ser libre —lo interrumpió con brusquedad José

Antonio Portales—. Si los razonamientos no bastan para despertar a los hombres, las ideas para que fructifiquen deben imponerse a la fuerza. De no mediar circunstancias imprevistas tendríamos ya una patria soberana, gracias al gobierno de los Carrera.

La conversación desembocó ahora en discusión apasionada. Las voces se elevaron de tono hasta que algunos optaron por regresar a sus chozas o echaron a caminar por cualquier sendero para apaciguar la excitación de sus espíritus.

XV

"LA VIUDA"

LOS JÓVENES no participaban en tales discusiones y salían a recorrer la isla, aún desconocida para ellos.

Un atardecer, Fernando y su hermano Agustín, acompañados por Antonio, encaminaron sus pasos hacia la caleta llamada "del inglés". Habían dejado atrás el poblado y tomaron por un sendero que se extendía sobre los altos acantilados. De pronto, al salir de un bosque de variados árboles, casi se toparon con cinco o seis chozas agrupadas sobre una planicie y formando un pequeño caserío. Numerosas cabras domésticas pastaban, encerradas por una pirca. Dos vacas, amarradas con largas sogas a un poste, levantaron inquietas sus cabezas al divisar a los extraños.

—¿Quiénes viven aquí, Antonio?

El muchacho sonrió picarescamente.

—Sus mercedes dijeron, un día, que les gustaría venir... Aquí viven esas mujeres a las que hay que pagar... También se puede comer pescado frito y hasta conseguirse un vaso de aguardiente. Todo depende de las monedas que se tengan.

Antonio se mostraba ufano de su concisa información.

—Si a sus mercedes les parece, podríamos ir a comer alguna cosita...

Fernando sentía latirle con más fuerza el corazón. Nunca en Santiago se había aproximado siquiera a alguna de aquellas casas en donde, según el decir de los amigos, los hombres iban a divertirse. Cuando oía hablar de aquellos lugares experimentaba un sentimiento de atracción y de temor.

—Vamos a comer algo —dijo, decidido.

Antonio sonrió con complacencia.

Cuando se aproximaban a las chozas les salieron al encuentro tres enormes perros, ladrando enfurecidos. Dos mujeres aparecieron y los hicieron callar al ver a los visitantes.

—¡Pero si es Antonio! —exclamó alegremente la más joven.

—Buenas tardes, Leontina —y señalando a sus acompañantes—: Los señoritos quieren servirse algo, si no es mucha la molestia.

—Cómo se le ocurre; tengan la bondad de pasar, caballeros.

Y los encaminó hacia una ramada, bajo la cual se encontraban dispuestas algunas mesas.

—Tengo un congrio fresquito; ¿lo desean frito, los caballeros?

—Sí, gracias.

Fernando había contestado sin darse cuenta de la pregunta. Absorto contemplaba a una muchacha que se aproximaba. Era esbelta, de hermoso cuerpo.

Antonio, reparando en su impresión, habló a media voz:

—Esa es Carmen, "la viuda". Es la dueña de todo esto, tiene mucho dinero. Era la esposa de un soldado que murió aquí, al despeñarse desde un monte. Después fue amiga de un oficial de la guarnición, pero cuando lo mandaron a Santiago, se vino a vivir aquí. Ahora se entiende con Atanasio Muñoz.

—¿Y quién es ese Atanasio Muñoz?

—El hombre que manda sobre todos los ladrones y asesinos recluidos en este presidio.

Antonio no tuvo oportunidad de continuar en sus explicaciones. La muchacha ya estaba cerca de ellos.

—¿Qué es de la vida, Antonio? Mucho tiempo que no alcanzabas por acá.

—Así es, señora. Ahora he venido acompañando a estos caballeros.

La mujer les dio una rápida mirada inquisitiva. Los dos mozos se habían puesto de pie.

—Es un gusto recibirlos. ¿Ustedes llegaron en el último barco?

—No, señora, hace tiempo que estamos en la isla.

—¡Ah! Entonces vinieron con esos caballeros que trajeron presos.

—Sí, señora.

Agustín era quien respondía nervioso. Fernando, en silencio, contemplaba a la muchacha. Sus cabellos eran negrísimos, sus ojos grandes y claros, su piel oscurecida por el sol.

Ella se dio cuenta de las miradas del joven y sonrió halagada.

—Bueno, los dejo. Vuelvan otro día.

—Quédese usted acompañándonos un rato, si le es posible. —Fernando había hablado en forma brusca, casi terca.

En el rostro de la mujer se esbozó un fugaz gesto de enojo y sus labios se endurecieron para una respuesta. Pero luego la sonrisa volvió a enmarcar sus albos dientes.

—Sea, pero sólo por un breve instante, pues es la hora en que comienzan a llegar otras personas.

Se sentaron a la mesa y mientras se servían el pescado ella inquirió por Santiago, sus calles, sus iglesias;

ciudad en la que había nacido y por la que sentía nostalgia.

Fernando contestaba con entusiasmo a cada una de sus preguntas y a veces hacía comentarios que provocaban la risa de la moza.

Entretanto habían llegado algunos parroquianos que pedían el sabroso pescado frito o un pedazo de carne asada acompañado de verduras, cultivadas en una huerta del pequeño caserío. Los clientes eran soldados que venían del poblado, luego de las labores en el cuartel.

Las voces y risas de los concurrentes sonaban alegres, mientras hacían bromas a las mujeres que los servían.

Tres paisanos entraron a la ramada. Uno de ellos era alto, delgado, de cabellos crespos. Tenía aspecto de gitano. Abarcó con una rápida mirada a los asistentes y luego fue a sentarse con sus compañeros a una mesa cercana a la que ocupaba el grupo de Fernando. El hombre denotaba impaciencia y cuando una de las mujeres se acercó para atenderlos dijo en voz alta, como ignorando la presencia de sus vecinos:

—Di a la señora que la estamos aguardando.

La mujer lo miró desconcertada e hizo un gesto, señalándole la proximidad en que se encontraba la señora.

—¡Vamos, anda, no te quedes allí parada!

La aludida se encogió de hombros y caminó los cuatro pasos que la separaban de la otra mesa.

—Dice que la están aguardando.

El ceño de Carmen se marcó con el disgusto.

—Tú te vas ahora a servir a los clientes —y alzando la voz para ser escuchada—: A mí nadie me manda recados, que eso queda para los sirvientes.

Se escuchó de nuevo la voz del hombre, en tono bronco:

—Vean, amigos, cómo ni en estas soledades se puede estar seguro de las mujeres. Sobre todo cuando se encuentran con caballeritos hay que amarrarlas con soga a un poste, como a potrancas en celo.

Fernando cerró los puños e hizo un movimiento brusco para levantarse.

Las manos de Carmen lo sujetaron firmes de un brazo.

—Déjelo, no tiene importancia. Lo conozco. Iré a su mesa para evitar disgustos.

La muchacha se levantó.

—Vuelva otro día, no siempre atiendo mal a los forasteros.

Cuando quedaron solos, Antonio acercó su silla e inclinó el cuerpo sobre la mesa.

—Buen dar, sus mercedes —habló en voz baja—, ése es el mismito Atanasio Muñoz. Con él no se puede andar con bromas. No es hombre de fiar. Además dicen que ha peleado tanto por el lado de los realistas como por el de los insurgentes, según haya sido su propia conveniencia. Aunque él afirma que no sabe por qué lo mandaron a este presidio, cuentan que fue por haber salteado algunos fundos y dado muerte a varias personas.

Antonio interrumpió su información para comer un trozo de pescado.

—Mala suerte ha tenido, don Fernando —continuó confianzudo—, porque parecía que su merced le había caído en gracia a "la viuda". Pocos hombres de aquí, ni aun los oficiales de la guarnición, pueden contar que se han acostado con ella.

Fernando sentía que cada palabra del muchacho era como golpe de puño que le dieran en el rostro.

—¡Basta, a callar! —la voz contenida le temblaba de enojo.

Su hermano y el muchacho lo miraron sorprendidos.

En aquel momento aparecieron otras mujeres, portando guitarras. Afinaron los instrumentos e iniciaron una alegre y picaresca canción. Luego continuaron con un fandango. Los hombres abandonaron sus mesas e invitaron a bailar a las mujeres que aguardaban.

El sol se había ocultado bruscamente detrás de los cerros y las sombras del atardecer se venían encima, empujadas por el viento.

—Es hora de que regresemos —recordó prudentemente Agustín.

Fernando sacó del bolsillo algunas monedas y las dejó sobre la mesa.

Sus ojos no se apartaban de la figura incitante de Carmen, la cual, olvidada del reciente disgusto, bailaba riendo con Atanasio Muñoz.

XVI

MAS ALLA DE LA PRISION

HABÍA llegado el otoño, y los días, al acortarse en su claridad, prolongaban las tediosas horas del atardecer, con su semisombra cargada de tristeza. Los desterrados se refugiaban temprano en sus chozas, hilvanando una a una sus remembranzas y melancolías.

Manuel de Salas meditaba muchas veces, durante sus paseos por la playa, en la situación en que se encontraban sus compañeros. Aquellos pensamientos habían llegado a constituir para él un motivo de verdadera preocupación. Comprendía que la orfandad familiar y la carencia de una actividad de la mente podían llegar a constituir un real peligro espiritual.

Muchos se encerraban ya en una suerte de misantropía, perdido todo interés por participar en la vida con los demás. Otros dejaban traslucir envidias y egoísmos por las acciones o los hechos más nimios.

Algunos le preocupaban mayormente por la amistad que los unía o por las circunstancias de su vida. En este último caso se encontraba Ignacio de la Carrera. Manuel de Salas se condolía de él al verlo cada día más encerrado en sí mismo y en su orgullo, bien que a la postre era esto último la fuerza que lo sostenía. Pero su espíritu se iba ensombreciendo. Pocos eran los compañeros de destierro con quienes mantenía trato, por cuanto no per-

donaba a aquellos que se habían expresado mal de las actuaciones políticas de sus hijos. A los sesenta y siete años de edad su alta y delgada figura era la de un estoico que sobrellevaba con entereza y dignidad los sufrimientos físicos y espirituales.

De Salas se preocupaba, también, de su amigo Juan Egaña, a quien parecían consumir sus enfermedades y su temperamento pesimista. Se quejaba constantemente de sus antiguas dolencias al estómago y a la cintura, agravadas ahora por la escasez de alimentos y las precarias condiciones materiales que, como todos, se veía obligado a soportar. De no haber sido por los cuidados que le prodigaba su hijo Mariano hubiera sucumbido ante su desgraciada situación. Encorvado y macilento, parecía un anciano a pesar de tener sólo cuarenta y seis años de edad.

Otro de los prisioneros que causaban los desvelos de Manuel de Salas era su cuñado José Antonio Rojas. Octogenario, inspiraba verdadera compasión. Pasábase los días sentado en una banqueta a la puerta de la choza que compartía con otros dos recluidos. Con la mirada perdida en un punto lejano, parecía no estar viviendo el presente. Rosario Rosales y la señora Mercedes de Santa María le prodigaban solícitos cuidados. Pero por sobre los males físicos propios de la edad, se acentuaba día a día el debilitamiento de su mente. A veces sus palabras se volvían incongruentes y sus reacciones eran las de un niño.

Manuel de Salas había escrito a su hermana María Mercedes imponiéndola de la precaria salud de su esposo para que intercediera ante las autoridades con el fin de obtener su retorno a Santiago.

* * *

La mañana en que meditaba sobre estas penosas situaciones, sus pasos lo llevaron a la choza en que habitaba el coronel Luis de la Cruz, llegado al presidio en el último viaje de la "Sebastiana".

—Buenos días, don Manuel —lo saludó éste lleno de optimismo—. Me encuentra usted en los quehaceres propios de una dueña de casa. Pero en ocasiones como ésta el mejor recurso es amoldarse a las circunstancias que nos depara la vida.

—Es un verdadero placer saludarlo, coronel. No puede usted imaginar el contento que me proporciona al encontrarlo en estas actividades.

Ofrecía un aspecto gracioso con su traje militar semiprotegido por un trozo de sábana sujeto a su cintura. La mano derecha, acostumbrada a blandir el sable, sostenía ahora una rústica escoba.

—He descubierto, don Manuel, que estas labores, que siempre me parecían tontas al ver ejecutarlas a las sirvientas de mi casa, constituyen ahora para mí un descanso espiritual y un ejercicio para el cuerpo. Créame que no me es posible comenzar ninguna actividad sin antes haber hecho el aseo de mi "casa", porque así, con peligro de provocar su risa, denomino yo a las frágiles paredes de esta choza. Mas dispénseme, que, en medio de mis palabras, casi olvido invitarlo a descansar unos momentos.

—Descuide, coronel, no es esta hora la más apropiada para hacer visitas. Solamente me acerqué para saludarlo y, gracias a ello, he logrado olvidar por un instante mis preocupaciones.

—Nunca faltan, don Manuel, pero... pase usted, que deseo enseñarle mi huerta.

—¿Su huerta?... —el visitante lo miró con curiosidad e interés mientras atravesaban la bien ordenada "casa" y llegaban al patio interior.

—Sí, aquí cultivo hortalizas, limones y naranjos.

Más allá, al pie del cerro, he echado a crecer un pequeño zapallar.

—Admirable, don Luis, admirable.

El coronel tenía motivos para sentirse orgulloso. Había aprovechado como límite natural una hilera de corpulentos pangues que con sus pancas, u hojas en forma de canoa, formaban un cerco vivo muy hermoso. Una acequia, trazada por él mismo, le traía agua desde una vertiente. En un extremo de la huerta se levantaba una palizada.

—Este es el gallinero —señaló ufano—. En el poblado he logrado que me vendan un gallo y cuatro gallinas, con lo que puedo regalarme, a veces, con buenos y frescos huevos. Pensando que nuestra permanencia aquí pueda prolongarse, he echado a empollar una de las gallinas para recrearme después con el maravilloso piar de las nuevas criaturas.

El coronel Luis de la Cruz sonreía complacido y en sus ojos había destellos de dulzura.

—Los instantes de la vida —agregó— los formamos nosotros, don Manuel. Indudablemente no podemos suprimir a nuestro arbitrio el dolor o la desgracia, pero sí lograremos reducir sus proporciones en tanto que nuestro ánimo esté dispuesto a conseguirlo.

De Salas lo escuchaba embelesado. Experimentaba una emocionada alegría, como quien ha estado encerrado mucho tiempo y sale al exterior para respirar el aire puro y vivificante. Apreciaba el marcado contraste entre la actitud de abatimiento de los desterrados y la posición llena de entereza y optimismo del coronel.

—En esta "casa" —continuó el militar— vivo con dos compañeros que me solicitaron albergue: Pedro Nolasco Valdés y Ramón de la Torre Cienfuegos. Llevamos una vida muy ordenada, de acuerdo a un programa que he confeccionado; en esta forma hemos logrado dar un

sentido y un interés inmediato al cotidiano vivir. Créame usted que a veces los días se nos hacen cortos.

Manuel de Salas se había sentado absorto, en una de las banquetas de la choza. Su intempestivo aire ausente intranquilizó al coronel.

—¿Se siente mal?

—Por el contrario, don Luis. Mucho tiempo hace que no me sentía tan bien. Solamente que meditaba en algo que me ha inspirado esta feliz visita a su "casa". Pero aún necesito ordenar mis ideas. Debo ahora retirarme, pero si usted me lo permite volveré otras veces.

—Para mí será un placer, don Manuel.

—Gracias, coronel, por todo cuanto he podido aprender durante esta mañana.

De Salas se alejó pensativo de la choza. Pero la expresión de su rostro era diferente a aquella con que había llegado. Ahora lo iluminaba una sonrisa de optimismo, de juventud. No sentía casi sus sesenta años de edad.

Al llegar a su choza encontró en ella a su hijo Santiago.

—Hoy ha sido un día de suerte —dijo alegremente al entrar—. La suerte ha querido mostrarme cómo un hombre puede sobreponerse a la adversidad. El coronel Luis de la Cruz acaba de inspirarme una idea que, creo, habrá de ser de provecho para todos. Como habrás podido apreciar, hijo, la existencia que llevamos en este presidio cada día se nos hace más monótona y prosaica. Nuestros pensamientos y hasta nuestros ideales parecen sernos arrebatados de la mente por el viento que azota este lugar. Nos estamos reduciendo sólo a imaginar mezquindades o a encerrarnos en nosotros mismos. Por este camino podemos llegar a odiarnos mutuamente.

—Tiene razón, padre, este presidio semeja ya una inmensa celda en la que fuéramos nuestros propios carceleros. No solamente las diferencias políticas están se-

parando a los amigos, sino que cualquier nimiedad es motivo de disgusto y discusiones.

—Pues bien, he pensado organizar una "academia", a la que asistiríamos algunos días a la semana. Se dictarían breves cursos o simplemente se conversaría sobre cualquier tema que pudiera interesarnos. Juan Egaña, Juan Enrique Rosales y muchos otros podrían aportar sus conocimientos en bien de la comunidad. Sería como abrir una puerta en los invisibles y herméticos muros de este presidio.

—Y nosotros los jóvenes —lo interrumpió, llevado por su entusiasmo, Santiago— podríamos levantar un lugar apropiado para las reuniones.

—Excelente, hijo mío. Esta misma tarde propondremos la iniciativa a los amigos.

* * *

La idea de la futura "academia" circuló rápidamente entre los desterrados y fue acogida con gran entusiasmo.

Al día siguiente se iniciaron los trabajos de construcción. La planta del edificio se trazó hacia el extremo del caserío que se encontraba más cercano al poblado, por estimarse el lugar más protegido de los vientos. Los muros serían de adobes y la cubierta de paja, ya que la arcilla, demasiado terrosa, de la isla no servía para confeccionar tejas. Las existentes en algunos edificios habían sido traídas desde Valparaíso, con gran esfuerzo y dificultades, para evitar su destrucción. El futuro edificio tendría capacidad para albergar cuarenta personas. Conjuntamente con levantar las paredes se iniciaría la confección de banquetas y algunas rústicas mesas.

Al comenzar los trabajos, los desterrados se dieron cuenta de que sus manos habían casi olvidado el coger de

las frágiles plumas de su época de intelectuales y comprobaron que aquéllas ya no se agrietaban con la tierra ni que la piel se les rajaba a cada instante con las astillas. Unicamente persistían la rigidez de la cintura y la flojedad de los brazos para ejecutar trabajos que requerían esfuerzo.

Pese a la lenta obra de mano de los improvisados carpinteros y albañiles, el rústico edificio quedó terminado mucho antes de lo que se habían imaginado.

El día de la inauguración del local asistieron todos los prisioneros, como así mismo el gobernador José Piquero y los oficiales de la guarnición, que fueron especialmente invitados. El recinto se hizo estrecho para contener a la concurrencia. Manuel de Salas, como creador e impulsor de la "academia", habló en aquella oportunidad solemne:

—"Jamás penséis —dijo— haber llegado al cenit de la ciencia. Aspirad siempre a tocarlo. No hay medio alguno despreciable. Muchas noticias se deben al acaso. Cualquiera puede ministrarlas. El inquirir no humilla; el sabio duda; sólo el presuntuoso charlatán se desdeña a reconocer que ignora, y esto es el colmo de la ignorancia. Su más segura indicación es el estancar lo que se sabe. Lejos de vosotros este ruin vicio de los egoístas de cerebro o corazón malsano".

Y luego, entre otros conceptos, agregó:

—"Debemos, de justicia, socorro a los pobres, no sólo de lo superfluo, sino de lo necesario; pero no debemos ni podemos mantener holgazanes que nos insultan y que roban de nuestras manos la limosna debida al pobre, imagen del Redentor".

Cuando terminó la reunión se veían en todos los rostros serenidad y descanso. Momentáneamente los espíritus se habían liberado del monótono y mezquino vivir.

Aquella noche, en las chozas, a la hora de la cena,

la conversación no se redujo como siempre al comentario de los triviales hechos del día, sino que se elevó, a la medida y capacidad de cada cual, al mundo amplio de los conceptos, de las ideas.

Desde aquella oportunidad, la "academia" continuó funcionando dos veces a la semana en reuniones que duraban dos horas. Manuel de Salas, Juan Egaña, los presbíteros Joaquín Larraín e Ignacio Cienfuegos, Francisco de la Lastra y otros más, iniciaron clases sobre diversos temas, que mantenían la atención de la concurrencia. Muchos se interesaron por aprender las nociones del idioma inglés, bajo la dirección del cónsul norteamericano para Santiago, Mateo Arnoldo Hoevel.

La colonia de prisioneros pareció revivir, mirando hacia un nuevo horizonte.

XVII

EL SABOR DE LOS LABIOS

FERNANDO Santa María había dejado de asistir a las reuniones de la "academia". La inquietud lo dominaba y no podía permanecer sentado esas horas, escuchando temas que estaban muy lejos de las preocupaciones que lo embargaban. Lo absorbía un sentimiento, para él hasta entonces desconocido. Todo había comenzado una tarde en que, estando los demás en clase, fuera al poblado a adquirir un poco de azúcar. Recién terminaba de hacer su compra cuando, al pasar frente al edificio del hospital, escuchó que lo llamaban:

—¡Caballero, don Fernando!...

Y se encontró con Carmen.

—¡Oh!, es usted... —apenas ocultó su sorpresa y la emoción que le causaba verla de nuevo.

—Si no fuera porque estamos en esta isla habría pensado que no se encontraba aquí. Lo he estado esperando en mi rancherío.

Lo miraba directamente a los ojos. Sus labios húmedos temblaban ligeramente al hablarle. El mozo se turbó.

—Hemos tenido mucho trabajo con la construcción de un nuevo edificio. Además no podía ir otra vez donde usted...

Dejó la frase en suspenso, sin atreverse a terminar su pensamiento.

—¿Por qué razón no podía ir?

El no respondió y echó a caminar hacia las afueras del poblado, seguido por Carmen. Cuando se encontraron rodeados por los grandes helechos, se decidió a contestar:

—No he ido a causa de ese otro hombre... Atanasio Muñoz —había un no disimulado rencor en sus palabras.

La muchacha se detuvo en su caminar, se colocó frente al joven, lo contempló unos instantes y luego extendió suavemente sus brazos hasta cruzarlos alrededor de su cuello. Se estrechó a su cuerpo. Fernando hundió su boca en los labios que se le ofrecían y sus manos trémulas se apretaron sobre las caderas de la mujer. La besó una y otra vez, hasta que ella dijo:

—Ahora irás a verme, ¿verdad?

—Sí, nada habrá de impedírmelo.

Desde entonces vivía bajo el influjo de un sentimiento que se le reveló de golpe. En paradoja, sólo tenía relación indirecta con Carmen, ya que fue una consecuencia de su breve aventura en el poblado. Virgen de cualquier contacto con mujer, los besos de la muchacha despertaron en él adormecidas reacciones. Sin embargo, éstas no se encaminaron hacia quien las había provocado, sino que tomaron por un sendero trazado desde mucho tiempo y del cual él no se había percatado. Por primera vez se dio cuenta de que a su lado tenía a una mujer: Rosario. Comprendió que no era ya la compañera de los juegos de la infancia, la amiga espiritual de las fiestas campestres y de los saraos. Ni tampoco la jovencita sacrificada que había acompañado a su padre al destierro. Ahora, que había estrechado entre sus brazos el cuerpo de Carmen y gustado el suave calor de sus besos, advirtió las flexibles caderas de Rosario y sus pechos erectos. Sintió, entonces, el deseo de sus labios y el calor de su cuerpo. Al hacer su descubrimiento lo invadió una extrema ale-

gría. Si hasta entonces había querido a Rosario como a una hermana, la pasión venía a convertir sus sentimientos en amor completo.

Entonces pensó en llevar a la realidad esas sensaciones de dicha y en hacerlas perennes. Para ello uniría su destino al de Rosario. Se casaría en la pequeña iglesia de la isla y construirían, con sus propias manos, una rústica pero acogedora cabaña, mientras llegaba la hora de regresar a Santiago.

Cuando arribó a esta conclusión se resolvió a hablar con su padre.

Don José Ramón lo escuchó con concentrada atención.

—No podías darme mejor noticia, hijo mío. La amistad que nos une con la familia Rosales data de muchos años y Rosario es una espléndida niña. Todos estamos muy contentos con tu matrimonio. Sin embargo...

El caballero se interrumpió en sus palabras y su rostro mostró preocupación.

—¿Sin embargo..., padre? —interrogó ansioso el mozo.

—Creo que antes de pedir yo su mano a don Juan Enrique estimo conveniente que hables con Rosario.

Fernando sonrió ahora, despreocupado.

—A ella la conozco lo suficiente como para no abrigar dudas de cuál será su respuesta.

—De todos modos, hijo...

—Lo haré como me lo pide, padre. Mas, desde ahora, comenzaremos a organizar la fiesta para la boda.

José Ramón Santa María quedó observando con preocupación a su hijo, mientras éste se alejaba con andar liviano y feliz.

* * *

Momentos más tarde el joven se dirigía hacia la playa, acompañado de Rosario. El viento invernal soplaba fuerte y frío, deslizándose desde los cerros hacia el mar. Oscuros nubarrones, anunciadores de tempestad, ocultaban la cumbre del Yunque. Las cabras salvajes saltaban sobre los peñascos, en los altos acantilados, buscando los protectores refugios.

—No adivino, Fernando —decía ella—, cuál puede ser el motivo tan poderoso que me anuncias, capaz de justificar el salir en tarde tan destemplada. El aguacero puede descargarse en cualquier momento.

—¡Qué importa el aguacero!... ¡Qué importa el frío ni la tarde destemplada!... —canturreaba el mozo, mientras saltaba y hacía cabriolas, como un niño, delante de Rosario—. Cuando lleguemos frente al mar te diré el secreto.

—Tendrá que ser un secreto hermoso.

—Por supuesto que lo es.

—Cuéntamelo ahora.

—No, frente al mar.

Y reían felices, empujados por el viento que les daba en las espaldas.

Luego, los pies se hundieron en la arena.

—Ya te escucho, Fernando, que no puedo contener la impaciencia.

El la hizo sentar en una roca, a su lado.

—Rosario, quería hablarte aquí frente a las olas para que ellas sean testigo de lo que voy a decirte. Tú sabes, Rosario... —su voz perdió el despreocupado tono de antes y se quebró en contenida emoción—, tú sabes... Yo te quiero, Rosario, te he amado siempre. Casémonos, Rosario... Construiremos nuestra choza y cultivaremos nuestra huerta. Esta isla, que para todos es de desolación, será para nosotros de encanto. ¡Seremos felices, Rosario!

Había hablado atropelladamente. Embriagado en su

mundo de ilusión, no reparó un instante en el rostro demacrado de Rosario. De pronto escuchó frases incomprensibles, que carecían para él de sentido:

—Fernando, perdóname, te lo ruego. Grande ha sido nuestra amistad, pero en mí no alcanzó a fructificar a semejanza de ese amor que tú tan generosamente me brindas... Perdóname, Fernando... Debo decírtelo ahora, porque siempre hemos sido leales: mi corazón no me pertenece.

El joven, tal si no fuera él mismo, preguntó tranquilo:

—¿A quién pertenece tu corazón, Rosario?

Escuchó que ella respondía:

—A Gonzalo Ruiz.

—¿Al teniente peninsular?

—Sí.

—¡Ah!...

Se puso de pie y la ayudó a descender desde la roca en que estaban sentados.

—Regresemos, Rosario.

Caminaron en prolongado y angustioso silencio.

—Habla, Fernando, por favor. Di algo...

—¿Para qué, Rosario? De nada sirven ya las palabras.

Y no dijo más.

Fernando veía las montañas, los bosques, el cielo turbio de nubes. Todo permanecía igual a unos momentos antes. Y, sin embargo, todo era diferente, desconocido. "Mi corazón no me pertenece"... "Gonzalo Ruiz"... "Mi corazón no me pertenece"... La rústica iglesia llena de flores... "Perdóname, Fernando"... Y era Rosario la que caminaba a su lado, tan cerca y tan inmensamente lejana... Allí estaban los bosques y los montes. ¡Qué tremendo dolor había comenzado a oprimirle la cabeza! En las sienes golpeaban mil martillos... ¿Era Rosario la que

ahora hablaba o era el ruido del viento, arrastrando las hojas y encorvando los árboles?

Llegaron al caserío.

—Fernando, no te pongas así. Tienes que comprender...

—Adiós, Rosario.

Echó a andar por cualquier sendero. El viento, descolgándose desde los cerros, se estrellaba contra sus oídos, en voces y gritos destemplados. Se alejó del caserío y erró, vacío de todo pensamiento, hasta sentirse agotado. Sin saberlo se encontró frente a la choza de Antonio. Se sentó sobre una piedra grande. Apretó su cabeza entre las manos, para que no le estallara.

—Su merced está enfermo, venga conmigo.

No se dio cuenta en qué momento había llegado su amigo. Se dejó llevar al interior de la choza y se tendió sobre los pellones que le servían de cama.

—Beba, su merced, esta infusión de resina y déjeme ponerle estos emplastos para quitarle el dolor de cabeza.

Lo dejó hacer y luego permaneció acostado, inmóvil, con los ojos abiertos hacia el techo de paja.

Escuchó el crujir de la choza, estremecida por el viento y el caer de las primeras gotas del aguacero que se avecinaba.

Estaba solo en la choza, Antonio había salido. Entonces se cubrió la cara con las manos temblorosas. Y dejó escapar las lágrimas en convulsionados sollozos.

XVIII

INQUIETUD

EL INVIERNO se descargó implacable sobre la isla. Los senderos se encontraban resbalosos de barro y el fango cubría las calles del caserío. Las chozas desvencijadas por los vientos huracanados, con sus pisos y paredes humedecidos, ya no constituían un refugio para los desterrados. Menos aún al cabo de una tremenda tempestad, sobre la cual Juan Egaña dejó consignado en sus apuntes:

"En una tempestad de cinco o seis días se agolpó tanta copia de nubes, que arrastrados por los arroyos los árboles más corpulentos, formaron un atajo en el seno de la mayor de aquellas quebradas, donde contenidas y depositadas las aguas, rompieron al fin la gran empalizada, e inundaron con formidable estrépito todo el terreno inferior donde existe la población. Yo me hallaba postrado en cama, cuando la grita e impetuosos movimientos de toda la gente me obligaron a hacer un esfuerzo al mismo tiempo que ya sentí que la cama y cuantos muebles contenía la choza, sobrenadaban en más de una vara de agua. En aquel golfo interminable que divisé, creí como otros muchos, que nos sumergía el mar, y aturdido por la agonía, me hallé al fin conducido por mi hijo a un lugar más elevado. Dios, que siempre nos protege visiblemente en este lugar, permitió que dentro de pocas horas concluyese el aguacero, y al tratar de nuestra reparación, nos halla-

mos (los habitantes de la parte inferior) sin muebles, víveres, ni un lugar donde reclinarnos. En mi choza era dificultosísimo el desagüe, porque las ratas la habían excavado hasta más de media vara del nivel exterior del suelo.

"¡Oh, qué espectáculo sería para las madres, hijas y esposas de nuestros compañeros, si les hubiesen visto desnudos en aquel piélago de agua con enormes pesos al hombro que cargaban para salvar lo posible; y después en la tarea de desaguar y refaccionar sus chozas, durmiendo sobre pantanos, hasta que el fuego, el aire y sus cuerpos hicieron evaporarse la humedad! Las consecuencias fueron graves enfermedades y dolores que cada uno toleraba, o aguardaba, con aquella estúpida indolencia en que se reconcentra el sufrimiento, cuando en el extremo del mal se desespera de todo auxilio".

La crudeza del invierno hizo caer en cama a muchos de los prisioneros, atacados por fuertes catarros. Algunos permanecieron en sus derruidas chozas y otros se resignaron a recluirse en el desamparado hospital, junto a los soldados de la guarnición, que padecían diversos males.

Rosario y doña Mercedes tomaron a su cargo el cuidado de los enfermos. La carencia casi absoluta de medicamentos las obligó a recurrir a las naturales medicinas con que contaba la isla: infusiones de palqui para el catarro, de michay para depurar la sangre y parches del árbol de la resina, bueno para los dolores de cabeza.

Los desterrados se sentían abandonados de la mano de Dios.

Sin embargo, un día, los males inmediatos parecieron llegar a su fin. A mediados de agosto se divisaron las velas de un barco. Desafiando el mal tiempo, los que no se encontraban en cama corrieron alborozados hacia la playa. Soplaba fuerte el viento y vieron con aprensión que el velero permanecía al pairo, sin atreverse a entrar a la

bahía. Inmensas olas se estrellaban contra los roqueríos. No obstante, al cabo de algunas horas aminoró el ventarrón y el barco, cautelosamente, fue acercándose hasta enfilar a la seguridad de las aguas tranquilas.

Momentos más tarde un bote fue echado al mar y a los golpes vigorosos de los remeros llegaba a la playa trayendo al capitán y a algunos oficiales de la nave. Se dirigieron al edificio de la gobernación.

Entre los que habían acudido a presenciar la llegada del navío se encontraban Juan Egaña y su hijo Mariano.

—Se me oprime el corazón —comentaba el primero— cada vez que arriba uno de estos barcos. Nunca se sabe qué novedades habrá de traernos. La balanza de la desgracia parece inclinarse para el lado de quien está padeciendo. Tal vez ahora las noticias sólo sirvan para ahondar nuestros sufrimientos.

—Padre, aleje de su mente los malos presagios —lo consoló con paciencia Mariano—. ¿Qué nuevos males podrían ocurrirnos en este alejado presidio? Hemos llegado al fondo de nuestra miseria y esto debe constituir una especie de seguridad.

—Desengáñate, hijo. No olvides que aún quedan las casamatas del Callao, lugar en donde los hombres pierden su calidad humana por el horrible trato que se les da. Osorio puede haber ordenado nuestro traslado a aquel lugar.

—Osorio no es un mal hombre, padre —lo contradijo suavemente Mariano—. Aun, por el contrario, creo que si en su mano hubiera estado, no habría ordenado nuestro destierro a este lugar.

—Así como tú piensan otros, hijo. Sin embargo, la realidad de nuestra desgraciada situación desmiente tales opiniones.

La conversación fue interrumpida por la llegada de los botes que traían a la tripulación. Los grupos que aguar-

daban en la playa se les acercaron, deseosos de conversar con los recién llegados, para inquirir noticias y, aun, obtener tabaco o los pequeños obsequios que les hacían los marinos.

De pronto los ojos de Mariano se fijaron en el rostro de uno de los oficiales.

—¡Padre, allí viene nuestro viejo amigo José Luis Blanco!

Juan Egaña afirmó con nerviosidad sus gafas, tratando de escudriñar más allá de donde alcanzaba su débil vista.

—¡José Luis!... —llamó en un grito Mariano.

El oficial se detuvo y, al descubrirlos, se acercó presuroso y sonriente.

—¡Don Juan..., Mariano! —y en apretados abrazos expresó su emoción.

—¿Has ido a mi casa, José Luis? Mi esposa, mis hijos, ¿cómo están? ¿Han enviado algún recado?

Juan Egaña hablaba atropellada y nerviosamente.

—Todos se encuentran muy bien, señor. Cuando supe que me destinaban a realizar este viaje me apresuré a visitar a su señora esposa. Me ha encargado decirle que esté usted tranquilo y que pronto terminarán sus angustias del destierro. Que las autoridades se muestran propicias al olvido y al perdón. Precisamente...

—Quienes se encuentran aquí prisioneros —lo interrumpió con sequedad Mariano— no quieren olvido ni perdón. Para conocer si son o no culpables de delito exigen ser sometidos a proceso conforme a justicia. Tal proceder debió haberse cumplido antes de remitirlos a este presidio, confundidos con delincuentes comunes.

Hizo esfuerzos para contener su irritación y luego agregó con voz calmada y entristecida:

—Hasta ahora no he podido explicarme, José Luis, cómo habiendo nacido casi juntos, nuestros destinos ha-

yan tomado caminos tan diferentes. Me cuesta convencerme de que tus manos puedan haber disparado contra nuestros soldados...

—Mariano, tú y yo nos sabemos sinceros. Si he abrazado la causa del rey es porque estoy convencido de que es lo más conveniente para el bien de nuestra tierra. Pero no discutamos ahora los principios que impulsan nuestras acciones.

—Tiene razón José Luis —intervino Juan Egaña—. Olvidemos en este instante las divergencias y bástenos con conocer las novedades que nuestro amigo pueda traernos desde Santiago.

—Pues bien —comenzó a informarles, mientras se dirigían al poblado—, circulan allí rumores de que entre los exiliados en la Argentina reina la discordia. Los bandos de Carrera y O'Higgins tratan por todos los medios de prevalecer en el ánimo del gobierno de Buenos Aires para obtener apoyo a sus planes de expedicionar sobre Chile. Se dice que el gobernador de la provincia de Cuyo, el general José de San Martín, ha ofrecido toda su ayuda a O'Higgins.

—¿Y esta noticia, José Luis —interrogó Mariano—, no preocupa al gobierno del brigadier Osorio?

El aludido sonrió.

—No, Mariano, por dos razones principales: una de ellas es que la desunión constituye el principal enemigo contra el que tienen que luchar por ahora los exiliados, y la otra es una razón práctica, real: desde Cádiz ha partido una expedición, rumbo a Buenos Aires, compuesta por cuarenta y cinco transportes conduciendo un poderoso y organizado ejército de diez mil soldados veteranos.

—¡Dios nos ampare! —exclamó Mariano, sin poder contener su impresión.

—Siento ser portador de tales malas noticias para ustedes. Pero si bien ellas les causan pesar, también debo

comunicarles otras que habrán de traerles alivio y contento. La soledad y aflicción en que ustedes se encuentran han servido para unir a vuestros amigos de Santiago. Venciendo mil dificultades han logrado fletar el bergantín "Serafín", que en estos momentos se encuentra al ancla en la bahía. Sus bodegas vienen atiborradas de ropas, alimentos y medicinas. Pero la novedad más importante —continuó diciendo el oficial— se refiere a los pliegos que el capitán de la nave debe de estar mostrando en estos momentos al señor gobernador de la isla. En ellos se consignan los nombres de algunos confinados que serán devueltos de inmediato al continente.

—¿Dices, hijo, que han obtenido su libertad? —preguntó incrédulo Juan Egaña.

—Así es, don Juan. A petición del fiscal interino de la Real Audiencia, don Fernando Lazcano, y a instancias del brigadier Osorio, se abrirán los procesos de los confinados y, por de pronto, se ha dispuesto que algunos regresen ahora, a bordo del "Serafín".

—¡Gracias a Dios! —musitó Juan Egaña, embargado por la emoción.

—Y esto no es todo —continuó el recién llegado, feliz de poder comunicar algunas buenas noticias a sus amigos—, dos comisionados, los señores Luis Urrejola y Manuel Elizalde, han emprendido viaje a España para que, conjuntamente con cumplir otras misiones, soliciten al rey la amnistía general para los prisioneros.

Las últimas palabras dejaron en suspenso a sus amigos. El posible final de sus desgracias y la obtención de la ansiada libertad les parecían ya un sueño inalcanzable. La noticia les resultaba ahora demasiado buena para ser comprendida y aceptada de inmediato como una verdad.

Habían llegado al poblado. El capitán José Luis Blanco se despidió.

—Debo presentarme en el cuartel, para ayudar al alojamiento de la tropa.

—Ven esta tarde a nuestra choza para servirnos algunos mates —lo invitó, sin rencor, Mariano—. Avisaremos a Rosario Rosales, a quien sin duda conociste en Santiago.

—Por supuesto que iré, por el gusto de saludarla y de estar con ustedes. Mucho se ha comentado en la ciudad el generoso y valiente gesto que tuvo de acompañar a su padre al destierro.

A la puerta del cuartel se despidieron con un apretón de manos.

* * *

La noticia de que el barco traía abundante provisión de ropas y alimentos pareció, en los primeros momentos, carecer de importancia para los desterrados. Toda la atención y el interés se concentraron en la aún desconocida orden de indulto. Se supo que eran nueve los favorecidos, pero se ignoraban sus nombres. La incertidumbre hizo que la inquietud fuera apoderándose de los ánimos. Cada cual pensó ser el elegido y, a la vez, el rechazado. Cada uno experimentó el prematuro goce y emoción de la partida, conjuntamente con el desengaño y la tristeza de permanecer en el destierro. El egoísmo o la envidia emergían fluctuantes a cada vaivén del pensamiento. Los prisioneros, al encontrarse los unos con los otros, procuraban no dejar traslucir sus flaquezas y sentimientos.

Por fin, a mediodía, en bando colocado sobre un muro del edificio de la gobernación, se dieron a conocer los nombres de quienes regresarían al continente.

Los ojos de los interesados leían una y otra vez la lista, incrédulos de verse allí anotados o de constatar que la fortuna les había sido adversa una vez más. En silen-

cio repasaban lo allí escrito, que marcaba inexorablemente su destino.

Los agraciados eran: Francisco de la Lastra, Pedro Prado, Isidoro Errázuriz, José Antonio Rojas, Gabriel Valdivieso, Santiago Portales, Francisco Javier Videla, Juan Antonio Ovalle y Martín Calvo Encalada.

Cuando Manuel de Salas fue al hospital a comunicar la buena nueva a su cuñado José Antonio Rojas, lo encontró como siempre postrado sobre un colchón. El anciano sonrió débilmente, sin alcanzar a darse cuenta del significado de la noticia. La debilidad de su mente se había acentuado y vagaba por quizás qué mundos extraños. A las frases de su cuñado respondió con palabras incoherentes. Para colmo de males, ahora sufría de una parálisis que le había inmovilizado el costado izquierdo.

—Tarde parece haber llegado el indulto —comentó apesadumbrado Francisco de la Lastra, que yacía sobre otro colchón, padeciendo de catarro—. Dios habrá de permitir que resista el viaje de regreso. Al respecto, gustoso hubiera cedido mi lugar a cualquiera de nuestros compañeros a quienes esta reclusión les está consumiendo la vida.

—Generosas y ciertas son sus palabras, don Francisco —afirmó pensativo Manuel de Salas—; muchos son los que ya no tienen fuerzas para sufrir sus desgracias. Allí tiene al pobre Juan Egaña; aparte de sus dolencias físicas, su ánimo, de por sí melancólico, se ha deprimido aún más al verificar que su nombre no figura entre los favorecidos por el gobierno. Imagina, ahora, que habrá de morir en este presidio.

—Y quizás —duro es decirlo— no esté demasiado alejado de la realidad futura.

De Salas hizo un gesto para apartar de su mente tan funesta idea.

—Deseo encargarle, don Francisco, el cuidado de mi

cuñado durante la travesía hasta entregarlo, en Valparaíso, a las seguras manos de su esposa, mi hermana Mercedes.

—Descuide, usted, que habré de cuidarlo como a un hermano.

—Dios habrá de recompensarlo, querido amigo.

—¿Se ha fijado ya la fecha en que habrá de partir el bergantín?

—El gobernador Piquero me ha notificado que si no empeora el tiempo y hay vientos propicios, la nave zarpará dentro de dos días.

El demacrado rostro de Francisco de la Lastra se avivó con un destello de incontenible alegría.

—Ahora debo mandar confeccionar una parihuela —dijo al despedirse Manuel de Salas—, para que don José Antonio pueda ser trasladado al barco.

Antes de abandonar el recinto del hospital saludó a los amigos que yacían enfermos, procurando reconfortarlos con palabras de aliento e informándoles de las buenas nuevas que circulaban por el exterior.



XIX

LA FUGA

PARA Fernando Santa María todo cuanto ocurría a su rededor le parecía distante y ajeno. Desde su fracaso sentimental con Rosario vivía en lejanía de espíritu. Sus pensamientos no lograban concentrarse en nada que no fuera relacionado con el recuerdo de aquella tarde aciaga de su desilusión. A su mente acudían mil remembranzas de la niñez, en las cuales emergía siempre Rosario con su hermoso rostro y su cuerpo de ahora, incitante de juventud. El olvido de su imagen, que intentara en los primeros días, resultó vano, ya que a cada paso la divisaba en el caserío. Se fue entonces a los cerros, en excursiones que duraban todo el día, pero allí también comprobó la inutilidad de sus afanes. El fantasma de Rosario aparecía caminando por entre los árboles de los bosques, reflejado en las aguas de las vertientes o deslizándose junto a las nubes. Obsesionado por el recuerdo, solamente en las noches lograba el descanso, bajo un dormir de agotamiento.

Aquel día, en la playa, miraba hacia el mar. El bergantín "Serafín" se mecía suavemente a la distancia. El mundo actual, con su angustia, alcanzaba hasta la línea del horizonte. Más allá se encontraban los puertos, las ciudades, nuevas gentes y quizás... el olvido. La idea fue penetrando en su mente. Sin darse cuenta, casi, sus pensa-

mientos terminaron por aferrarse a la ilusión salvadora: ¡alejarse, partir!... Dejar que los ojos descansaran en nuevos rostros, permitir que los oídos escucharan nuevas voces, expandir los pulmones con aires distintos que aquellos que respiraba Rosario. No tener que fingir conformidad y contento, cuando el alma sólo anhelaba rebelarse y llorar.

Bruscamente, dando las espaldas al mar, se encaminó con pasos decididos al sendero que lo llevaba hacia la choza de Antonio.

Lo encontró cortando un tronco de chonta, a fin de confeccionar bastones que luego vendería entre la población.

—Buenos días, su merced —exclamó alegremente, al ver a Fernando.

—Buenos días, Antonio. Suspende tu trabajo, porque tengo que hablarte.

El muchacho dejó a un lado su machete.

—Antonio, vámonos a Valparaíso, huyamos de la isla.

Los ojos del muchacho lo miraron estupefactos.

—¿Cómo dice, su merced?

—Que nos vayamos, Antonio. El barco parte pasado mañana. Nos esconderemos en una bodega y, luego, en Valparaíso seremos libres.

—Pero..., ¿para qué, su merced? Aquí podemos movernos de un lugar para otro, nada nos hace falta..., estamos bien.

A cada una de sus palabras se encogía de hombros, en expresión de no alcanzar a comprender la proposición de su amigo.

Fernando permanecía callado, sorprendido por la negativa del muchacho. Había creído que su proyecto tendría una resuelta aceptación. Y he aquí que se sentía

solo, abandonado. Entonces dio vueltas las espaldas y emprendió el camino de regreso. A los pocos pasos se detuvo.

—Adiós, Antonio; me iré de todos modos. No cuentes a nadie lo que te he dicho.

Caminó casi a la carrera por el sendero afilado de rocas. Pero recién se alejaba cuando escuchó el golpear seco de los pies desnudos contra el suelo.

—¿Y cómo haremos para embarcarnos, su merced?

Fernando sonreía ahora.

—No te preocupes, será muy fácil. Mañana en la noche los oficiales del barco cenarán con el gobernador. La tripulación permanecerá en tierra hasta la mañana siguiente, en que será la partida. No nos costará nadar hasta el bergantín. Llevaremos algunas provisiones y cuando estemos en alta mar ya no importará que nos descubran.

Antonio lo escuchaba en silencio. Parecía preocupado.

—Qué, ¿no te atreves?

—Sí, me atrevo. Solamente que...

—Di pronto lo que tengas que objetar.

—La señora Mercedes y don José Ramón... son tan buenos, su merced.

El rostro de Fernando se ensombreció. Se detuvo bruscamente en su caminar.

—Quedará Agustín para acompañarlos —dijo con voz apenas perceptible.

—¿Por qué quiere irse su merced?

La pregunta llegó suave y conmovida a los oídos del mozo, tal como si hubiese sido formulada por un hermano. No supo por qué le respondió:

—Rosario no va a casarse conmigo... Y yo no puedo vivir más en esta isla.

Continuaron caminando en silencio, pero con andar

más rápido, como queriendo dejar muy atrás las palabras recién pronunciadas.

* * *

Al amanecer del día subsiguiente José Ramón Santa María fue despertado por ligero pero persistente golpear a la puerta de su choza. Al principio pensó que serían las ratas royendo los tabiques, pero luego comprendió que alguien llamaba.

Echando a un lado las cobijas se levantó de su colchón y abrigándose con la manta que su familia le enviara en el "Serafín" se dirigió a abrir la puerta.

Afuera se encontraba un soldado envuelto en su raído capote.

—¿Don José Ramón Santa María?

—Sí, ¿qué ocurre?

—El señor gobernador manda recado para que vaya inmediatamente a su despacho.

—¿No señaló el motivo?

—No, señor.

—Dígale que demoraré sólo lo necesario en vestirme.

Cerró la puerta y con aprensión fue al recinto que, dividido por un liviano tabique del resto de la choza, servía de dormitorio a sus hijos. Agustín dormía plácidamente, pero sus miradas quedaron prendidas a la cama vacía de Fernando. Con el corazón apretado por los malos presagios, volvió a su habitación.

—Mercedes —llamó, suavemente—, Mercedes...

—Sí, José Ramón...

—No se inquiete, el gobernador me ha mandado llamar —hablaba mientras se vestía apresuradamente—. Es hora intempestiva, pero nada grave puede haber ocurrido...

—Los niños, ¿están aquí?

—Agustín duerme, Fernando ha salido...

La señora se irguió sobre el colchón.

—¿Por qué, José Ramón, a estas horas?

—Luego lo sabremos; no se inquiete y aguarde mi regreso.

—Quedaré rezando, José Ramón.

Con pasos apresurados Santa María se dirigió a la gobernación.

José Piquero lo aguardaba en su despacho. En la habitación se encontraba también el capitán del "Serafín".

—Ruego a usted dispensarme —habló el gobernador— por haberle requerido en hora tan temprana, pero las circunstancias me han obligado a ello. Ha ocurrido un hecho que reviste gravedad por las consecuencias que su mal ejemplo podría acarrear posteriormente. Su hijo Fernando y un muchacho presidiario han intentado escapar de la isla, escondiéndose anoche en el "Serafín". Fueron descubiertos en la madrugada, durante la última ronda, y se encuentran ahora presos en esta gobernación. Si bien su hijo no ha venido en calidad de prisionero a esta isla, debo considerarlo como tal desde el momento en que todos los habitantes tienen que someterse a las disposiciones de esta gobernación. Sin mi autorización nadie puede abandonar este presidio.

José Ramón Santa María sintió que el corazón le latía descompasadamente. Adivinó de inmediato la causa del intento de fuga de su hijo y el nombre de Rosario acudió dolorosamente a su recuerdo.

—Pobre hijo mío —exclamó en tembloroso susurro, dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo.

José Piquero y el capitán lo observaban en silencio, condolidos de su aflicción.

—¿Cuál será el castigo? —preguntó en voz baja Santa María.

—Debieran ser cien azotes, aplicados en presencia de espectadores, frente a este edificio —respondió rápidamente el gobernador—. Mas no deseo, señor Santa María, prolongar su sufrimiento y me apresuro a expresarle que su hijo, como igualmente el muchacho que lo acompaña, ya han sido perdonados por la autoridad que represento. Por sobre el suceso acaecido prima el buen entendimiento con que hemos logrado vivir en esta isla.

—Gracias, señor.

—Debo sí solicitarle un servicio: que lo ocurrido durante esta madrugada sea mantenido en el más estricto secreto a fin de que la bondad de la autoridad no vaya a ser interpretada como signo de flaqueza.

—Así se hará.

—Y ahora vaya usted con Dios, que alguien lo aguarda con impaciencia.

Instantes después, y a través de la ventana, vieron cómo padre e hijo se estrechaban en un fuerte abrazo de comprensión y de consuelo.

XX

HOMBRES DEL RANCHERIO

EL COTIDIANO vivir en el presidio volvió a tomar su ritmo acostumbrado después de la partida del "Serafín". Pero ahora el ambiente de miseria no se mostraba tan patente. Con los recursos traídos por el barco, los confinados cambiaron sus raídas ropas por aquellas mejores que les habían llegado. Los pies ya no se herían con los guijarros que penetraban por las suelas despedazadas. Gracias a los medicamentos recibidos los enfermos fueron recuperando su salud. Además, durante un tiempo, pudieron descansar del monótono alimento de charqui y de frejoles, que constituían las raciones proporcionadas por la autoridad del presidio, y hasta gustaron nuevamente el sabor de algunas frutas traídas desde el continente. La mayoría de los desterrados contaban ahora con pequeños recursos de dinero que sus familiares les habían hecho llegar. Con ellos pudieron adquirir en el poblado aves y huevos frescos y algunos contrataron los servicios de las mujeres de los soldados para que, por algún tiempo, les lavaran y remendaran sus ropas.

El ambiente de prosperidad trascendió rápidamente y llegó hasta el rancherío que administraba "la viuda".

Un anochecer tres individuos conversaban alrededor de una mesa. Habían gastado sus últimas monedas en consumir algunos vasos del escaso y caro aguardiente que

la dueña del negocio se procuraba por secretos medios cada vez que llegaba un barco. A la luz mortecina de las velas los oscuros rostros de los hombres se confundían con las sombras.

—Bien lo están pasando los caballeros —decía uno de ellos—. Ahora el invierno no les hace mella con toda la ropa que les trajo el barco. Y qué vamos a decir de la comida; no hay más que pasar frente a sus ranchos para sentir el apetitoso olor de las aves que preparan.

—Como siempre que andas mirando, sólo te fijas en tonterías —le reprochó duramente uno de los compañeros—. Deja que coman hasta hartarse y cuando bajes otra vez al caserío repara mejor en las cosas que nos interesan. El barco les trajo mucho dinero y eso es lo que tenemos que conseguir.

—Bueno, hombre, pero ¿cómo lo hacemos?

El que había hablado anteriormente bajó la voz y se dirigió al tercer hombre, que, en silencio, bebía a pequeños sorbos su vaso de aguardiente.

—Qué te parece, José, ¿nos echamos una noche sobre el caserío? Podríamos interesar a otros compañeros en el asalto.

El aludido lo observó con mirada torva.

—Tú estás loco, Pedro. Al primer grito se nos viene encima toda la tropa. Además, una acción así no sería yo quien la emprendiera sin consultar antes a Atanasio Muñoz. Mejor será pillar solitos a dos o tres de aquellos señores y apoderarnos tranquilamente de sus monedas. No correremos riesgos y nos haremos de buen oro para comprarle aguardiente a "la viuda".

Sus últimas palabras las pronunció a través de una torcida sonrisa.

—¿Y si nos descubren? —preguntó timorato el primero de los hombres que habían hablado—. Con segu-

ridad que nos ablandan a azotes y nos encierran otra vez en la cárcel.

—¿Para qué nos van a descubrir? Por lo demás, a nadie mataremos. Bastará con que les demos un buen susto a esos melindrosos caballeros para que nos entreguen todo su oro.

—¿Cuándo lo haremos?

—Mañana. Ellos acostumbran pasear por los alrededores del caserío. Nos esconderemos tras unas rocas y en el momento preciso nos echaremos encima. Será más fácil que salir a cazar cabras.

Rieron alegremente.

* * *

Sin embargo, sus propósitos no tuvieron una inmediata realización. Durante dos días el viento huracanado azotó la isla. Nadie se aventuró a salir de sus chozas.

Fue a la semana siguiente que se les presentó la ocasión propicia para la ejecución de sus planes. Habían esperado toda la tarde sobre unas rocas cuando, por un sendero, vieron aparecer a cuatro paseantes.

—Tú y Pedro asaltan a esos tres que van adelante. Yo me encargo del más joven.

Se amarraron unos sucios pañuelos a las caras, para no ser reconocidos. En sus manos sostenían firmes garrotes.

Cuando los confiados y desprevenidos paseantes estuvieron a su lado se echaron sobre ellos. Las víctimas no alcanzaron a darse cuenta de lo que ocurría. Solamente sintieron venírseles encima los pesados cuerpos.

Exclamaciones. Gritos. Y una desesperada defensa. Los tres que iban delante cayeron pronto semiinconscientes. Las manos de los asaltantes, convertidas en garras,

buscaron ávidas dentro de los bolsillos. Al contacto de las monedas se cerraron temblorosas de codicia. Pero el cuarto hombre, joven y vigoroso, sabía defenderse. Su brazo derecho ya se cerraba implacable sobre el cuello de su asaltante cuando los otros dos forajidos acudieron en ayuda del jefe. Un fuerte golpe dado en la cabeza de la víctima lo obligó a soltar la presa. Otro golpe lo hizo caer al suelo. Nuevamente las manos rasguñaron, ávidas, los bolsillos.

—¡Ya, vamos! —ordenó José, respirando con dificultad, mientras se tentaba el cuello dolorido.

—¿Les quitamos las ropas?

—Tú quieres que nos descubran, imbécil, ¡vamos!... Y a empellones los apartó de los cuerpos que, gimiendo, empezaban a volver en sí.

* * *

El asalto produjo conmoción en el caserío. Las víctimas eran: Agustín Errázuriz, Juan José Echeverría, Isidoro Errázuriz y el teniente coronel Manuel Blanco Encalada. Este último, a pesar de los golpes recibidos en la cabeza, había logrado arrastrarse hasta la choza más cercana en busca de auxilio.

Apresuradamente fueron llevados al hospital, en donde un nuevo médico, llegado en el "Serafín", pudo constatar que las heridas recibidas por las víctimas no eran de gravedad.

—Al cabo de dos o tres días se recuperarán —anunció a los grupos que, nerviosos, esperaban sus noticias en el patio—. Ahora lo único que necesitan es reposo y tranquilidad.

El gobernador José Piquero, avisado por uno de los soldados, llegó a los pocos instantes. Su rostro mostraba

honda preocupación. Con palabras mesuradas procuró calmar los exaltados ánimos.

—Puedo asegurarles —terminó diciendo— que hecho tan desgraciado como el que hoy se ha producido no volverá a repetirse. Hombres de la tropa serán apostados en los senderos, para seguridad de todos ustedes. Varias patrullas han sido ya despachadas para encontrar a los culpables. Les ruego mantener la calma.

Serenados en parte por las expresiones del gobernador, se resolvieron a volver a sus chozas, mientras comentaban vivamente el triste suceso.

* * *

A pesar de la intensa búsqueda ordenada por el gobernador, los hechores no fueron encontrados. Los golpes propinados a los presidiarios que fueron cogidos al día siguiente no lograron arrancarles una delación que condujera a la detención de los asaltantes.

Al cabo de dos semanas el suceso tuvo que ser olvidado por las autoridades, pero no por los desterrados, para quienes las invisibles paredes del presidio parecieron cercar, aun más, el recinto de su reclusión. Por los senderos próximos al caserío sólo se veían, ahora, las siluetas de los centinelas y las de algunos paseantes desaprensivos.

* * *

La clientela del rancherío de "la viuda" se vio bastante disminuida después del asalto. Los habituales parroquianos, soldados y presidiarios que gozaban de libertad en la isla, prefirieron no transitar hacia el lugar, bajo la mirada inquisidora de los centinelas apostados en los senderos. Por tal motivo, cuando Fernando Santa María se

decidió a visitar a Carmen encontró solamente a cuatro individuos que, sentados a una mesa, comían con voracidad.

Cansado por la rápida caminata que había realizado, se dejó caer sobre un banco y golpeó con las manos sobre la mesa.

—Aguardiente —pidió con voz exageradamente fuerte cuando se aproximó una muchacha.

Los hombres que se encontraban cerca se dieron vuelta para mirarlo.

Al poco rato regresó la mujer con un pequeño vaso colmado.

El se lo bebió de un sorbo y un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—Trae otro vaso —ordenó perentorio.

Ante el gesto indeciso de la muchacha introdujo la mano en uno de sus bolsillos y sacó dos monedas de oro. Al sonar tintineante sobre la mesa, los hombres giraron nuevamente sus rostros. Pero ahora uno de ellos se dirigió directamente al mozo:

—¡Caramba, su merced!, con ese oro encima y con los senderos que se han vuelto peligrosos es como andar tentando al demonio...

Fernando no logró distinguir si las palabras eran dichas con el propósito de iniciar una disputa o simplemente como pretexto para hacerse convidar un trago. Volvió a experimentar la sensación que, desde días atrás, lo perseguía, de arremeter contra algo o alguien y descargar así su tremenda y confusa ira, más fuerte a veces que la tristeza de su espíritu. Sin embargo logró dominarse.

—Mal haría el demonio en tentarse, amigo —respondió entre provocativo y socarrón—; mis monedas tienen un filo peligroso de tocar... Vea usted —y mientras con la mano izquierda mostraba otras dos monedas, con la

derecha sostenía la empuñadura de una navaja que había abierto su afilada hoja a la presión de los dedos.

Los hombres cruzaron rápidas miradas entre sí.

—Linda cuchilla —comentó con exagerado tono amistoso uno de ellos.

—Un peninsular me la trajo de su país. Nunca me separo de ella, es un recuerdo que aprecio mucho...

No supo por qué comenzó a reír suavemente. Los hombres lo imitaron. Llamó otra vez a la muchacha que le servía.

—Trae aguardiente para todos, yo convido.

En aquel momento entró "la viuda", saludando a los asistentes. Al reparar en Fernando disimuló la sorpresa que le causaba el encuentro. Fue a sentarse a su mesa.

—Creí que habías olvidado el sendero que trae a este lugar.

—Los senderos pueden olvidarse, pero las personas no. Por eso estoy aquí.

Brillaron los ojos de la muchacha.

—Veo que has estado bebiendo.

—Sí, convidé también a aquellos amigos.

—Más vale que así haya sido; como enemigos son peligrosos.

Fernando se encogió de hombros, para terminar aquella conversación que no le interesaba.

—He venido a verte, Carmen, para estar contigo —procuró que sus palabras tuvieran suficiente aplomo, tal si fuera un hombre experimentado. Sentía que el aguardiente le hervía en la garganta.

—Vamos a mi choza —dijo sencillamente la muchacha.

Más tarde, oscurecido ya, Fernando descansaba en el lecho, tendido de espaldas, junto a Carmen. Escuchaba el ruido de los árboles movidos por el viento, las distantes voces de los hombres y las risas de las mujeres. Alguien,

acompañándose de guitarra, entonaba una canción. Suavemente se fue quedando dormido.

* * *

Después de aquella noche, las visitas del mozo se reanudaron.

Hasta que una tarde se encontró con Atanasio Muñoz.

Venía Fernando riendo alegremente con Carmen, luego de haber pasado largo rato juntos en la choza, y entraron al recinto en donde se servían las comidas. Al verlos aparecer, Atanasio Muñoz no se movió de su lugar. Otros hombres se encontraban sentados a las mesas. Sólo cuando la pareja hubo tomado asiento se puso lentamente de pie y se dirigió hacia ellos.

—Buenas tardes, Carmen, ¿puede un viejo amigo sentarse a tu mesa? —dijo en tono burlón, ignorando la presencia de Fernando.

—Por supuesto, Atanasio, los amigos son siempre bien recibidos.

—Así me lo han contado últimamente...

—¿Quieres beber?

El hombre la quedó mirando de fijo unos instantes y luego apoyó pesadamente su mano derecha sobre uno de los hombros de la mujer.

—No, gracias. Quiero otra cosa —y en seguida, con voz contenida y ronca, pero que alcanzó a llegar a los demás concurrentes—: ¡Quiero acostarme contigo ahora!, ¿me entiendes?...

Se produjo un expectante silencio en el recinto.

Fernando aferró sus manos al borde de la mesa.

—Bueno está que lo sepas, Atanasio Muñoz —contestó airadamente y en el mismo tono alto la mujer, al mismo tiempo que con brusco movimiento se liberaba de

la mano que la oprimía—: nadie se acuesta conmigo cuando no tengo ganas de hacerlo, ni tampoco nadie me manda. Bien lo sabes tú y cuantos ahora me oyen. Además, ¡ya no soy tu mujer!

La última frase apenas alcanzó a pronunciarla cuando una bofetada del hombre casi la tumbó en el suelo.

Fernando se irguió, botando la silla, y, a través de la mesa, estiró el brazo descargando su puño en el rostro del hombre. Atanasio Muñoz alcanzó tardíamente a cogerle el brazo y ambos rodaron por el suelo en enconada lucha.

Los espectadores se levantaron de sus asientos, mientras las mujeres gritaban.

De pronto Atanasio Muñoz se puso de pie. En su mano blandía un puñal.

—¡Cuidado, su merced! —gritó, en alerta, Antonio.

Fernando, levantándose a su vez, había abierto, rápido, su navaja. Los dos hombres permanecieron unos segundos en acecho, mirándose temblorosos.

"La viuda" gritó entonces:

—¡Pedro! ¡Diego!...

Dos figuras saltaron repentina y simultáneamente sobre los contendores. Con golpe seco y hábil, propinados en los respectivos brazos, hicieron saltar los puñales desde las manos. Luego sujetaron con fuerza a los dos hombres que se debatían, tratando de zafarse.

—¡Basta ya! —les gritó la mujer—. Aquí no admito peleas. Vamos, suéltenlos —les ordenó a sus sirvientes de confianza—. Y sírvannos a todos un trago de aguardiente para olvidar esta historia.

Los asistentes volvieron a sus mesas, comentando el suceso y muy contentos de la generosidad de "la viuda".

Atanasio Muñoz fue a reunirse con los demás, hosco y sombrío, negándose a beber.

Fernando, con el dorso de la mano, trataba de limpiarse la sangre que manaba de uno de sus pómulos.

—Ya puedes estar tranquilo, hijo —le decía alegremente y a media voz "la viuda", sentados de nuevo a la mesa—. Conozco a Atanasio y sé que no es un cobarde, pero nunca más volverá a molestarte ni tampoco te tenderá una celada. Olvidará lo de esta tarde y mañana sencillamente se buscará otra mujer. No es hombre que ande complicándose la vida.

Fernando escuchaba apenas sus palabras. Mientras bebía a sorbos su vaso de aguardiente sentía que lo invadía una gran tranquilidad. Como si toda aquella ira contenida desde tanto tiempo se hubiera despedazado con los golpes de la lucha reciente y fuera disolviéndose en un suave e inmenso descanso interior. Se vio a sí mismo desconocido, extraño en aquel ambiente. Miró sus manos, aún temblorosas, manchadas con su propia sangre. Recordó a Rosario. Y con extrañeza, y casi desolación, se dio cuenta de que necesitaba hacer un esfuerzo para traer a su mente la imagen de aquella Rosario que tanto lo atormentara. Solamente pudo evocarla como a la niña de la infancia, de otros tiempos muy lejanos.

—Fernando, ¿te sientes bien?

—Sí, Carmen, es sólo un poco de cansancio. Ahora debo irme.

—¿Vendrás mañana?

Cuando salió, la tarde comenzaba a declinar. Acompañado de Antonio, echó a andar en silencio por el sendero que llevaba al caserío.

XXI

AL CABO DE UN AÑO

LA LLEGADA de la primavera había hecho florecer una espontánea alegría en los corazones. Aunque las lluvias se sucedían en forma intermitente, el clima más templado y la claridad prolongada de los días permitían a los confinados realizar cortos paseos por los alrededores del caserío. El peligro de asalto de los presidiarios comunes, que vivían dispersos por la isla, aparecía casi olvidado ante el alivio que significaba poder abandonar las humedecidas chozas y calentar los cuerpos a los rayos del sol.

La vegetación de la isla brotaba pujante por todos los lugares y sus exuberantes y variados verdores producían fuerte contraste con el gris opaco y denso de los peñascos.

El canto incesante de los zorzales se mezclaba al agudo silbar de los picaflores, siempre huyendo éstos de sus voraces enemigos los cernícalos.

El agua de las cascadas, bañada cien veces por los aguaceros del invierno, corría cristalina por los surcos de las hondas quebradas.

* * *

—Ahora que el tiempo ha mejorado —decía una

mañana Pedro Nolasco Valdés a Manuel de Salas— debieran reanudarse esas agradables e instructivas reuniones de la "academia". No permita usted que nuestros pensamientos caigan otra vez en el negro pozo de las cavilaciones inútiles o en la mezquindad de este rutinario e infeliz existir. Así lo comentábamos ayer con los amigos, a la hora del paseo.

—Nada más grato para mí, don Pedro Nolasco, que escuchar estas palabras. Sin embargo, pecando quizás de sincero, debo decirle que abrigaba temores sobre el interés que tendrían ustedes en reanudar esas sesiones. Mas, si existe esa buena disposición que me señala, mañana mismo podríamos comenzar. Egaña, Hoevel y los demás que han tomado parte activa en las clases se encuentran prontos a reiniciarlas.

—Verá usted que los alumnos no habrán de faltar —comentó alegremente Pedro Nolasco—. Mientras tanto iré a asear el recinto de nuestra "academia", que seguramente se encuentra convertido en guarida de ratones.

Desde el día siguiente la concurrencia fue más numerosa de lo que podía preverse. Todos parecían ansiosos de ocupar sus mentes con otros pensamientos que los cotidianos. Querían huir del ambiente inmediato, escapar de sí mismos. Los cálidos días les habían traído nostalgias de sus campos y de sus acogedoras casonas en la ciudad. El recuerdo de sus familias y amigos los agobiaba.

Para sorpresa de todos, al segundo día vieron entrar la figura de quien siempre había permanecido ausente de aquellas reuniones: Ignacio de la Carrera. A pesar del día caluroso traía puesta sobre sus hombros la manta que manos amigas le enviaran en el "Serafín". Los años no habían logrado curvar sus espaldas, pero los padecimientos soportados silenciosamente en el presidio se marcaban en las profundas arrugas de su rostro y sobre todo en la tristeza infinita de sus ojos.

Manuel de Salas se apresuró a recibirlo y le cedió su lugar, en la primera fila de los asientos.

Nunca como entonces estuvieron más unidos los prisioneros. Las diferencias políticas parecieron pertenecer a un mundo lejano y perdido.

* * *

Manuel de Salas escribió en sus apuntes:

"21 de noviembre de 1815. El 21 del presente se cumple un año de nuestro arribo a esta isla; y es una obligación de religión y de justicia consagrar este día para rendir gracias a Dios por los beneficios que aquí nos ha dispensado. Juan Fernández, conforme a la intención del jefe que nos hizo venir, y a las circunstancias del mísero lugar y de nuestras personas, debía de acabar con nuestra existencia, si la Providencia de Dios, siempre bienhechora, no nos hubiera sostenido por medios que casi parecen exceder a lo que naturalmente podía esperarse".

Una misa cantada por el presbítero Ignacio Cienfuegos marcó el recogimiento de aquel día e hizo que los prisioneros no se sintieran tan sumidos en la desgracia al comprender que, por sobre todos sus infortunios, aún conservaban el don inapreciable de la vida.

Al salir de la iglesia, Rosario Rosales se apartó del grupo en que su padre charlaba con otros amigos y fue a encontrar a Fernando Santa María, que pasaba a su lado solitario.

—Fernando, conversemos un momento, mientras vamos al caserío —la voz le temblaba ligeramente—. Mucho tiempo hace que no charlamos.

—Así es, Rosario; el tiempo en este lugar tiene un lento transcurrir. Más aún cuando los pesares, como a

todos nos ocurre, agobian el espíritu —sus palabras eran tranquilas, sin asomo de rencor o velado reproche.

—Parece increíble que hoy se cumpla un año que estamos en esta isla. Al llegar imaginé que solamente por dos o tres meses permaneceríamos aquí. Y sin embargo. . . —la joven quedó en silencio, ausentes sus verdaderos sentimientos de las palabras que pronunciaba. Estas traslucían nerviosidad y angustia. Sus manos apretaban inquietas un pequeño pañuelo.

El mozo, reparando en su estado, pronunció, sin proponérselo, la misma frase que dijera innumerables veces cuando Rosario llegaba dolida hasta él, en los lejanos días de la niñez.

—Cuéntame lo que te ocurre y verás como luego te sientes mejor.

Transcurrió un rato antes de que se resolviera a hacerlo.

—Fernando, una vez hube de decirte que mi corazón no me pertenecía, que amaba a otro que no eras tú..., que no podía casarme contigo. . ., ¿recuerdas?

El sonrió con tristeza.

—Con el teniente Gonzalo Ruiz —continuó la joven— hemos conversado muchas tardes a la puerta de nuestra choza. He podido apreciar las bellas prendas de su carácter y sinceros lazos de amistad nos han unido. Yo creía amarlo. Sin embargo. . . Diez días hace que me pidió que nos casáramos. Y no pude responderle afirmativamente. Fernando, he comprendido que no puedo casarme aún, que algo más debo hacer en mi vida antes de formar un nuevo hogar.

—¿Estar al lado de tu padre, quizás? —no pudo menos que interrumpirla.

—Tal vez sea ésa la razón. Nunca antes lo había pensado. Es posible que al ver a mi padre enfermo y an-

ciano en este desamparado lugar, mi corazón se cierre a todo cuanto no sea acompañarlo y cuidarlo.

Continuaron caminando en silencio.

—No te preocupes, Rosario; el noble sentimiento que te impulsa no puede ser calificado sino con palabras de alabanzas. Ni yo, que he sufrido mucho por tu causa, podría reprocharte. Y, precisamente, como consecuencia de aquel padecer es que ahora puedo hablarte con serenidad. La tranquilidad debe llegar también a tu espíritu. Cuida a tu padre en este duro trance de su vida y aguarda con confianza lo que habrá de depararte el futuro.

Ella escuchaba atenta cada una de sus palabras.

—Tú no has cambiado, Fernando, y cuánto bien me haces. No puedo perdonarme el haberte hecho sufrir.

—Tú no lo sabes, pero he cambiado. El sufrimiento me ha hecho más hombre, y por ello debo estarte agradecido. Ahora no te afanes, que todo lo que ocurre es para bien.

Cuando se despidieron, Fernando sintió que, poco a poco, lo invadía un gran contento. Como si hubiera estado dentro de una pieza oscura y se entreabriera una ventana, por donde fuera penetrando una suave claridad. Si el corazón de Rosario no tenía dueño, aún podía abrigar esperanzas. Todo estribaba en saber aguardar. Ya no sentía por ella aquel deseo físico que lo enardeciera. Comprendía que su amor era ahora más profundo.

Sin darse cuenta, se encontró silbando alegremente, mientras con pasos ágiles sorteaba las piedras del sendero

* * *

A fines de diciembre los habitantes del presidio vieron aproximarse a la bahía la ya familiar silueta de la corbeta "Sebastiana". Los desterrados se aglomeraron en

la playa en anhelante deseo de conocer, como siempre, las novedades que traería. Pero ahora más que nunca la nerviosidad se acentuaba con la esperanza de que un nuevo indulto viniera a favorecer a otros confinados. Cumplidas las formalidades de rigor y una vez que descendieron los oficiales, observaron con asombro que los dos siguientes botes venían cargados, no de marineros, sino de mujeres.

Juan Egaña, que contemplaba la escena desde la playa, anotaría más tarde:

"Creo que por influencia de los Morgado y San Bruno, fueron repentinamente sorprendidas gran multitud de mujeres que, a discreción de los soldados, se suponían de vida desarreglada, y conducidas sin auxilio, ni darles tiempo de prevenirse, a este presidio; de suerte que a su desembarco nos horrorizaban su palidez, angustia, hambre y desnudez: considerar que las enfermas venían a un punto donde el mal venéreo hace los más rápidos progresos, faltando aquí todos los auxilios, y observar que las tomaban en clase de criadas otras mujeres aún mucho más infames y despreciables, cuales son las que vinieron antes a este presidio siguiendo a la tropa, y que eran la hez de las fronteras de los bárbaros".

Pero el rudo cargamento que esta vez traía la nave había de completarse con el desembarco de varios criminales que, habiendo sido condenados en Santiago "a la pena ordinaria de muerte de horca", sus sentencias habían obtenido la gracia de ser revocadas a la pena de "doscientos azotes, los ciento en el rollo y los restantes en las cuatro esquinas de la plaza mayor y a diez años de destierro en la isla de Juan Fernández, a servir en las obras públicas, a ración y sin sueldos".

Pero si tales novedades ensombrecían los ánimos de

los desterrados, otras dos noticias, de que era portador el capitán del barco, los llenaron de contento.

Por fin, al cabo de catorce meses de haber sido tomados prisioneros y de haber enviado a las autoridades de Santiago numerosos memoriales, se ordenaba entablar sus causas conforme a las formalidades de justicia. Para tal objeto el gobernador José Piquero tomaría las respectivas declaraciones, que luego serían enviadas al Tribunal en Santiago.

La segunda noticia produjo alborozo a la vez que deprimió los espíritus de quienes no fueron favorecidos por la fortuna. A mediodía, en bando fijado a la puerta de la gobernación, se daban a conocer los nombres de los confinados que regresarían al continente en la "Sebastiana". Eran trece nombres que, al pronunciarlos, quemaban de envidia los labios de quienes deberían permanecer en el presidio.

Dos días más tarde el barco se aprontaba a su regreso. Cuando las velas comenzaron a ser henchidas por el viento, los que quedaban en la playa vieron agitarse, como aletear de gaviotas, los pañuelos de los compañeros que partían.

—Verás cuán pronto, hija mía —decía Juan Enrique Rosales—, también nosotros abandonaremos esta isla. Quizás dentro de dos o tres semanas llegará la orden del brigadier Osorio por la cual seremos restituidos a nuestros hogares. Entonces agitaremos nuestros pañuelos, diciendo adiós a este lugar de padecimientos.

Rosario permanecía muda, con la mirada prendida a las velas que se alejaban. Juntó sus manos temblorosas.

—Padre —exclamó de pronto, con voz extraña—, pasará mucho tiempo antes de que el barco regrese. Su-

cederán aquí muchas cosas... ¡Padre, aún nos queda tanto por sufrir!

Y, sin reparar en los amigos que estaban a su lado, como despertando de un mal sueño, la joven ocultó su rostro entre las manos, estremecida por los sollozos.

XXII

EL CIELO ENCENDIDO

AQUELLA mañana del 5 de enero, manchones de nubes blancas quebraban el azul intenso del cielo. Los transparentes copos viajaban hacia el poniente movidos por un viento suave y constante. Era una mañana tranquila, agradable, que proporcionaba paz a los espíritus.

El coronel Luis de la Cruz había terminado de preparar lo necesario para la comida del mediodía y aguardaba que su compañero y amigo de vivienda, Pedro Nolasco Valdés, diera término, a su vez, a la labor que aquella semana le correspondía efectuar en la huerta. El metódico coronel había ordenado su vida en comunidad de tal manera que aquel trabajo cotidiano, para la mayoría ineficaz y monótono, les resultaba a ellos provechoso y atractivo.

Don Pedro Nolasco no se hizo esperar mucho rato y apareció secándose las manos en un trozo de tela, mientras sostenía un libro bajo uno de sus brazos.

—Linda y fresca está la mañana, don Luis, para dar un paseo por la playa y leer un rato antes de comer.

—Ojalá que el apetito esté a la altura de su entusiasmo, don Pedro Nolasco —respondió alegremente el aludido—, porque bien conoce usted mis escasas dotes de cocinero.

—Que en todo caso son mejores que las mías —concluyó la frase su amigo—. Usted ha tenido la desdicha de comprobarlo cada vez que me ha correspondido el turno en la cocina.

—Pero, en verdad, no podemos quejarnos; creo que nuestra "casa" es la mejor organizada en este presidio. Además su construcción ha soportado en buenas condiciones los más fuertes vientos y aguaceros; su amoblado, si no recuerda al de un salón santiaguino, ofrece por lo menos cómodo descanso al visitante y la huerta nos ha surtido de abundantes verduras y frutas para nuestra sencilla mesa.

Mientras hablaba, el coronel había afectado un caminar presuntuoso y su voz adquirido la ampulosa tonalidad de un personaje en plena tertulia palaciega.

Ambos amigos se echaron a reír alegremente.

—¡Ay, don Luis!, nunca me cansaré de agradecer la fortuna que he tenido de poder compartir su "casa" y las deferencias que usted ha tenido para conmigo. Durante estos meses muchas veces he pensado que si no fuera por mis seis pequeños hijos, no vacilaría en quedarme en esta isla —y luego agregó con sonrisa triste—: ¡Qué diría la pobre Leontina si viviera y me viera en este trance!

—Su esposa, don Pedro Nolasco, no podrá menos que alabar su entereza al observarlo desde el reino de Dios.

Los dos quedaron en silencio, mientras bajaban por un sendero hacia la playa.

El viento suave hasta ese momento, comenzó a soplar más fuerte, y los paseantes, luego de caminar un rato por la blanda arena, tuvieron que refugiarse tras unas rocas para leer un rato.

Eran las once de la mañana.

De pronto Pedro Nolasco Valdés levantó la vista de

las páginas de su libro. Su mirada se elevó hasta la despejada cumbre del Yunque y fue descendiendo por sus abruptas laderas. Luego se deslizó por las faldas de los cerros hasta llegar a la explanada en donde se encontraban emplazadas las construcciones del poblado. Allí la mirada se detuvo. Los ojos, con esfuerzo, redujeron la amplitud de su visión para concentrarse en un punto. El ceño se marcó en la frente, en intento por acortar la distancia. Entonces pudo ver. Y lanzó un grito:

—¡Incendio!... ¡Incendio!...

Su compañero cerró bruscamente el libro. Su mirada siguió la dirección que le señalaba la temblorosa mano del amigo.

Una espesa y oscura nube de humo, enrojecida por el resplandor de las llamas, se elevaba desde un extremo del caserío.

—¡Corramos, don Luis!

Los libros quedaron olvidados sobre la arena. Los amigos se lanzaron a subir por otro sendero más directo, pero elevado y abrupto. Los pies resbalaban una y otra vez y las manos se herían por afirmarse en las rocas.

Llegados a la explanada continuaron corriendo hasta enfrentarse al incendio, y entonces pudieron apreciar su magnitud. En medio de una vorágine de llamas se consumían las casas del capellán, del comandante de la tropa y el edificio en que se encerraba a los criminales más peligrosos. Se escuchaban los gritos de espanto de estos últimos y sus imploraciones para ser socorridos. Un oficial al mando de varios soldados trataba de echar abajo la puerta de la prisión con un pesado tronco que les servía de ariete. Las llaves se habían perdido en la sala de guardia, abrasada por el fuego. Otros oficiales daban órdenes a la tropa para que, desde las acequias

cercanas, acarrearan agua en cuantos utensilios pudieran encontrar.

Desde el caserío llegaban corriendo los confinados. Sus ojos, agrandados por el pavor, vieron que comenzaba a ocurrir lo irremediable: el viento, que desde momentos antes soplaba con intensidad, cogía la paja ardiendo desde los techos y la iba a depositar sobre la cubierta del hospital. La paja reseca prendió casi en explosión. En breves instantes las llamas cubrían enteramente el edificio. Los diez o doce enfermos que había en su interior alcanzaron a ser retirados por los confinados, que se pusieron a las órdenes del gobernador Piquero. Los tabiques interiores de quincha comenzaron a ser devorados por el fuego.

Entonces, un grito de angustia se sumó al crepitar de las llamas.

—¡La "casa", don Luis, nuestra "casa" está ardiendo!...

Anonadado por el espanto, Pedro Nolasco Valdés miraba cómo el viento, con increíble impulso, arrastraba las pajas encendidas casi hasta el extremo opuesto del caserío, para depositarlas sobre el techo de la choza, sobre el gallinero, sobre el cerco, sobre la huerta. Una inmensa hoguera reemplazó al que fuera lugar de tantos desvelos como también de tantas satisfacciones.

Don Pedro Nolasco tenía los ojos desorbitados y todo su cuerpo temblaba como atacado por calenturas. El fuego, el humo denso, el caer de los tabiques, las voces de mando, los gritos de angustia, las carreras desaforadas, todo penetró en torbellinos por sus ojos, por sus oídos. Le llegó hasta el pecho en ansias de expandirse, de liberarse. Y allí estalló. El cuerpo, incapaz de resistir, rodó por el suelo. Cuando acudieron a auxiliarlo, lo encontraron muerto.

Pero los demás no pudieron concentrarse en el tremendo dolor que les causaba tal desgracia. El fuego, agitado por el viento, se había adueñado del cielo. Las voces anunciaron ahora que ardía el edificio en donde funcionaba la "academia". En breves momentos sólo quedaban los muros ennegrecidos.

Aquí y allá estallaban nuevos incendios y las chozas desaparecían tragadas por las llamas.

—¡El polvorín, el polvorín!... —se escucharon nuevos gritos de espanto.

El gobernador Piquero impartió órdenes para que los esfuerzos se concentraran en evitar la catástrofe. Los muros y el techo de paja del recinto recibieron el agua que, con grandes esfuerzos, acarreaba la tropa, al mismo tiempo que se trataba de aislar el edificio, demoliendo las chozas adyacentes.

Algunos árboles comenzaron a arder, temiéndose que el incendio se propagara a los bosques inmediatos.

—¡Misericordia!... ¡Misericordia!...

Y los habitantes, viendo ya explotar el polvorín y arder toda la isla, cayeron de rodillas implorando la gracia de Dios.

Repentinamente el viento amainó, hasta desaparecer. Entonces los edificios y las chozas incendiadas fueron antorchas que se consumieron en sus propias llamas, en medio de negras nubes de humo.

* * *

Días más tarde el gobernador José Piquero redactó un informe al brigadier Osorio, para la oportunidad en que algún barco atracara a la isla y pudiera llevar a Santiago noticias de la tragedia:

"En los 10 meses a que estoy encargado de este go-

bierno, ha principiado por tres ocasiones a incendiarse su población. En dos de ellas se ha atajado con sólo la ruina de tal cual habitación. El último se inició el 5 del corriente, como a las 11 del día, por el cañón en que vivían el Comandante de la tropa de Concepción, el Padre Capellán y algunos detenidos. Empezó con tal violencia y rapidez, que los interesados perdieron casi todo cuanto allí tenían. Se agravó la pérdida y fue el más íntimo dolor el triste espectáculo de ver caer muerto, sin auxilio espiritual y temporal, a don Pedro Nolasco Valdés, como a distancia de veinte varas del fuego, sin que se advirtiese otra causa de tan sensible desgracia que el natural susto del estrago que amenazaba: dicha habitación dista como doce varas de la iglesia, a que sigue el almacén público y casa que ocupo, de aquella hasta el muelle, sucesivamente las demás, dominadas todas por ella, en que estaba el origen del fuego: se avivó éste y fomentó en su grado, con el impetuoso viento que soplaba desde dicha casa incendiada hacia las demás comprendidas hasta la playa o citado muelle, llevando consigo tanta chispa y paja encendida, que en muy breve tiempo se vio el fuego por todas partes y principalmente en los ranchos que seguían para abajo, y en el edificio del Hospital, que se quemó al todo, con sus aperos y utensilios excepto un corto rezago, con tres ranchos que tenían al frente calle de por medio y otros que como a distancia de media cuadra seguían a la parte de abajo.

"Hice con toda la tropa y demás gente a mi mando todo cuanto estuvo a mis alcances para cortar el fuego; pero, atendidas las circunstancias, debo confesar que el que hubiese terminado y no incendiándose toda la Isla, fue obra superior y no de mi celo y disposición.

"El fuego, como he dicho, principió en la casa superior y dominante, y el viento que lo agitaba se dirigía a

las inferiores dominadas con tanto ímpetu y violencia, que parece empeñado en la obra; la iglesia y más principales edificios estaban, como también dije, mucho más inmediatos a la casa incendiada que los que padecieron igual estrago, por lo mismo que no librasen éstos y sí aquellos cuya pérdida hubiera redoblado nuestros males y padecimientos y acaso causado en el todo nuestra infelicidad y ruina, es preciso se crea fue providencia supernatural y extraordinaria".

* * *

Pero los sucesos no terminaron aquel 5 de enero.

"Al otro día del incendio expiró otro sacerdote, y su muerte fue efecto sin duda del terror de aquella catástrofe, y de una triste casualidad que sobrevino. Días antes había estado moribundo este infeliz, sin otro mal de gravedad conocida que la debilidad ocasionada del hambre y extrema carencia de todo en una situación ya maltratada. Aplicada la extremaunción y auxiliándole el sacerdote en los que parecían últimos momentos, convinimos los compañeros en que, si alcanzaba al otro día, cada uno (incluso el Gobernador) consagraría un día a servirle y ministrarle lo que tuviese o pudiese adquirir de más nutritivo. En efecto, con sólo este remedio comenzó a volver en sí, y le teníamos en clase de convaleciente, cuando el día del incendio con la confusión y urgentísimos afanes, no hubo lugar ni memoria de socorrerlo; y habiéndose quedado sin comer, al otro día falleció".

Así contó Juan Egaña la muerte de fray Pedro Amasa, el cual, por haber quedado abandonado de toda ayuda humana, dejó de afanarse y pudo encaminar su alma al reino de Dios.

* * *

En una pequeña explanada cercana al caserío y protegida por las rocas, descansaron los restos de las víctimas del incendio. Junto a las toscas cruces colocaron dos tablas en las que alguien grabó, con un cuchillo, los nombres de los fallecidos.

Para muchos, aquel sitio se transformó en un lugar de descanso espiritual y de tranquila meditación. Por las tardes solía divisarse la figura del coronel Luis de la Cruz que, con pasos mesurados, se dirigía al pequeño cementerio a hacer compañía a su malogrado amigo. Otras veces eran Rosario y la señora Mercedes quienes llevaban flores y rezaban junto a las tumbas.

El ambiente de tristeza y de desamparo dominaba en el caserío.

A pesar de que el viento soplaba todos los anocheceres sobre la isla, el aire permanecía impregnado con el olor a palos quemados o a ropas calcinadas.

Las cenizas se levantaban, en remolinos, desde el suelo.

Las ruinas del hospital y los huecos ennegrecidos en donde antes se alzaran las chozas recordaban a cada instante la tragedia.

—Estas ruinas, don Manuel —decía Juan Enrique Rosales, mientras caminaban por el caserío—, constituyen la más elocuente expresión material de nuestro estado espiritual. Las viviendas, nuestra "academia", la vida de dos amigos..., ¡todo ha desaparecido en un instante! Dios parece habernos abandonado.

—No se deje abatir, don Juan Enrique —lo alentó Manuel de Salas—. Si ahora nos vemos agobiados por la desgracia, no debemos olvidar las esperanzas que tan sólo hace quince días nos trajo la corbeta "Sebastiana". Verá usted que, así como tantos compañeros regresaron al continente la vez anterior, muchos o quizás todos ha-

bremos de embarcarnos en la próxima oportunidad. Osorio ha demostrado ser hombre comprensivo y no le asistirán razones para mantenernos recluidos a los que aún permanecemos en este presidio.

—Tal vez tenga usted razón, pero si desgraciadamente esas suposiciones, que mantienen sus esperanzas como igualmente las de muchos otros compañeros, no fueran confirmadas pronto por la realidad, la desesperación hará presa de nosotros.

—Tenga confianza, don Juan Enrique, en que antes que finalice este verano nos encontraremos en nuestros hogares, rodeados del cariño de todos los seres que amamos.

—Dios quiera que así sea.

XXIII

LA NOCHE LARGA

LAS ESPERANZAS expresadas por Manuel de Salas parecieron tener pronta confirmación. Trece días después del incendio, al amanecer del 18 de enero, los confinados fueron despertados por voces de alegría que se escuchaban en el caserío. Las velas de un barco se divisaban en el horizonte. Corrieron todos a la playa, seguros de que aquello era el navío salvador. Hacíanse bromas unos a otros y hasta se comunicaban sus inmediatos proyectos para cuando, al cabo de tanto tiempo, llegaran al añorado hogar.

Con emoción contemplaron arriar las velas y botar el ancla. Un bote fue echado al mar y sus tripulantes remaron hacia la costa.

Cuando los marinos descendieron, las ilusiones de todos se derrumbaron de golpe. La nave venía, no de Valparaíso, sino del Callao y era la fragata ballenera inglesa "Criton", que recalaba para aprovisionarse de agua. Al día siguiente se hacía nuevamente a la mar.

Con andar pesado y lento, los prisioneros retornaron a sus chozas.

Los días que siguieron fueron de tensa espera. Todos sentían la seguridad de que el barco llegaría de un momento a otro. Algunos de los desterrados mantenían prontas sus escasas pertenencias para no dilatar el mo-

mento del embarco. Desde la mañana a la noche los ojos ansiosos escudriñaban el horizonte.

Comenzaron a transcurrir los días. Y las semanas. El viento cálido del verano fue reemplazado por las primeras brisas frías. Las hojas secas anunciaron el otoño.

Las esperanzas comenzaron, también, a secarse en el corazón de los prisioneros. Muy pocos de ellos miraban ya hacia el horizonte, buscando el barco salvador. Los ojos cansados y entristecidos se volvieron otra vez hacia el presidio.

Llegó el invierno. Los vientos se apoderaron de la isla y las lluvias convirtieron en lodazal todos los senderos.

Los confinados, reducidos a vivir en las pocas chozas que se habían salvado del incendio, tuvieron que acomodarse en ellas en comunidades de tres o cuatro personas.

El mundo pareció convertirse en una larga y desolada noche.

* * *

Una mañana de fines de marzo el gobernador José Piquero convocó a reunión en su despacho a los veinticuatro recluidos que quedaban en el presidio.

Los aguardó sentado a su escritorio y rodeado por los oficiales de la guarnición. El rostro del gobernador mostraba seriedad e inquietud.

—Señores —comenzó a hablar, con voz lenta—, los he llamado porque estimo mi obligación imponerlos de una especial situación en que nos encontramos y cuya gravedad, por suerte, aún no ha trascendido. Correspondiendo a la confianza que ustedes siempre han deposita-

do en mí, debo ahora hablarles con entera franqueza. Por informaciones confidenciales sabemos que se está fraguando una insurrección entre la tropa, con el propósito de apoderarse del mando de la isla. El movimiento contaría con el apoyo de los reos de delitos comunes.

Las exclamaciones de los concurrentes interrumpieron las palabras del gobernador.

—Bien comprenderán ustedes —continuó— lo que podría significar para todos tal desgraciado suceso. La apremiante situación se ha ocasionado por las precarias condiciones de vida en este presidio y por la carencia absoluta de caudales para cancelar los sueldos de los soldados, a los cuales ya se les adeudan varios meses.

Apoyó los brazos sobre el escritorio e, inclinando el cuerpo hacia adelante, habló con voz concentrada:

—Además debo comunicarles lo que hasta ahora creí sería una aprensión mía, pero que con el pasar del tiempo ha ido convirtiéndose en una dolorosa realidad. Saben ustedes que han transcurrido tres meses sin que hayamos recibido auxilio del continente. El último barco que recaló en estas costas fue aquella fragata inglesa que permaneció un día al ancla en esta isla. Pues bien, su capitán me informó del temor existente de que naves corsarias, armadas por el gobierno de Buenos Aires, dificultaran y llegaran hasta impedir la travesía por los mares. Teniendo en cuenta que las autoridades de Santiago han sido ya suficientemente informadas por mí de la urgente necesidad de enviar dinero para el pago de la tropa, como así mismo conocedoras de la escasez de alimentos en que nos encontramos, la demora del arribo de un barco ha ido llenando mi espíritu de funestos presagios.

Hizo una pausa, en medio del silencio general.

—Tal es, señores, la situación en que nos encontra-

mos. Por una parte, debemos estar prevenidos ante la posibilidad de un levantamiento de la tropa, y, por la otra, tomar las providencias para afrontar la aflictiva situación de hambre y de miseria que puede producirse si el barco con auxilios prolongara su demora en arribar a esta isla. Para encarar ambas graves posibilidades solicito la colaboración de ustedes.

El silencio en que se habían mantenido los asistentes fue interrumpido por suave murmullo de voces y luego por un apasionado comentario. La nerviosidad de las palabras y de los gestos revelaba la honda impresión que les habían causado las noticias del gobernador.

Al cabo de un momento, el teniente coronel Manuel Blanco Encalada levantó sus brazos, imponiendo silencio.

—Señor gobernador —manifestó—, seguro de interpretar el sentir de los presentes, debo agradecer la confianza que usted ha depositado en nosotros al revelarnos la grave posición en que se ha situado la tropa bajo su mando. Comprendemos todo el peligro que esto entraña. Aunque las posibilidades físicas de nuestro grupo no constituyen ni medianamente la fuerza apropiada para lo que requieren las circunstancias, en algo podemos colaborar. Desde este momento nos ponemos a su entera disposición. En cuanto al aislamiento en que, ahora más que nunca, nos encontramos, ello nos causa una inquietud que, en estos instantes, no alcanzamos a apreciar en toda su magnitud. Sin embargo, podemos asegurarle que, en cuanto a las estrecheces de alimentos y recursos a que nos veremos reducidos, no seremos nosotros quienes lo apremiemos con requerimientos inútiles, conocedores de su espíritu comprensivo y justo.

—Gracias, don Manuel; gracias a todos ustedes. El gobernador había olvidado el tratamiento oficial y en

esas breves palabras revelaba toda la inexpresada amistad que lo unía a los confinados.

—Señor gobernador —habló el coronel Luis de la Cruz—, ¿se ha estudiado un plan de defensa y cuál habrá de ser nuestra participación en él? ¿En qué forma podemos organizarnos? Estas y otras preguntas se deducen de la situación planteada en esta reunión.

—De acuerdo con la oficialidad de la guarnición, he estimado necesario que tres personas designadas por ustedes integren junto con ellos el mando superior, que estudiará tanto la forma de defensa como lo relacionado con la distribución de los escasos alimentos que nos restan. En su aspecto general, el plan contempla la necesidad de que ustedes se concentren en las chozas más cercanas al poblado, para que, en caso de un ataque sorpresivo, puedan refugiarse en este edificio, que ofrece ciertas seguridades. Al mismo tiempo la defensa se centralizaría en el depósito de pólvora y de armas, como así mismo en el almacén de los alimentos. La instrucción militar indispensable, para quienes la requieran, podría ser impartida por alguno de ustedes mismos.

—Mientras tanto, señor, ¿con qué medidas de protección podemos contar?

—Desde luego les serán distribuidas las armas necesarias para su defensa personal y se establecerán rondas con algunos soldados de cuya lealtad podemos responder. Y ahora, señores, debo solicitarles que las disposiciones que se adopten deberán ser ejecutadas dentro del mayor sigilo a fin de no despertar sospechas que podrían precipitar los acontecimientos. No olviden que aún podemos confiar en que los hechos que tememos sólo queden en rumores o preparativos. Gracias, una vez más, por vuestra valiosa colaboración.

El gobernador Piquero dio por finalizada la reunión y los asistentes salieron de su despacho comentando en voz baja las inquietantes novedades.

* * *

Una de las medidas que adoptó la junta de defensa fue la de realizar rondas por el poblado y el caserío a aquellas horas precursoras del amanecer, por estimarse las más peligrosas para que pudieran ocurrir los hechos que se temían.

Se convino que los oficiales de la guarnición, en turnos previamente señalados, pasaran a buscar a sus mismas chozas a los voluntarios civiles que habrían de acompañarlos en sus rondas. En esta forma se evitaría que la presencia de extraños en el cuartel despertara recelos entre la tropa.

Al cuarto día de disponerse tal medida, Fernando Santa María escuchó el llamado a la puerta de su choza. Como era el turno de su guardia, se hallaba pronto y abrió inmediatamente. Para su sorpresa se encontró con el teniente Gonzalo Ruiz.

Disimulando su embarazo, Fernando se echó la manta encima e iniciaron la ronda.

Las sombras de la noche comenzaban a disiparse y caía una suave lluvia. Reinaban la tranquilidad y el silencio, interrumpidos sólo por el cercano ladrar de los perros salvajes.

—Un día, cuando el hambre los apremie, bajarán hasta aquí y tendremos otro grave motivo de preocupación —comentó el teniente.

Fernando no atinó a responder, ensimismado en sus pensamientos. Era la primera vez, durante meses, que se encontraba a solas con su rival. No sentía animosidad con-

tra él, comprendiendo que ambos, al pretender a Rosario, habían sido llevados por sentimientos que escapaban a toda acción voluntaria.

—He visto esas manadas de perros —prosiguió, al fin, el comentario del teniente— y, en verdad, inspiran pavor. Me contaron que, en corto número, llegaron tiempo atrás a esta isla traídos en un barco español con el fin de ahuyentar a los corsarios ingleses que aquí desembarcaban. Pero luego, en el abandono, se volvieron salvajes y se reprodujeron en número increíble.

—Así es, ahora constituyen una verdadera plaga.

Continuaron caminando en silencio. La luz del día, lechosa y opaca, comenzaba a aparecer por detrás de los montes. El frío se les calaba por debajo de las mantas.

—Mal tiempo y peor fortuna se han enseñoreado últimamente de esta isla —comentó Fernando, con ánimo de acercamiento amistoso—. El incendio y el abandono de auxilio nos han sumido en la miseria. Ahora la amenaza de un levantamiento de la tropa nos pone al borde de la ruina completa.

—Lo que más me preocupa es la suerte que correrían las mujeres. Algunos soldados que nos son leales son casados y tienen aquí sus hogares. Además... están la señora Mercedes y Rosario...

El teniente pareció en seguida arrepentido de haber pronunciado el último nombre. Pero ya estaba dicho y el pensamiento quedó sujeto a su evocación. No era posible hablar de otro tema. Callados continuaron su ronda.

De pronto Fernando se detuvo.

—Teniente, usted ama todavía a Rosario, ¿verdad? —preguntó intempestivamente.

Gonzalo Ruiz quedó inmóvil, un paso más lejos. Levantó el rostro y sus miradas se dirigieron hacia lo alto del Yunque. Respondió con emocionada sencillez:

—Sí; desde más de un año es la única razón de mi existencia.

Sus palabras batieron de golpe toda suspicacia o reserva.

—Yo también la amo, solamente que mi querer es de toda la vida, aunque su revelación he venido a tenerla en esta isla. Con Rosario hemos vivido juntos desde la niñez. Nuestras familias en Santiago...

Y Fernando fue recordando tantas y tantas circunstancias de sus vidas. Gonzalo Ruiz lo escuchaba con apasionado interés, pues a través de su relato podía saber de aquella existencia de Rosario para él desconocida.

Luego, a instancias de su compañero, contó Gonzalo de su propia familia, de su patria lejana.

Cuando la luz del día alejó plenamente las penumbras del amanecer eran ya dos amigos.

Durante el trayecto se encontraron con otros compañeros que venían de cumplir sus guardias y juntos regresaron al poblado. Con las ropas empapadas por el agua anhelaban sorber el reconfortante mate.

* * *

La vida de los desterrados comenzó a transcurrir en constantes sobresaltos. Cualquier incidente revestía caracteres de gravedad. "A medianoche —anotó cierta vez Manuel de Salas— la guardia del fuerte dio la alarma, a la vista de una cabra que se quedó suelta."

Los nervios tensos podían no sólo provocar equívocos, sino situaciones de real peligro. "Don Martín Calvo Encalada —escribió otra vez Manuel de Salas— quiso impedir a un cabo que cortara inútilmente un madero con un hacha, e intentó quitársela. Su sobrino, don Manuel

Blanco Encalada, que entendió la contienda, sin percibir bien la causa por su sordera, insultó al militar, y se agolparon sus compañeros, de los que algunos corrieron a las armas. Se oyó una voz que dijo: "¡A ellos, los insurgentes! ¡Esta es la nuestra!"

"El gobernador llamó a su guardia, disipó el alboroto y evitó una desgracia que habría comprendido a todos."

En cuanto a los alimentos, la situación se tornaba crítica.

"Ya empezaban a escasear demasiado los medios de subsistencia. Muchos artículos faltaban absolutamente, y se habían consumido los que tenían los particulares. Sólo se mataba una res para raciones de oficiales. Esto y la expectativa consternaban los ánimos hasta hacer recelar en algunos la pérdida del juicio, y en otro la de la vida."

A los males y temores existentes, vino a sumarse otra aprensión. Pero ésta, aparentemente, escapaba a toda posible solución humana.

Una noche, a poco de salir a cumplir su guardia, regresó inopinadamente al rancho Agustín Santa María. El muchacho traía el rostro demudado y su respiración era entrecortada.

—¡Fernando, un ánima!... —dijo a su hermano, en cuanto éste abrió la puerta—, ¡he visto a un ánima!...

—¿Qué dices?

—Un ánima anda rondando por los ranchos...

—Mejor será que te acuestes. Yo tomaré tu guardia.

—Es verdad. La he visto con mis propios ojos, caminando a pocos pasos de aquí.

—¿Y tu compañero?

—Se encontraba en otro lugar.

—Basta, hombre; vete a dormir.

Y Agustín no pudo convencerlo de la verdad de sus palabras.

Sin embargo, desde aquella noche, los rumores comenzaron a circular. Otras personas atestiguaron haber escuchado el quebrar de ramas en los patios y, al asomar los ojos por entre las rendijas de los ranchos, haber divisado dos sombras blancas que caminaban lentamente en medio de la oscuridad. Decíase que eran las almas errantes de don Pedro Nolasco Valdés y fray Pedro Amasa, muertos trágicamente durante el incendio del 5 de enero, y a quienes el gobernador no permitió que se enterraran en el recinto de la iglesia, sino en un lugar separado de la población. Otros sostenían que eran los extraños y temibles seres que moraban en la desconocida cumbre del Yunque y de cuyas historias se sabía desde muchos años en la isla.

En medio de la oscuridad, de la lluvia y del aullar de los perros salvajes, el sueño se convirtió en una larga pesadilla.

Hasta que una noche el teniente coronel Manuel Blanco Encalada, que cubría su guardia, se encontró con una de aquellas terroríficas visiones. Con espanto vio aparecer una blanca silueta que se deslizaba desde el patio de una de las chozas y se dirigía a una arboleda cercana. El viento agitaba el sudario del caminante.

Sobreponiéndose a un ancestral terror, el militar avanzó sigilosa y rápidamente. Amartilló la pistola. A tres pasos de distancia, gritó:

—¡Alto o disparo!

La blanca figura pareció echar raíces en la tierra.

Blanco Encalada se aproximó y manteniendo pronta el arma en una mano, estiró la otra temblorosa hasta agarrar el sudario.

Manuel de Salas dejó anotado escuetamente el hecho: "En la noche se puso preso a Luciano, criado de Mendiburu, por haberse vestido de ánima".

Y más adelante, desentrañando todo el misterio: "En la noche del 21, se dispararon dos fusilazos a los que robaban gallinas del Gobernador y parecían fantasmas".

La advertencia dada por el gobernador Piquero de que los ladrones serían castigados con cien azotes y la pena de muerte para los reincidentes, trajo de nuevo la calma nocturna.

* * *

Más de cuatro meses habían transcurrido ya en el más completo aislamiento. El invierno se desarrollaba con mayor crudeza que el anterior. Los vientos huracanados y las lluvias torrenciales azotaban el presidio. Los desterrados vivían amontonados en sus estrechas chozas, luchando contra la humedad, el frío y las eternas y voraces ratas. Como si tales males no fueran suficientes, un nuevo enemigo vino a sumarse a los ya conocidos de la isla. Los perros salvajes y hambrientos, en manadas de diez a quince, tomaron la costumbre de echarse sobre el poblado y el caserío en cuanto las sombras del anochecer podían envolverlos en su tenebrosa complicidad. Los afilados colmillos, en las fauces abiertas, relucían como chispas de pedernal. Nadie se atrevía a salir al exterior, con excepción de los que obligadamente debían cubrir las guardias. Los tétricos aullidos rondaban incansables los tabiques de las chozas.

La escasez de alimentos, cada vez más notoria, obligó a racionar al máximo las provisiones existentes.

"En el almacén no había un grano de sal, grasa, ají, ni otros renglones, a excepción de un poco de charqui corrompido." En cuanto a la harina, "se reservó la precisa para fabricar hostias y socorrer algún enfermo de gravedad".

La miseria y el hambre hacían presa entre los habitantes de la isla.

"Admira lo maltratadas y macilentas que se han puesto en pocos meses las mujeres jóvenes que fueron conducidas —escribió Juan Egaña—; y cada uno de nosotros representa ocho o más años de los que manifestaba a su arribo, abundando de canas aun los jóvenes y floridos. Se hace muy notable la languidez de fuerzas y disminución de vista y de memoria que sentimos. Yo protesto que, al escribir estos apuntes, siento una estupidez, confusión y olvido de voces, que las más veces no puedo explicar mis pensamientos, y jamás darles fuerza ni expresión."

XXIV

ESPEJISMOS

SIN EMBARGO, la miseria y la desesperanza no lograban abatir el espíritu de los jóvenes.

Cierto día en que Fernando Santa María y el teniente Gonzalo Ruiz caminaban por la playa, se detuvieron ante un viejo y destartalado lanchón que desde mucho tiempo permanecía varado.

—¡Observa, Fernando —exclamó en repentina idea Gonzalo Ruiz—, aquí está nuestra salvación!

Y sin esperar a su compañero hundió las piernas en el agua, hasta alcanzar la embarcación. Comenzó a inspeccionarla con hábil interés.

—Si se afianzaran estas tablas y se rellenaran estos hoyos, quedaría en condiciones de navegar. Con buen velamen y vientos propicios. . .

—¿Qué pretendes, Gonzalo?

—Hacernos a la mar y llegar hasta Valparaíso a pedir auxilios.

—Imposible. La jornada es muy larga para esta vieja embarcación.

—Peor será morir de hambre en la isla.

—El gobernador no consentirá en semejante aventura.

—Se lo propondremos.

Saltaron fuera del lanchón y se dirigieron a la gobernación.

Contra las suposiciones de Fernando, José Piquero escuchó con interés el plan que se le proponía.

—Arriesgado me parece el intento, pero, como usted bien dice, teniente, es la única oportunidad que se nos presenta para no sucumbir en esta isla. Es posible que la acción de los barcos corsarios nos mantenga aún abandonados por mucho tiempo y los cinco largos meses que llevamos sin recibir socorros han tornado insostenible la situación. En consecuencia, apruebo el plan propuesto.

—Señor, solicito autorización para integrar, con mi amigo Fernando, la tripulación que habrá de intentar el viaje.

—Concedida, teniente. Disponga usted mismo las providencias necesarias para que se les proporcionen los elementos indispensables tanto para reparar la embarcación como para que sea aprovisionada de alimentos. En cuanto al resto de la tripulación, yo mismo cuidaré de que sean hombres de mi entera confianza.

Desde aquella misma tarde el teniente Ruiz se puso al frente de los improvisados carpinteros. El golpear sobre los maderos y el aserrar de las tablas atrajo prontamente a los confinados. La noticia de que se enviaría el lanchón en busca de auxilios volvió a encender en los ánimos una chispa de esperanza. Todas las manos se ofrecieron para ayudar, mientras las miradas seguían ávidas el progreso de los trabajos.

Diez días más tarde el lanchón se encontraba pronto a zarpar. En odres confeccionados con cueros de cabra se guardaba el agua indispensable para la travesía, como así mismo los alimentos. El teniente Ruiz llevaba los pliegos que había escrito el gobernador para el brigadier Osorio, en los que explicaba la apremiante situación en

que se encontraba la población bajo su mando. Requería el urgente envío de un barco que trajera alimentos, medicinas y dinero para el pago de la tropa.

El lanchón se mecía en las aguas, esperando el viento propicio. Toda la población había acudido para dar la despedida. En los rostros se reflejaban la angustia y la incertidumbre por aquella aventura en la que cifraban sus últimas esperanzas.

A media tarde comenzó a soplar el viento y el lanchón, con su vela henchida, se hizo a la mar. Doce hombres componían su tripulación.

Navegaba airosa hacia el horizonte cuando, de pronto, los ojos de quienes habían quedado en la playa la vieron alzarse y estremecerse sobre las olas, como si una gigantesca mano la hubiese agarrado de la quilla. El mástil que sostenía la vela osciló de un lado para otro hasta caer tumbado sobre la borda. Pudieron observar los desesperados e inútiles esfuerzos de los tripulantes por levantar el pesado madero y recoger la vela. La embarcación había quedado al garete. Las olas zarandeaban el lanchón y lo acercaban rápida y peligrosamente a los roqueríos. Ante el desastre inminente, los tripulantes se lanzaron al mar, en intento por ganar la playa. Momentos después una inmensa ola cogió a la embarcación, la mantuvo en alto breves instantes y luego la estrelló contra las rocas, quebrándola en cien pedazos.

Desde la playa, los ojos atónitos y espantados de los espectadores quedaron abiertos.

* * *

Dos días después de la desastrosa aventura, y cual si la adversa fortuna quisiera hacer cruel escarnio en los habitantes de la isla, apareció navegando un gran barco

con sus velas desplegadas. Una vez más corrieron todos a la playa, pero ahora dando voces y agitando desesperadamente los brazos. Sin embargo, el navío no mostraba intenciones de acercarse a la bahía. Entonces fueron a dar cuenta al gobernador, el cual ordenó que los cañones del fuerte dispararan en demanda de socorro. Manuel de Salas anotó: "Navío a la vista con dirección a Valparaíso. Señas con la artillería".

Los estampidos no encontraron respuesta. El barco, indiferente, continuó su navegar hasta desaparecer tras la línea del horizonte.

* * *

Pero el destino les tenía reservada otra tremenda desilusión.

El mes de mayo llegaba a su fin y los intempestivos cambios de tiempo se sucedían caprichosamente. El día 27 una espesa neblina cubría toda la isla. Sin embargo, alrededor de las dos de la tarde comenzó a soplar el viento y el manto de niebla fue empujado hacia las alturas, en donde quedó formando negros nubarrones. Entonces la vista hacia el mar quedó despejada.

—¡Mire, su merced! —gritó Antonio, señalando con la mano.

Fernando, que se dirigía al caserío de Carmen, se detuvo y volvió la mirada hacia el lugar que indicaba el muchacho.

Allí, como por obra de encantamiento, había emergido un barco que se mantenía al pairo.

—¡Dios santo, si fuera verdad!...

Y se lanzó en carrera hacia la playa, seguido por Antonio.

Cuando llegaron, ya se dirigía al encuentro del bar-

co el único bote de que se disponía en la isla. Los soldados que lo tripulaban remaban con todas las fuerzas de sus músculos, temerosos de que el navío pudiera alejarse, dejándolos abandonados.

Media hora más tarde regresaban con algunos marineros y tres oficiales.

El de mayor graduación se presentó al gobernador.

—Teniente López, en representación de mi capitán Astorga, comandante de la fragata "Paula". Traigo plenos poderes para auxiliarlo en todo cuanto nos sea posible.

—Gracias, teniente. Jamás un ofrecimiento de tal naturaleza pudo llegar en momento más oportuno.

El gobernador Piquero le hizo una breve exposición de la angustiosa situación en que se encontraban.

—El destino de nuestro barco era Chiloé —señaló el teniente—; pero las violentas tempestades nos han apartado a tal punto de nuestra ruta que actualmente venimos navegando desde Coquimbo. Traemos un cargamento de trigo para desembarcar en aquel archipiélago.

—Atendidas las circunstancias en que nos encontramos, teniente, ¿podrían proporcionarnos algún socorro de alimentos?

—Todo el que sea necesario, señor. El tiempo se nos ha avanzado mucho y los vientos contrarios arrecian en todo el litoral. Además, nuestro barco se encuentra bastante maltratado y con la pesada carga de trigo la travesía será muy lenta. Todo lo cual permite suponer que las provisiones habrán de llegar muy corrompidas a su destino.

—Sin embargo, teniente, carezco en absoluto de dinero para efectuar una compra de tal naturaleza.

—Descuide, señor, sobran razones para no preocuparse por tal motivo. Desde luego que este presidio pertenece al reino, bien se comprende que no hacemos co-

mercio al descargar aquí nuestro barco. Por otra parte, no podríamos permitir que ustedes perecieran de hambre, en tanto que nosotros prosiguiéramos un viaje que se encuentra sujeto a mil vicisitudes y percances.

—Les daré entonces el recibo correspondiente que testimonie, junto con nuestra gratitud, la carga que desembarquen en este presidio.

—Regresaré inmediatamente al barco para dar cuenta a mi capitán del resultado de nuestra entrevista. Quedarán aquí dos oficiales y algunos marineros de mi tripulación.

Cuando se encontraron en el exterior vieron que el cielo se mostraba ensombrecido de nubes y que un fuerte viento agitaba la copa de los árboles. El gobernador Piquero, experimentado ya en tales presagios, dirigió su mirada hacia la cumbre del Yunque y, al contemplarla perdida entre las nubes, su ceño se marcó de preocupación.

La noticia de que dentro de pocos momentos se dispondría de abundantes auxilios causó revuelo entre la población. Los hombres reían y se abrazaban. Alguien, desde la iglesia, echó a sonar la campana en festivo repicar.

De pronto el estampido de un trueno se estrelló contra el Yunque, y las demás montañas lo repitieron en innumerables ecos. Zigzagueante y luminoso, un rayo quebró las oscuras nubes. Por las trizaduras del cielo el agua comenzó a caer en cascadas. El viento se descolgó desde los cerros hacia el mar y fue a golpear con furia contra el navío que, hasta esos momentos, se mecía tranquilo.

"Extraordinariamente alegres y seguros de nuestro remedio, se despachó el bote del presidio con orden para que entrase la "Paula" a descargar. Pero ¡oh confianzas humanas! Un soberbio e irresistible temporal arrebató a

la "Paula" con nuestro bote, nuestros marineros y todas nuestras esperanzas, y con esto nos privó aun del corto auxilio de la pesca, porque los marineros que fueron, eran precisamente los pescadores, y nuestro bote que era el único, el que servía en este destino, que aquí sólo se practica mar adentro y con el anzuelo, por lo profundo y cubierto de peñascos de estas costas. En los cuatro días que aguardamos la vuelta de la "Paula", consumimos en obsequiar a nuestros huéspedes la mayor parte de lo que nos quedaba, y para lo sucesivo, nos hicimos de esos consumidores más."

Al terminar de escribir estas líneas, poco antes del anochecer, Juan Egaña quedó largo rato con la pluma en la mano, meditabundo y entristecido. Su hijo Mariano y los otros dos compañeros que compartían su choza estaban, seguramente, por llegar. Ya no podría refugiar su angustia en la soledad. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Entonces se dio cuenta de que ansiaba ser otra vez pequeño, que anhelaba ser un niño, para poder llorar.

XXV

POR EL IDEAL

CUANDO doce días después del dramático alejamiento de la "Paula" corrieron voces de que un barco se aprestaba a echar anclas en la bahía, nadie interrumpió sus quehaceres o levantó la vista del libro que sostenía en las manos. Temían que un nuevo desengaño los hundiera aun más en la desesperación. Solamente cuando con insistencia se pronunció el nombre de la "Sebastiana" resolvieron dirigirse a la bahía. Allí, como un antiguo y fiel amigo, se mecía la nave. Los corazones latían descompasadamente, pues en la prolongada ausencia de tantos meses, muchas serían las noticias que habría de traer, de ventura o de desgracia. Aguardaban impacientes.

Fernando Santa María y Mariano Egaña, que habían salido aquella mañana a la caza de algún cabrío, para procurar alimento a sus familiares, llegaron a la playa cuando los oficiales descendían desde uno de los botes.

—Observa, Mariano, ¿no es aquél el capitán José Luis Blanco, que vino en el último viaje de la "Sebastiana"?

—Por supuesto que sí; vamos a encontrarlo.

Y apresuraron sus pasos para darle el abrazo de bienvenida. Sin embargo no pudieron saludarlo hasta mu-

cho más tarde. El oficial venía al mando de cuarenta soldados que relevarían parte de la guarnición existente.

Cuando hubo dejado a los soldados en el cuartel, salió al encuentro de sus amigos.

Momentos después y mientras se encaminaban al caserío se contaban mutuamente las novedades.

—Lo que nos ha mantenido aquí sin desesperar completamente —decía Mariano Egaña— ha sido la seguridad del indulto general, que ahora habrá de traernos la "Sebastiana". No puedes imaginar cuántos han sido nuestros sufrimientos...

—Siento desengañarte, Mariano —lo interrumpió José Luis Blanco—. Puedo afirmarte que el capitán del barco no es portador de ningún indulto. Por el contrario, quince nuevos prisioneros, entre ellos algunos de los que anteriormente habían estado aquí, aumentarán la triste lista de los recluidos.

—Pero entonces el brigadier Osorio ha renegado de los buenos propósitos que lo animaron tiempo atrás y que permitieron la liberación de muchos de nuestros compañeros.

Al escucharlo, el capitán se detuvo en su andar. Su rostro mostraba confusión y extrañeza.

—Me hablas del brigadier Osorio, pero entonces, ¿ignoran ustedes los acontecimientos ocurridos?

—Desde cerca de medio año nos encontramos completamente abandonados. Luego te contaremos nuestras cuitas, mas, ahora, dinos qué ha sucedido.

—Pues que justamente desde cerca de medio año el brigadier Osorio no gobierna en Chile.

—¿Quién manda, entonces?

—El mariscal de campo Francisco Casimiro Marcó del Pont.

—¿A él se debe que continuemos en el cautiverio?

—Tú lo has dicho, Fernando. El brigadier Osorio dispuso, en diciembre del año pasado, que la "Sebastiana", de vuelta de un viaje a Chiloé, recogiera a los desterrados y los llevara al continente. Desgraciadamente en aquellos mismos días llegó el nuevo gobernador Marcó del Pont y revocó la orden. Además los viajes a la isla se suspendieron por temor a los barcos corsarios.

—¡Dios Santo! —exclamó Mariano, en profundo suspiro—. De no haber cambiado el gobierno, hace seis meses que pudiéramos haber estado en nuestros hogares... Si tú supieras cuánto pesar y cuánto sufrimiento podrían haberse evitado.

—El nombramiento de Marcó del Pont no solamente ha causado malas a ustedes, sino...

El capitán cortó en seco sus palabras al ver aproximarse a dos oficiales del barco.

—Vamos a conversar en un lugar en donde no podamos ser escuchados ni interrumpidos —dijo, en cuanto los marinos se hubieron alejado—. Tengo que comunicarles importantes novedades.

Cuando llegaron al reparo de un pequeño bosque, José Luis Blanco continuó:

—Antes que nada, debo decirles que el nuevo gobernador, Marcó del Pont, es un hombre extraño. Cuentan que, con gran coraje, peleó en los campos de batalla europeos. Sin embargo, su aspecto físico contradice estas afirmaciones, por cuanto se presenta como un afeminado. Sus modales y expresiones son exageradamente cortesanos. En cuanto a su vestir, nunca en Santiago se había visto mayor elegancia; sus sombreros y sus trajes deslumbran en profusión de recamados de oro. Viaja siempre en una magnífica carroza, traída especialmente desde España. Quienes han estado en el Palacio de Gobierno no se cansan de describir las maravillas de muebles y

objetos que llenan las habitaciones. Pero, en fin, nada de esto tendría importancia si los hechos posteriores a la iniciación de su gobierno no hubieran desmentido la aparente afabilidad de su carácter.

—¿Y hubo alguna razón para que Osorio fuera removido de su cargo? —preguntó Mariano Egaña, en una pausa del capitán.

—Se ignoran los motivos, pero se supone que por divergencias con el virrey Abascal, del Perú, quien sostenía que debía darse un trato más enérgico a los revolucionarios y a todos aquellos que habían participado, de un modo u otro, en el movimiento.

—Y en Marcó del Pont encontraron al hombre de carácter dispuesto a dar cumplimiento a tales disposiciones.

—Muy por el contrario, Marcó del Pont es un personaje débil e impresionable, que parece no haber imaginado jamás que en su gobierno había de verse abocado a encarar problemas como los que ya se vislumbran. Creyendo que el país se encontraba pacificado, pensó, seguramente, establecer una corte al estilo de la del virreinato del Perú. Al darse cuenta de que la situación es muy diferente, su fastidio y sobre todo su temor lo han hecho reaccionar en forma violenta. Las noticias que circulan con insistencia de una posible invasión desde Mendoza y la actitud levantisca de muchos santiaguinos lo mantienen en constante inquietud. Para reprimir cualquier intento de subversión ha creado los Tribunales de Vigilancia y Seguridad Pública, a cuyo frente ha colocado al capitán San Bruno, ascendido ahora a teniente coronel.

—¡Dios nos proteja de tal bandido! —exclamó impulsivamente Fernando Santa María.

—De él y de muchos otros que se le asemejan... —concluyó pensativo y casi para sí el capitán.

Mariano Egaña había estado observando a su amigo José Luis Blanco mientras contaba las novedades de Santiago. En algunas de sus expresiones y en el tono de sus palabras había notado algo extraño, un suave desasosiego, de descontento, cuya causa no lograba desentrañar.

—San Bruno y sus talaveras —continuó el capitán— han tomado en sus manos la tarea de reprimir todo síntoma de acción revolucionaria. Para ello emplean el rigor y la fuerza. No respetan las personas ni los hogares y sus tropelías han llenado de inquietud y de justa indignación a la mayoría de los ciudadanos.

—Y a ti también, mi querido amigo, te ha causado inquietud y justa indignación —lo interrumpió Mariano Egaña—. He estado sopesando tus palabras y me atrevería a asegurar que has cambiado, que ya no eres el mismo capitán realista que vino en el último viaje de la "Sebastiana".

José Luis Blanco quedó unos instantes mirando alternativamente a sus amigos.

—Aún no quería decírselo hasta haberlos informado de la situación que impera en Santiago, pero ya que Mariano se ha percatado de que algo me ocurre, es el momento de revelarles de que ese "algo" ha hecho cambiar el curso de mi vida: ¡he dejado de ser realista, he abrazado la causa patriota!...

—¡José Luis!...

Y sus dos amigos lo estrecharon entre sus brazos, embargados por la emoción.

—El cambio de mis ideas —continuó el capitán, luego que se hubieron serenado— se efectuó en forma paulatina al ir apreciando la completa ineptitud del nue-

vo gobierno, los atropellos de Marcó del Pont, las injusticias que cometían los funcionarios. Todo eso fue para mí como una revelación de un mal más profundo, contra el cual tenía el deber de luchar para que el país en el cual había nacido no se hundiera definitivamente. Igual que a mí les ha sucedido a muchos otros.

—Pero este uniforme que llevas, del ejército realista...

—Después les diré mis planes. Primeramente debo contarles que en los círculos patriotas se sabe que en Mendoza se encuentra pronto un ejército de dos mil soldados, pero que los generales O'Higgins y San Martín estiman que este número deberá aumentarse al doble antes de intentar la travesía de los Andes. Entre tanto los santiaguinos, que en cierta manera se habían calmado durante el gobierno de Osorio, se han exaltado con las medidas represivas y torpes de Marcó del Pont y de su principal asesor, Vicente San Bruno. Hasta los mismos españoles estiman que los errores del gobierno pueden llevarlos a la ruina.

—¿Y no quedan patriotas decididos en la ciudad que sepan aprovecharse de la situación? —la voz de Fernando vibraba con desconocido entusiasmo—. Quizás organizándose podrían preparar el camino para cuando se aproximara la expedición de Mendoza.

—Por supuesto que sí. Los espías atraviesan constantemente la cordillera llevando y trayendo valiosas informaciones. Entre ellos se ha destacado uno que, por su habilidad y sangre fría, ha logrado levantar los espíritus y formar grupos de guerrilleros que han comenzado a actuar por los pueblos y los campos. Tal vez ustedes lo conozcan, se llama Manuel Rodríguez.

—¡Manuelito!... —exclamó Mariano Egaña—. Lo conozco desde pequeño.

—De él se cuentan mil historias audaces, en que siempre figura jugándose la vida. Ha pasado a ser el personaje más conocido y popular entre la gente del pueblo.

—¿Y cuáles son tus planes, José Luis?

—Durante mucho tiempo he aguardado sin desertar del ejército español con el propósito de venir y quedarme en esta isla para fraguar con ustedes un plan de fuga de los que aún permanezcan aquí. Algunos marineros de la "Sebastiana" están dispuestos a ayudarme, dejándome los elementos más indispensables para una travesía hasta el continente. En mi anterior viaje pude observar que hay un bote y un lanchón cerca de la bahía, que, luego de reparado este último, podrían servirnos.

—Tus planes no podrán realizarse, José Luis. El lanchón fue despedazado por las olas en una oportunidad en que se intentó ir al continente en busca de auxilios, y el bote de que se disponía se lo llevó la fragata "Paula" en un día de tempestad.

—Jamás pensé en tanta mala fortuna. Ahora sólo quedaría el recurso de intentar un levantamiento entre la tropa. Luego veríamos manera de apoderarnos de algún navío que recalara en la isla.

—La tropa nos seguiría en un levantamiento, pero, en seguida y con seguridad, las víctimas seríamos nosotros mismos. No, José Luis, de este presidio no se escapa. Tal vez una o dos personas lo conseguirían ocultándose en las bodegas de un barco.

—Ya lo intenté —confesó Fernando.

En breves palabras contó la aventura que, durante meses, había mantenido en secreto.

—De manera que no hay posibilidad de organizar una fuga —resumió el capitán Blanco—. Créanme, amigos, que me siento defraudado conmigo mismo. Durante meses he trazado planes, pero en ningún momento imaginé que

ellos podrían fracasar por las causas que ustedes me han mencionado.

—No te preocupes, que todo no ha sido perdido. Por lo menos no volverás solo. Yo te acompañaré. Con tus amigos marineros podrás arreglar mi viaje. Trataré de irme en la "Sebastiana", pero no huyendo de un sentimiento, sino en busca de realizar un ideal. Ahora lucharé por la libertad de la Patria.

—¡Bravo, Fernando!, ya veré manera de mantenerte oculto en el barco hasta que lleguemos a Valparaíso. Desde allí nos pondremos en contacto con los grupos patriotas y atravesaremos la cordillera para unirnos al ejército de Mendoza.

—Te felicito y te envidio, Fernando —habló con melancolía Mariano—. No imaginas cuánto daría por poder actuar activamente en estos momentos, pero bien sabes que mi alejamiento significaría, seguramente, la muerte de mi padre. Ha sufrido tanto que no puedo abandonarlo.

—Ya llegará tu hora, Mariano. Cuando el país se haya independizado necesitará de tus servicios. Los sables y los fusiles no sirven después de las batallas. Tú lucharás con tu cabeza, con tu inteligencia, para organizarnos.

—Gracias, Fernando; tus palabras, aunque aduladoras y mentirosas, me servirán de consuelo cuando ustedes se vayan y yo languidezca de nuevo en el presidio.

—Y ahora, amigos, debemos marcharnos. Estoy impaciente por saludar a don Juan y darle noticias de su familia.

Los tres amigos continuaron su camino hacia el caserío.

* * *

Aquella misma tarde Fernando comunicó a su padre sus proyectos.

—Bien comprenderás, hijo, que esta noticia me llena de tristeza y preocupación —decía José Ramón Santa María, mientras se paseaba por la choza, procurando aparentar serenidad—, pero no tendría otra razón que oponerte que el hondo pesar que va a causar a tu madre. Por lo que me has contado, en estos momentos debemos renunciar a toda o parte de nuestra vida si queremos seguir existiendo con dignidad. No podemos dejar solos a los que están luchando por nuestra libertad.

—Verá, padre, como muy pronto nos reuniremos en Santiago y nos parecerá un mal sueño cuanto hemos sufrido.

—El camino que queda por recorrer es largo y lleno de peligros para ti, hijo mío. Pero, en fin, no debemos abrigar ahora sombríos pensamientos. Mejor será que comuniquemos inmediatamente la noticia a tu madre y a tu hermano.

Momentos después se escuchaban en la choza los reprimidos sollozos de la señora Mercedes.

* * *

Como la partida del barco se anunció para el día subsiguiente, Fernando contó con el tiempo necesario para ir al caserío de Carmen. Pasó toda la tarde con la muchacha.

—¿Vendrás a verme mañana? —preguntó, cuando Fernando se aprontaba a partir.

—¿Mañana?... Sí, vendré mañana —el mozo la miró largamente, tratando de fijar en su mente la imagen de aquella mujer con la que había compartido parte de

su vida. "Mañana"..., para entonces él estaría en alta mar, encaminándose a un nuevo destino.

De regreso pasó por la choza de Antonio, al cual encontró arreglando su pequeña huerta.

—Antonio, debo revelarte un secreto: mañana me voy al continente en la "Sebastiana". Desde Valparaíso seguiré viaje hasta atravesar la cordillera y me alistaré en el ejército que se prepara en Mendoza.

El muchacho lo escuchaba atónito por la sorpresa.

—Una vez intentamos irnos, su merced, y ahora si nos descubren no escapamos de los azotes, si es que no nos fusilan.

—Partiré solo, Antonio.

Su amigo parecía no comprender.

—¿Y yo, qué voy a hacer aquí, su merced? No entiendo aquello de la libertad por la que usted va a pelear, pero podría llevarme de todos modos. Seré su asistente en el ejército. Lléveme, su merced...

Había tal súplica en sus sencillas palabras, que Fernando se sintió conmovido. Meditó un instante.

—Bueno, Antonio, iremos los dos. Arreglaré las cosas para que podamos embarcarnos juntos. A nadie cuentes lo que pensamos hacer.

El muchacho, feliz, lanzó lejos la herramienta con que trabajaba y comenzó a dar saltos desatinados, como las cabras salvajes de los montes.

* * *

Faltaba aún despedirse de Rosario. Estaba ella preparando la comida de su padre cuando Fernando le contó sus propósitos. Los ojos de la moza brillaban de lágrimas.

—Las desgracias parece que nunca habrán de abandonarnos. Ahora con tu partida la isla se volverá más triste y desamparada.

—Todos te quieren aquí, Rosario. Siempre en tu vida estarás rodeada de cariño. Yo siento gran dolor en alejarme, pero es mi deber hacerlo. Gonzalo sabrá cuidarte.

La joven, en incontenible impulso, lo abrazó y sus labios se posaron en la mejilla de Fernando. Entonces el mozo acercó su boca a la de ella.

—En Santiago volveré a encontrarte, Rosario —musitaba, mientras le acariciaba los cabellos—; verás que allí todo se resolverá para bien...

* * *

Solamente tres días después de la partida del barco vino a conocerse la fuga de los dos recluidos. Cuando la noticia llegó a conocimiento del gobernador Piquero, éste demostró molestia y enojo. A nadie reveló que se alegraba de que los dos jóvenes hubieran tenido éxito en su aventura. Pensaba que por lo menos ellos se salvarían de consumirse en el presidio.

XXVI

HORAS TENSAS

EL ARRIBO de la "Sebastiana", trayendo los tan esperados auxilios, había logrado tranquilizar un tanto los angustiados ánimos y los quince nuevos prisioneros distraían los monótonos atardeceres con el relato de los sucesos que se desarrollaban en las ciudades de Santiago y Concepción. Los incidentes callejeros que se suscitaban entre los talaveras y los patriotas exaltados, los intempestivos allanamientos de los hogares a altas horas de la noche, los bandos que señalaban las medidas de represión, las órdenes de arresto y de destierro, todo era comentado una y otra vez, agregándose detalles que terminaban por convertir los relatos en dilatadas y apasionantes historias.

Por otra parte, la llegada del nuevo contingente de cuarenta soldados, y la remisión al continente de aquellos antiguos que parecían más díscolos, trajeron la seguridad de que no se produciría una asonada. Las guardias que hacían los desterrados fueron suprimidas y las armas que se les habían proporcionado fueron devueltas al depósito de la guarnición.

Sin embargo, el incendio de enero, los cinco largos meses de extrema necesidad y la desilusión del esperado indulto parecían haber agotado en los desterrados el espíritu de optimismo y de relativa acción que, tiempo atrás, lograra inculcarles Manuel de Salas. El edificio de la

"academia" permanecía con su techumbre reducida a cenizas y sus muros ennegrecidos de hollín. Por las salas del hospital el viento cruzaba otra vez silbante, junto con las voraces ratas. Nuevas chozas se levantaron para albergar a los prisioneros recién llegados, pero nadie se preocupaba de cuidar los pequeños huertos. El mismo coronel Luis de la Cruz, que tan animoso se mostraba al principio, vivía retraído en un rancho miserable, como si la trágica muerte de su compañero Pedro Nolasco Valdés lo hubiera privado del incentivo por conservar el característico orden y pulcritud de que antes hiciera gala en su vivienda y en su modalidad de vida.

El invierno transcurría en medio de las fuertes lluvias y de los vientos huracanados.

Muchos enfermos yacían en sus colchones, padeciendo de catarros o de dolencias al estómago.

Por las noches el aullar de los perros salvajes apenas permitía conciliar el sueño.

Todo respiraba desventura y desolación.

Manuel de Salas apuntaba, esporádica y escuetamente, en su cuaderno:

"Los padecimientos personales no hacen a los hombres mejores. Por el contrario, volviéndolos insensibles, los hacen peores, crueles."

"Un talavera hirió gravemente a un presidiario."

"Hubo un susto de incendio."

"Se casó una mujer muy vieja. Del fandango salió a ahorcarse un soldado borracho. Duró la función hasta el día siguiente al frente del cadáver, que fue quemado por sentencia, a presencia de la tropa. Se llamaba Bartolomé Arce."

"Murió un soldado Larraña de beber tres botellas de aguardiente."

"Los ratones matan a los gatos."

El hambre volvió a hacerse presente. Los muchos

penados por delitos comunes que ya poblaban la isla comenzaron a robarse las pocas reses que pacían en los prados o las perseguían hasta los bordes de los barrancos. Luego reclamaban los despojos del animal muerto. La repetición de estos hechos obligó al gobernador Piquero a fijar un drástico bando:

"El que sea sorprendido en hurto o desbarranque de ganado será castigado con cincuenta azotes y seis meses de obras públicas, a grillete y sola ración; doble por la segunda y con pena de la vida por la tercera".

* * *

Un día, a mediados de septiembre, el teniente Gonzalo Ruiz solicitó audiencia para hablar con el gobernador.

—Señor —le dijo, al encontrarse en su presencia—, hace un momento se me ha acercado un individuo y me ha dicho que necesita hablar con usted. A mis requerimientos por conocer el motivo de su empeño me ha respondido que solamente en su persona confiará la importante noticia.

José Piquero frunció el ceño.

—Malos presagios me inspiran estos individuos. Generalmente son portadores de próximos y funestos sucesos. ¿Qué ha convenido con él, teniente?

—Que me aguarde a la entrada posterior de este edificio a fin de hacerlo entrar en forma oculta, si usted accede a esta entrevista.

—Bien, teniente, cerciórese antes de que no venga armado.

Momentos después se abría la puerta del despacho. Junto al oficial apareció la figura esmirriada de un hombre bajo, desgreñado, pálido. Unicamente en los ojos, de

mirar agudo y escurridizo, parecía concentrarse lo que podía quedarle de vitalidad.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz seca el gobernador.

El individuo bajó la cabeza.

—Dar una información a Su Excelencia.

—Pues, entonces, habla.

El hombre encaró la mirada del gobernador.

—Se prepara un motín contra Su Excelencia, fraguado entre los presidiarios y varios soldados de la guarnición.

El delator guardó silencio y José Piquero comprendió el motivo. Se acercó al escritorio y abriendo un cajón cogió varias monedas de oro, haciéndolas tintinear en sus manos. Pero el hombre disimuló apenas una sonrisa irónica.

—No quiero dinero, Su Excelencia; de poco me serviría en el presidio.

—¿Qué deseas entonces?

—Mi libertad.

—Ya eres libre de caminar por donde quieras en esta isla.

—Sí, Excelencia, pero quiero partir al continente en el primer barco que llegue. Quiero vivir tranquilo en Santiago.

El gobernador se paseó tras el escritorio. De pronto se detuvo.

—¿Y si ahora te encierro y te hago azotar hasta que confieses lo que necesito saber?

—Me ahorcaré en seguida y su conciencia cargará con mi muerte. La vida aquí no me importa.

—Te concedo lo que pides. Cuando llegue un navío te embarcarás, libre, al continente. Y, ahora, habla.

—Doce presidiarios y quince soldados asaltarán mañana el depósito de armas. Después incitarán a la tropa

a un levantamiento general. Harán prisioneros a los oficiales y a su señoría.

—Y luego, ¿qué pretenden?

—Apoderarse del primer barco que atraque y hacerse a la mar con rumbo al sur.

—¿Quién los comanda?

—Atanasio Muñoz.

—¿A qué hora darán el golpe?

—Mañana al amanecer, ya que esta noche estarán de guardia algunos de los soldados comprometidos. Uno de ellos abrirá el portón de entrada al patio, en donde esperarán encontrarse todos reunidos para derribar la puerta del depósito de armas. Después se dirigirán al cuartel.

—¿Cuentan, ahora, con armas?

—Solamente con puñales y garrotes.

El gobernador se estrechó la frente con una de sus manos, en gesto de cansancio.

—Teniente, llévese a este individuo y enciérrelo en un calabozo, sin que nadie se percate. Si sus palabras nos llevan a una emboscada será el primero en morir. Regrese usted en seguida.

Cumpliendo las disposiciones del gobernador, se reunían momentos más tarde en su despacho los diez oficiales de la guarnición. Además asistían los integrantes de la antigua junta de defensa.

José Piquero les relató lo que acababa de conocer y durante largo rato se discutieron fórmulas para encarar la situación.

—En resumen, caballeros —habló por último el gobernador—, estamos de acuerdo en que la captura de los sediciosos se realice en el momento mismo en que vayan a ejecutar su plan. Contamos para ello con cuarenta hombres, entre militares y civiles, incluyendo los pocos soldados que nos merecen absoluta confianza. El plan es simple y, por su misma sencillez, no corre el menor peligro

de un fracaso. Los conjurados se reunirán en el patio del depósito antes de apoderarse de las armas. Veinte de nosotros se ubicarán dentro de las habitaciones que rodean dicho patio y, a través de las ventanas, los apuntarán con sus rifles. El resto aguardaremos en el exterior, parapetados tras los árboles, y entraremos en el momento oportuno. Se les intimará rendición, procurando no disparar un tiro. Eso es todo.

—¿Y si los primeros amotinados intentan apoderarse de las armas sin esperar la llegada de los demás conjurados? —intervino el teniente coronel Manuel Blanco Encalada—. En tal situación deberemos actuar y no podremos coger a la totalidad de los comprometidos.

—Tal emergencia puede evitarse reforzando la puerta del depósito de armas, cosa que haremos esta tarde. Así les llevará buen tiempo lograr su objetivo. A las diez de la noche nos reuniremos. Les recuerdo una vez más que la más estricta reserva debe imperar ante la acción que nos proponemos.

* * *

Tal como se había dispuesto se realizó el plan y, antes que las luces del alba disolvieran la noche, los fusiles apuntaban hacia el patio todavía desierto. Afuera aguardaba otro grupo, al mando del gobernador.

Pronto vieron aparecer las primeras figuras, acercándose cautelosas. Dieron suaves llamadas sobre el portón, el cual, girando sobre sus goznes, dejó abiertas las dos hojas. Otras figuras se acercaban por un sendero.

José Piquero llevaba la cuenta de los hombres que entraban.

—Aún no han llegado todos —susurró al oficial que estaba a su lado—. En cuanto aclare los sorprenderemos; no podemos arriesgarnos a esperar más.

Al cabo de un rato entraron otros cinco conjurados. La claridad era ya completa. Se escuchaban apagadas voces en el patio y luego el golpear de un tronco contra la puerta del depósito de armas.

Entonces el gobernador desenvainó el sable y lanzó un breve silbido. Sus hombres se levantaron del suelo y abandonaron los parapetos de los árboles. Cuando estuvieron frente al vano del portón se escuchó la voz fuerte del gobernador:

—¡Ríndanse!... ¡Los fusiles les apuntan desde todas las ventanas!... ¡Ríndanse!

Y avanzaron al interior, con los sables desenvainados. Desde las ventanas asomaban los fusiles, bala en boca.

Los amotinados, cogidos completamente por la sorpresa, no atinaban a dar un paso del lugar en que habían sido descubiertos. De pronto tres hombres intentaron escapar y corrieron hacia el interior de la casa. Resonaron, al unísono, varios disparos. Los hombres dieron unas volteretas y sus cuerpos cayeron pesadamente sobre el suelo.

—¡No disparen! —gritó el gobernador.

Un silencio de muerte llenó el patio.

—¡Atracarse a las murallas con los brazos en alto!

Los amotinados, dominados por el pánico, obedecieron prestos. Los fusiles los apuntaban.

El último en abandonar su posición fue Atanasio Muñoz. Su piel morena mostrábase ahora del color de la ceniza. En sus ojos negros se anidaban el despecho y el odio. Se sabía traicionado. Lentamente caminó hacia la muralla.

* * *

Cuando se supo que Atanasio Muñoz sería condenado a muerte por el tribunal militar, que juzgó sumariamente su causa, los desterrados intercedieron ante el gobernador

José Piquero. Sin desconocer la gravedad de la falta ni el veredicto del tribunal, solicitaron su clemencia.

El principal amotinado logró salvar su vida, pero fue recluido en la isla de Santa Clara, islote cercano al presidio, pero separado de éste por un canal de torrentosas y casi infranqueables aguas.

Manuel de Salas dejó anotado, como siempre escuetamente, el hecho:

"Se denunció al gobernador una conjuración de Atanasio Muñoz, varios presidiarios y soldados. Se prendió a cinco de los primeros y catorce de éstos. Salieron todos, a excepción de Atanasio, que fue castigado con cien azotes y llevado el día 15 a la Islita".

XXVII

EL AGUARDAR INFRUCTUOSO

EL VERANO había llegado con sus verdores esplendorosos y sus cálidos y apacibles atardeceres. Los prisioneros, junto con el renacer de la naturaleza, se recuperaban lentamente del sombrío e inquietante invierno. El presidio, asegurado ahora en su tranquilidad interior, permitía que los senderos cercanos al caserío volvieran a ser recorridos por los paseantes. En las huertas de las chozas los hombres procuraban de nuevo cultivar sus pequeñas plantaciones. Otros releían los libros que, tiempo atrás, les enviaran desde Santiago.

A la sombra de un cerezo, Juan Enrique Rosales mantenía cerrado el libro entre sus manos, mientras sus miradas seguían el trajinar de su hija, entrando y saliendo de la choza. En aquellos momentos se preocupaba de lavar ropas en una improvisada artesa, al mismo tiempo que preparaba el almuerzo, al calor de un fogón. Observaba el cuerpo de su hija, consumido por las privaciones, y sus cansados ojos, que mostraban las inquietudes y sobresaltos padecidos. Solamente la tersa piel del rostro, tostado por el sol, transparentaba la lozanía de su juventud.

Juan Enrique Rosales sentía, muchas veces como ahora, pesadumbre y arrepentimiento por la debilidad de haber permitido que lo acompañara al destierro. De haber imaginado los duros trances por los que pasaría su

hija, jamás hubiera accedido. En contraposición a tales sentimientos, comprendía también que sin su presencia y sus cuidados él, seguramente, habría muerto en el presidio.

Como si sus pensamientos fueran un llamado, Rosario suspendió el lavado en la artesa y giró su rostro.

—¿En qué medita, padre? —preguntó, sonriente.

El caballero no reveló directamente sus pensamientos.

—En que hace pocos días, hija mía, se cumplieron dos años de nuestra llegada a la isla. Dos años cuyo recuerdo jamás podremos olvidar. Si es que tenemos la oportunidad de olvidar... Tal vez nunca retornaremos a nuestros hogares.

—No piense de tal manera, padre. Recuerde los rumores que circularon dos meses atrás, cuando estuvo la "Sebastiana". Decían que el rey había concedido el indulto para todos los prisioneros de la isla.

—Rumores, hija, nada más que rumores. De ser verdad tales anuncios, habrían remitido los pliegos debidamente formalizados.

—De todos modos, esos anuncios, padre, deben darnos esperanzas. No podemos dejarnos abatir.

En ese instante se oyeron voces y carreras.

—¡La "Sebastiana"! ¡Ha llegado la "Sebastiana"!...

—Escuche, padre, quizás ahora las ilusiones se conviertan en realidad.

—Aguardemos, hija, no vaya a suceder que el barco solamente traiga nuevos prisioneros. Ya no tengo ánimos para correr como otras veces a la playa y volver con el alma entristecida.

Rosario, complaciente, puso una mano sobre la cabeza de su padre y le acarició los cabellos.

—Como usted quiera; aguardaremos entonces.

Más tarde, cuando estaban almorzando, asomó al vano de la puerta el teniente Gonzalo Ruiz.

—Buenas tardes, señor; buenas tardes, Rosario. Traigo orden del gobernador de convocarlos a reunión. Quiere comunicarles importantes noticias.

—¿Ha llegado, tal vez, el indulto? —preguntó, ansiosamente, la joven.

—No lo sé a ciencia cierta, pero se dice que el barco ha traído documentos que deben ser leídos en presencia de todos. Además han designado un nuevo gobernador para la isla.

—¡Qué fatalidad! —exclamó apesadumbrado Juan Enrique Rosales—. Será una nueva desgracia para todos nosotros. Con el señor Piquero siempre nos habíamos comprendido bien.

Trabajosamente se levantó de su asiento, para dirigirse al poblado.

Cuando llegaron al patio de la gobernación ya se encontraba reunida la mayoría de los desterrados. En todos los rostros se reflejaba ansiedad.

En un extremo del patio, José Piquero conversaba con un hombre de regular porte y de suaves facciones.

—Señores —habló el gobernador, requiriendo silencio—, debo comunicarles las novedades que han llegado esta mañana. Primeramente anunciarles que he sido relevado de este cargo y que, en mi reemplazo, se ha designado al capitán de Talavera señor Angel Cid, aquí presente.

Un ahogado murmullo de sorpresa y disconformidad brotó espontáneo de todo el grupo.

—Créanme que siento alejarme de este cargo, ya que durante tanto tiempo hemos logrado compartir en armonía los duros trances que nos han impuesto las circunstancias. Espero que en el gobierno de mi sucesor impere la misma mutua y benéfica comprensión.

Luego de una pausa continuó, ahora con voz titubeante:

—La segunda noticia se refiere al indulto concedido por Su Majestad el rey don Fernando, que Dios guarde.

Y mientras el gobernador daba lectura al real documento, un silencio absoluto rodeaba sus palabras. Al llegar al último párrafo los desterrados contuvieron, casi, la respiración:

—..."Y he venido en concederles, como por la presente mi Real Cédula les concedo, un indulto y olvido general de sus anteriores procedimientos. En consecuencia, os mando déis las órdenes y providencias convenientes para que se les ponga en libertad, disponiendo que los desterrados vuelvan a sus casas, con devolución de los bienes que se les hayan embargado, haciéndoles comprender esta benéfica determinación, tan propia de mi real clemencia, a fin de que en lo sucesivo reglen su conducta como corresponde y es de esperar de la gratitud que deben manifestarme por este singular beneficio. Fecha en Madrid, a 12 de febrero de mil ochocientos diez y seis.

Yo, El Rey".

No bien hubo terminado de leer José Piquero, cuando los presentes prorrumpieron en exclamaciones de alegría. Abrazábanse unos a otros y en muchos rostros corrían las lágrimas. Algunos cantaban y danzaban solos.

El gobernador contemplaba demudado la escena. No imaginó que se vería interrumpido de tal manera, sin alcanzar a dar término a su exposición. Al cabo de un rato logró imponer nuevamente la calma y el silencio.

—Señores —habló con voz que pretendía ser entera—, aún debo comunicarles el resto de las disposiciones que he recibido. Su Excelencia el gobernador de Chile, señor Casimiro Marcó del Pont, me señala en documento aparte que el cumplimiento del indulto ha sido poster-

gado... Que la gracia concedida por Su Majestad no será aplicada... Tal resolución la ha tomado "por providencias de buen gobierno y medida precautoria", "hasta que se logre la total pacificación de esta América"...

Las breves y finales palabras del gobernador Piquero quedaron vibrando en el aire. Nadie habló, nadie hizo un movimiento.

Hasta que lentamente, sin un gesto airado, sin una exclamación de protesta, anonadados, los prisioneros fueron abandonando, uno a uno, el patio de la gobernación.

* * *

Aquel 26 de noviembre quedó grabado con caracteres indelebles en el corazón de los desterrados. Sabían ya que muy poco o nada podían esperar del gobierno de Santiago. Hasta entonces, y sobre todo cuando mandaba el brigadier Osorio, abrigaban la esperanza de que serían escuchadas sus peticiones de ser juzgados conforme a justicia. Mas ahora, en cruel ironía, cuando el indulto había sido extendido y firmado por el mismo rey, la intransigencia y crueldad de un subordinado los hundía, tal vez para siempre, en la prisión. Comprendían que, en adelante, las palabras y los razonamientos habrían de estrellarse contra el duro y frío pensamiento de un ser obcecado. Si Marcó del Pont se había atrevido a desobedecer las órdenes del monarca y postergar indefinidamente sus claras disposiciones de indulto general, no cabía esperar posteriores benignidades emanadas de su persona. Se encontraban bajo el arbitrio de un hombre que había entregado sus destinos a las sugerencias de un fanático: Vicente San Bruno.

Ya resultaba inútil, sin sentido, soportar cualquier sacrificio. Las horas, los días, las semanas, se sucederían en

un indefinido y vano esperar. Mejor hubiera sido desconocer el indulto, ignorarlo todo, para de tal manera poder mantener la vida con la fuerza de la esperanza. Pero ya no era posible huir de la realidad.

Como si tal suceso no bastara para hundirlos en la desesperación, un nuevo acontecimiento vino a confirmarlos en su desgraciada situación. A mediados de enero las conocidas velas de la "Sebastiana" aparecieron una vez más en la bahía. Su carga era de prisioneros. Cuarenta confinados se apretujaban en sus estrechas y húmedas bodegas, tal como sucediera dos años antes. Entre ellos se contaban muchos de los que, meses atrás, habían regresado al continente durante el gobierno de Osorio.

El relato de los hechos que se sucedían en diversos lugares del país, como así mismo las noticias que llegaban desde Mendoza, causaron honda impresión.

Los nuevos desterrados contaban que en Santiago los desórdenes eran cada vez más frecuentes. Junto con el detonar de los disparos se escuchaban los gritos provocadores y de rebeldía: "¡Mueran los sarracenos! ¡Viva la patria!" Los soldados del regimiento de Talavera se habían enajenado el odio popular por sus acciones arbitrarias y de violencia. El pueblo comenzaba a tomar parte activa en los tumultos. San Bruno extremaba las represalias. Las casas eran registradas, en busca de armas y de sospechosos. Las conversaciones se hacían a media voz, por temor a los espías y delatores. Los detenidos, pertenecientes a todas las clases sociales, llenaban la cárcel y las celdas de los cuarteles.

Como el movimiento subterráneo y el ruido sordo que precede a un terremoto, el descontento y la ira comenzaban a estremecer la ciudad.

Por los campos también se escuchaban los gritos subversivos. Manuel Rodríguez excitaba a la insurrección con sus encendidas palabras y sus audaces acciones. Un temi-

do bandolero, Miguel Neira, disparaba ahora su fusil contra los realistas, desbandando las partidas de soldados y llevando la confusión a los representantes del gobierno que mandaban en los pueblos.

Pero las novedades que lograron encender, otra vez, la chispa de la perdida esperanza entre los desterrados, fueron las que se referían a los aprestos de la expedición de los Andes. Se sabía ya, con certeza, que un ejército se encontraba preparado para atravesar la cordillera. Circulaban los más diversos rumores acerca del lugar por donde se efectuaría el paso. Algunos afirmaban que se realizaría por los faldeos cordilleranos situados al sur de Mendoza y en donde el general San Martín había sostenido un importante parlamento con los indios pehuenches, a fin de poder cruzar su territorio con el ejército que lo seguiría. Otros sostenían que el paso de la cordillera se haría por el boquete Antuco, frente a Concepción. También los comentarios se referían a los pasos cordilleranos de Copiapó y de Coquimbo como posibles para la invasión.

Los patriotas fomentaban los rumores contradictorios a fin de que la incertidumbre obligara a Marcó del Pont a fraccionar el grueso de las tropas acantonadas cerca de Santiago y a dispersarlas por diversas zonas del país.

Estas noticias que traían los nuevos prisioneros, si bien sacaron de su apatía a los desterrados, les provocaron también un grave problema material. La llegada del numeroso grupo obligó a racionar, una vez más, los alimentos. Por otra parte, las chozas se hicieron insuficientes y hubo de ordenarse nuevas construcciones. Pero las rústicas viviendas se levantaron de cualquier manera. Un particular sentimiento hacía imaginar a los desterrados que cuanto hicieran por propender al ordenamiento y conformidad de sus existencias habría de contribuir a que

su permanencia en el presidio se prolongara. Dejaban solamente que los días transcurrieran, indiferentes a toda otra idea que no fuera la de su anhelada liberación.

Un inconsciente y exagerado optimismo llegaba a hacerles olvidar las necesidades presentes. Sin embargo, cuando pensaban en la posibilidad de un fracaso de la invasión patriota, los espíritus se ensombrecían, hundiéndose en la angustia.

XXVIII

HACIA EL HORIZONTE

TRES MESES llevaba transcurrido el año de 1817 cuando, a medio día del 25 de marzo, los habitantes de la isla vieron acercarse un barco que no era la "Sebastiana" y "cuya bandera no podíamos conocer por la confusión que el nublado horizonte daba a sus colores".

Desde la playa se observó que el navío, cautelosamente, se mantenía al pairo y fuera del alcance de los cañones del fuerte. Aguzando la vista se alcanzaba a divisar que, además de los marineros, numerosos soldados armados se mantenían sobre cubierta.

Contrariamente a lo que sucedía otras veces, en que el bote de la gobernación salía al encuentro de los recién llegados, ahora fue desde el barco que, apresuradamente, despacharon una lancha hacia tierra.

A medida que se aproximaba, los intrigados espectadores no escucharon las acostumbradas voces de saludos ni vieron agitarse las manos. Ahora los remeros se mantenían silenciosos, concentrados en su labor. Dos oficiales venían sentados a la popa, erguidos y silenciosos. Cuando la lancha llegó al desembarcadero, cuatro marineros saltaron a tierra y cogiendo sus fusiles permanecieron en posición de alerta. Luego descendieron los oficiales. Para desconcierto de quienes observaban la escena, uno de ellos, el de más edad y mayor graduación, venía desar-

mado. Indudablemente era un prisionero. En los rostros de los recién llegados se observaba honda preocupación. Al ver aproximarse a un oficial de la guarnición, el que parecía venir a cargo del grupo se adelantó.

—Teniente Pedro Zorrilla —dijo, presentándose—. Soy portador de importantes y urgentes pliegos para el gobernador del presidio. Debo entrevistarme inmediatamente con él, junto con el oficial que me acompaña.

El oficial de la guarnición echó una mirada recelosa a la guardia armada. Percatándose de ello, el teniente Zorrilla se acercó a sus hombres y, en voz baja, les dio instrucciones.

—Ellos regresarán al barco —explicó, luego, al oficial de la guarnición.

Entonces se dirigieron al edificio de la gobernación.

Desde aquel instante los desterrados comenzaron a vivir sus peores momentos de incertidumbre. Reunidos más tarde en la playa, frente al poblado, comentaban el extraño suceso.

—Mal augurio me inspira la visita de este barco desconocido —decía Juan Egaña—. Reparen ustedes que por primera vez no se ha permitido desembarcar a la tripulación y menos aún que cambiemos con ellos algunas palabras. Quizás de qué órdenes secretas y nefastas serán portadores.

—Tal vez Marcó del Pont haya dispuesto nuestro traslado a las casamatas del Callao —comentó sombríamente Isidoro Errázuriz—. Durante nuestro breve retorno a Santiago pudimos apreciar lo arbitrario y cruel de sus medidas.

—O quizás el ejército de los Andes haya sido derrotado y quieran escarmentar con el fusilamiento de algunos de nosotros cualquier otro intento de alzamiento —agregó en voz baja, y como para sí mismo, el presbítero Joaquín Larraín—.Todo puede esperarse de un gobierno que só-

lo pretende mantenerse por el terror y la fuerza de las armas.

Estos y otros comentarios aumentaban la inquietud de la espera.

Las ventanas del edificio de la gobernación permanecían cerradas. En la bahía, el barco se mantenía a la expectativa.

Transcurrió media hora antes de que se abriera la puerta de la gobernación y dos soldados salieran apresuradamente.

—Díganos qué es lo que ocurre —preguntó Juan Enrique Rosales, acercándose a uno de ellos.

—Lo ignoro, señor. Solamente sé que llevamos órdenes de citar a reunión a todos los oficiales de la guarnición.

Momentos más tarde, y cuando llegó el último de los requeridos, la puerta volvió a cerrarse.

—Dentro de esa casa se está decidiendo nuestro destino —sentenció con voz temblorosa Juan Egaña—. ¡Que la Divina Providencia no nos abandone en estos instantes!

Al cabo de un rato un soldado llamó desde la entrada:

—¡El señor Manuel de Salas!

El aludido se abrió paso por entre sus compañeros.

—Entre, el señor gobernador necesita hablarle.

Desde el grupo que aguardaba se escuchó un compacto murmullo.

Rosario y la señora Mercedes de Santa María, sobrecogidas de presentimientos, comenzaron a rezar. El tiempo transcurría con lentitud de agonía. Los prisioneros no alcanzaban a darse cuenta si sus cuerpos se estremecían a causa del viento frío de marzo o por la angustia de la espera.

De pronto la puerta de la gobernación se abrió de

par en par. Bajo su dintel aparecieron las figuras de Manuel de Salas y del gobernador Angel Cid. Los seguían los dos oficiales recién llegados.

Manuel de Salas avanzó algunos pasos. El rostro se le veía transfigurado. Su mirada parecía perderse hacia un horizonte lejano.

—Amigos —comenzó a decir con voz fuerte—, se me ha conferido el honor de comunicarles la más grande noticia que podríamos esperar. Desde este momento... —y su voz se quebró, sin poder continuar.

Los que estaban más próximos a él vieron que su cuerpo vacilaba. El teniente coronel Manuel Blanco Encalada se apresuró a sostenerlo.

—Dígaselo usted, amigo mío, yo no puedo... —hablaba Manuel de Salas, mientras trataba de reponerse—. Dígales que somos libres..., no solamente de esta prisión... ¡Chile es libre!... ¡Nuestro ejército ha triunfado en Chacabuco!...

Blanco Encalada se irguió. Enfrentó a sus compañeros. Su respiración era anhelante. Levantó los brazos como pretendiendo estrechar a todos en un abrazo inmenso. Entonces, desde su pecho, brotó un grito potente y prolongado, como un alarido:

—¡¡Vivaaa la patriaaa!!...

El aire se estremeció.

Después, reponiéndose, pudo repetir las palabras que acababa de escuchar.

La plaza se llenó de silencio.

Los prisioneros se miraban unos a otros, sin atinar a comprender.

Alguien gritó:

—¡Vivaaa la patriaaa!...

Entonces, cual torrente contenido que desborda, estalló la emoción. Abrazos. Risas. Voces. Carreras. Por los rostros se deslizaban libremente las lágrimas.

—¡Viva la patria! ¡Viva la patria!

Manuel de Salas demoró en imponer calma y silencio.

—Amigos, como lo acaban de escuchar, nuestro ejército ha triunfado en Chacabuco. La batalla se libró hace un mes, el 12 de febrero, y dos días más tarde las tropas libertadoras entraron a Santiago. ¡Director Supremo de la nación ha sido nombrado el brigadier don Bernardo O'Higgins!

Los aplausos y los vivas atronaron el espacio.

—Una de las primeras medidas que ha tomado el Director Supremo —continuó— ha sido el envío de este barco a rescatarnos. En el navío ha viajado en calidad de prisionero el teniente coronel español Fernando Cacho, quien, como hombre de honor, ha dado testimonio de estas noticias. El bergantín "Aguila", surto en estos momentos en la bahía, zarpará al continente en cuanto sople viento propicio. Ahora el señor Angel Cid impartirá las instrucciones del caso.

El gobernador se adelantó, mostrando el rostro pálido y demacrado.

—Señores, en estas circunstancias especiales, tanto para ustedes como para mí, debo continuar cumpliendo con mi deber. Como les ha expresado el señor Manuel de Salas, el barco zarpará en cuanto las condiciones del tiempo lo permitan. Siguiendo las instrucciones que nos han sido impartidas por la nueva autoridad, se embarcarán primero quienes se encuentren desterrados y luego lo harán los reos por delitos comunes que hayan cumplido sus condenas. Si queda en el barco espacio disponible, lo hará también parte de la tropa bajo mi mando. Mañana partiremos al amanecer.

* * *

Desde aquel momento reinó febril actividad en el presidio. En tanto que se descargaban desde el bergantín las provisiones para quienes habrían de quedar en la isla, los desterrados se aprontaban a abandonar el lugar de sus padecimientos. Recogían y ataban sus escasas pertenencias. En todos los rostros se observaba una inmensa felicidad. Les parecía increíble que en pocas horas más partirían hacia la libertad y a reunirse con sus familias, al cabo de más de dos años de soledad y de padecimientos.

En la choza de los Rosales, la señora Mercedes ayudaba a Rosario a preparar algunas vituallas para el viaje. De pronto la niña se detuvo en sus quehaceres.

—Señora, en estos momentos en que Dios nos ha extendido su mano generosa, he recordado a aquel pobre hombre que gime abandonado en el islote. Ese presidiario que, tiempo atrás, encabezó el frustrado levantamiento.

—¿Atanasio Muñoz?

—Sí, creo que debiéramos interceder ante el gobernador para que se le conceda el perdón y pueda algún día regresar al continente.

—Tienes razón, hija. En estos momentos nadie se ha acordado de aquel desventurado y es posible que perezca en la soledad.

—Vamos, entonces.

Cuando salían de la choza, Rosario se detuvo.

—Aguarde unos instantes, que también debemos cumplir con un deber.

Momentos después regresaba con un ramo de flores, recién cogidas del jardín de la huerta.

—Antes pasaremos a decir adiós a los que nunca habrán de regresar: don Pedro Nolasco Valdés, fray Pedro Amasa, y aquellos soldados que desde España vinieron a morir solitarios en esta isla.

* * *

Al anochecer se encendieron fogatas y los confinados reunieron los alimentos de que disponían para celebrar la victoria de la patria y su propia libertad.

A los resplandores de las fogatas escucharon los relatos que los oficiales del barco les hicieron de los últimos acontecimientos. Supieron entonces de la heroica travesía de los Andes por el ejército patriota, de la cruenta lucha en la cuesta de Chacabuco, de la triunfal entrada a Santiago, de la desordenada dispersión de las fuerzas enemigas, de la prisión de Marcó del Pont, del fusilamiento del odiado San Bruno. Hasta muy entrada la noche vieron dibujarse en las resplandecientes llamas las escenas de los decisivos acontecimientos.

* * *

Al día siguiente, 26 de marzo, el cielo amaneció despejado y, desde temprano, el viento se mostró propicio para la partida.

Por los senderos los confinados descendían hacia la playa, llevando dificultosamente los bultos a sus espaldas. Pero su caminar era esforzado, cual si el barco pudiera partir de improviso, dejándoles en la isla. En el primitivo embarcadero aguardaban impacientes la llegada de los botes del bergantín. Algunos soldados, al mando de un oficial, procuraban poner calma y orden en el nerviosismo de los pasajeros. Por fin, al cabo de dos horas, terminaron de embarcarse los setenta y ocho prisioneros.

Ya en el barco pudieron comprobar que el espacio de que disponían era lo suficientemente estrecho como para augurarles una travesía llena de penalidades. Sin embargo, nadie formuló una queja. La idea del inmediato regreso les permitía aceptar, con ánimo bien dispuesto, cualquier sacrificio.

El capitán del barco, Raimundo Morris, había reci-

bido instrucciones de transportar la mayor cantidad posible de pasajeros y así que los desterrados se hubieron ubicado en la sentina y parte de la cubierta, impartió órdenes para que fueran embarcados veinte reos que habían cumplido sus condenas. También llegaron siete mujeres del caserío de "la viuda", que imploraron ser aceptadas. El total de los pasajeros, hasta enterar ciento cincuenta y dos, fue completado con tropa y oficiales de la guarnición, incluyendo al gobernador Angel Cid. Los demás soldados y habitantes de la isla deberían aguardar hasta la venida de otro barco.

A las nueve de la mañana el capitán dio orden de levar anclas y desplegar las velas. El navío comenzó a moverse. Una honda emoción se apoderó de los desterrados. La mayoría de ellos se apretujaba sobre cubierta para dar una última mirada a aquella isla de sus padeceres.

El velamen se henchía ya con el viento y el bergantín se deslizaba lentamente.

Todos mantenían los ojos fijos en la playa, en el caserío, en los bosques, en los acantilados, en los cerros, en la elevada cumbre del Yunque, ahora libre de nubes y anunciadora de bonanza.

Rosario Rosales, apoyada en la baranda, creía ver la figura de Fernando caminando a orillas del mar.

En la popa, el teniente Gonzalo Ruiz hundía su mirada en el fondo del mar.

El barco enfilaba hacia el horizonte. Su quilla se estrellaba contra las altas olas. Crujía el maderamen. Los lienzos de las velas vibraban tensos, empujados por el viento. Parecía que, en su lucha, la nave habría de sucumbir. Pero avanzaba más y más. Como el destino de la mayoría de sus pasajeros que, habiendo vencido a la adversidad, ahora se aprontaban a trabajar con toda la fuerza de su espíritu por el engrandecimiento de la patria que nacía.

XXIX

ALGUNAS VIDAS

CUANDO los desterrados llegaron a sus hogares abrazaron, en ansias de encontrar protección, a sus familiares, a sus amigos, a sus conocidos. Se apretaban a ellos, tal si temieran ser arrancados de nuevo de todo lo que les era más querido.

La piel de los recién llegados, curtida y quemada por el sol, disimulaba apenas la palidez que les provocaba la emoción del encuentro con ese mundo suyo que ya daban por perdido.

En sus pupilas no lograba reflejarse aún el ambiente que ahora los rodeaba, sino que emergía la imagen de la isla, con todo cuanto podía significarles.

Sin embargo, poco a poco y con el transcurrir de los días, fueron encontrando el sosiego, la paz.

Les parecía de milagro comer los alimentos que deseaban, sentarse en los cómodos sillones, dormir en la cama blanda. La noche ya no era de pesadilla, sino armoniosa, con el croar de las ranas y el amistoso ladrido de los perros.

La vida parecía haber tomado el curso normal de los antiguos y buenos tiempos.

De pronto todo cambió.

La noticia estalló como disparo de cañón: el brigadier Osorio, al mando de un poderoso ejército, había de-

sembarcado en Talcahuano y se aprontaba para avanzar sobre Santiago.

Entonces se escuchó nuevamente el redoblar de tambores del ejército patriota.

Marzo de 1818 llegaba a su fin.

En Cancha Rayada se encontraron los ejércitos. El destino, aquella vez, se entretuvo en jugar con ellos antes de que la derrota de los chilenos, aparentemente definitiva, llevara el pavor a los habitantes de Santiago y de todo el país.

Quince días más tarde, con sus fuerzas reorganizadas, los combatientes volvían a la lucha.

Sobre los campos de Maipú, ahora empapados con la sangre de chilenos y españoles, Chile nacía a la vida independiente.

* * *

Los diversos destinos de los cuarenta y dos prisioneros que primitivamente llegaron al presidio de la isla de Juan Fernández, se vieron marcados, con mayor o menor intensidad, por los fundamentales acontecimientos.

Muchos se destacaron y llegaron a integrarse en la acción y el sentido mismo de la patria. Sus nombres habrían de figurar, más tarde, en la Historia, como maestros, legisladores y gobernantes.

Otros siguieron el curso corriente de la vida, participando de los sucesos en comunidad con los demás ciudadanos.

Entre éstos se encontraba la familia de los Santa María. Para ella el regreso a Santiago tuvo un significado aun más especial, por cuanto a su arribo la esperaban los brazos abiertos de Fernando.

El mozo, que lucía su gallardo uniforme de lancero,

había participado en la dramática travesía de los Andes y en la victoriosa batalla de Chacabuco.

Pero si para los Santa María el regreso fue de mayor felicidad que para muchos, también la desgracia lo fue más tarde en más grande proporción.

Al día siguiente del 5 de abril, Antonio, su asistente, llegó arrastrándose desde los llanos de Maipú. Con el uniforme cubierto de tierra y de sangre se presentó en la casa de los Santa María.

—A su merced lo hirió una bala enemiga, casi al terminar la batalla. Lo sostuve en mis brazos hasta que la muerte me lo quitó...

Entonces los Santa María, que habían sobrellevado estoicos todo el sufrir del destierro, lloraron como niños.

* * *

De Gonzalo, Rosario Rosales recibió una carta, meses más tarde. Le escribía desde España, en donde había llegado para tratar de comenzar una nueva vida, en medio de su soledad y su desamparo.

Rosario iba guardando en su corazón aquellos pesares: la desaparición de Fernando y el definitivo alejamiento de Gonzalo. Luego vino el gran dolor, el que secó todas sus lágrimas: la muerte de su padre.

Desde entonces Rosario no supo cómo pasaron el tiempo y su juventud. Muchos años más tarde haría recuerdos a su sobrino Vicente Pérez Rosales. Las palabras evocadoras parecían ir convirtiéndose en imágenes, en sus pálidos labios. Y sus mejillas, ahora opacas y mustias, habrían de teñirse de suave rosa al revivir las pasadas emociones.

Su sobrino habría de escucharla embelesado:

"La noche aquella en que el capitán San Bruno penetró en nuestra casa..."

FIN

BIBLIOGRAFIA

AMUNATEGUI, LUIS Y GREGORIO VÍCTOR. *Reconquista española.* Imprenta Nacional. Santiago de Chile, 1867.

ARCHIVO DE DON BERNARDO O'HIGGINS. Tomo XIX: *Confinados patriotas en Juan Fernández.* Ed. Universidad Católica. Santiago de Chile, 1959.
Tomo XX: *El chileno consolado en los presidios* (Juan Egaña). Ed. del Pacífico, S. A. Santiago de Chile, 1964.

BARROS ARANA, DIEGO. *Historia general de Chile* (tomos X y XI). Rafael Jover, Editor. Santiago, 1890.

CAVIEDES, ELOY T. *Las islas de Juan Fernández.* Imprenta Valparaíso. Valparaíso, 1885.

ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile* (tomo VII). Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1947.

FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario histórico y biográfico de Chile.* Imprenta y litografía La Ilustración. Santiago de Chile, 1925.

JOHOW, FEDERICO. *Estudio sobre la flora de las islas de Juan Fernández.* Imprenta Cervantes. Santiago, 1896.
Las plantas de cultivo de Juan Fernández. Imprenta Cervantes. Santiago, 1893.

PÉREZ ROSALES, VICENTE. *Recuerdos del pasado.* Imprenta Barcelona. Santiago de Chile, 1910.

POEPPIG, EDUARD. *Un testigo en la alborada de Chile.* (Versión castellana de Carlos Keller.) Empresa Editora Zig-Zag, S. A. Santiago de Chile, 1960.

SALAS, MANUEL DE. *Escritos y documentos relativos a él y a su familia.* Imprenta Cervantes. Santiago de Chile, 1910.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN. *Juan Fernández.* Rafael Jover, Editor. Santiago de Chile, 1883.

Indice

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Este libro se terminó de imprimir
el 7 de diciembre de 1967,
en los talleres de la
EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Av. Santa María 076.
SANTIAGO DE CHILE.

42 PRISIONEROS

Por Edmundo Vega Miquel

La prisión en Juan Fernández de un grupo de hombres ilustres del Chile colonial sirve de núcleo a Edmundo Vega Miquel, en **42 Prisioneros**, para construir un mundo, a modo de retablo, en el que los hechos particulares contribuyen a fijar una imagen de otros tiempos.

Novela histórica que mezcla lo real con la ficción, en lenguaje directo, **42 Prisioneros** viene a integrarse a una familia literaria que cuenta en Chile con nombres tan ilustres como los de Alberto Blest Gana y Liborio Brieba.

La situación histórica concreta y la anécdota, la leyenda y el suceso toman fuerza a medida que se avanza en las páginas del volumen, adquiriendo una vinculación tan especial con los lectores que no se puede abandonar la peripecia, y los personajes quedan en la memoria cuando ya la lectura ha terminado.

Hace algún tiempo, un destacado novelista chileno inquiría acerca de por qué nuestros escritores no examinaban la historia para obtener buenos filones. El libro de Edmundo Vega Miquel responde, de algún modo, a esa interrogante abierta.

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE